

traído ante la expresión repentina de sus ojos graves y casi humanos.

Entre la servidumbre doméstica del barón, no se encontró una siquiera que dudase del furor extraordinario de cariño que esoltaban en su señor las brillantes cualidades del caballo, si se exceptúa un pajeillo insignificante, que todos encontraban extraordinariamente feo, de quien nadie hacía caso. Este paje tenía el descaro de afirmar, si es que sus dichos merecen la honra de tenerse en cuenta, que nunca su señor había puesto el pie en el estribo sin un inexplicable y casi imperceptible escalofrío, y que á la vuelta de cada una de sus escursiones largas y habituales, una expresión de triunfante malignidad se retrataba en todos los músculos de su cara.

Durante una noche de tempestad, Metzengerstein, al despertar de un pesado sueño, bajó como un loco de su estancia, y montando á caballo á toda prisa, se lanzó dando botes al través del laberinto del bosque.

Un acontecimiento tan común no podía llamar la atención de una manera tan particular; mas su vuelta fué esperada con indecible ansiedad por todos los de la casa, cuando despues de algunas horas de ausencia, los prodigiosos y magníficos muros del palacio de Metzengerstein empezaron á crujir y á temblar hasta sus cimientos, bajo la acción de un fuego inmenso é invencible, una masa espesa y lívida.

Como cuando se apercibieron las primeras llamas, había hecho ya tan terribles progresos el incendio, que todos los esfuerzos por salvar una parte cualquiera del edificio, hubieran sido inútiles; toda la población de los alrededores estaba en una estupefacción silenciosa si no apática. Mas

un objeto nuevo y terrible fijó bien pronto la atención de aquella muchedumbre y demostró cuánto mas intenso es el interés que escita en los sentimientos de la muchedumbre la contemplación de una agonía humana, que la que pueden producir los mas espantosos espectáculos de la materia inanimada.

En el largo paseo de encinas añosas que principiaban en el bosque y terminaban en la puerta principal del palacio de Metzengerstein un corcel con un ginele sin sombrero y casi perdidos los estribos venia corriendo con una impetuosidad que desafiaba al demonio de la tempestad ruin.

El ginele no era evidentemente dueño del caballo desbocado: la angustia de su fisonomía, los esfuerzos convulsivos de todo su ser, daban testimonio de una lucha sobrehumana; pero ningun sonido, á escepcion de un solo grito se escapó de sus labios lacerados que mordía alternativamente en la intensidad de su terror. En un instante el golpe de los cascos resuena con ruido agudo y penetrante mas alto que el mugido de las llamas y el zumbido del viento: un instante aun y cruzando de un salto el foso y la puerta á un tiempo, lanzase el caballo por las escaleras quebrantadas del palacio, y caballo y caballero desaparecieron en el torbellino del fuego caótico.

La furia de la tempestad se apaciguó de repente, y siguió una calma absoluta que la reemplazó solemnemente. Una llama blanca envolvía siempre el edificio como un sudario, y rutilando á lo lejos en la atmósfera tranquila, despedía una luz de brillo extranatural, mientras que una nube de humo se abatía densa sobre los edificios, bajo la forma distinta de un gigantesco caballo.

FIN DE LAS HISTORIAS EXTRAORDINARIAS.

FRAY TRANQUILO.

FRAY TRANQUILO.

FRAY TRANQUILO,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR PAUL FEVAL,

Y TRADUCIDA

PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

~~~~~  
TOMO PRIMERO.  
~~~~~

MADRID.—1860.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,
calle del Barco, número 2.

FRAY TRANQUILO.

I.

EL HOSTAL DE LA PAVOT.

A últimos del siglo XV había fuera de la puerta de Bucy, detrás de las dependencias de la abadía de San German de los Prados, otros dos edificios fronterizos. Era uno el famoso castillo de la Marche, que iba á ser el palacio del mismo nombre, á consecuencia del ensanche del recinto de la ciudad: era el otro el modesto hostal de un José Pavot, cuyo título principal era el de marido de su mujer.

La Pavot gobernaba su casa, como mujer que lo entendía; era la reina, y reina absoluta, dentro del recinto de su reducido establecimiento. Su marido no representaba allí otro papel que el de ministro responsable, sin consejo y sin cartera, por cuanto él era quien recibía los espaldarazos ó palos cuando su mujer había tratado con demasiada franqueza á algún arquero ó soldado de los parroquianos.

La Pavot era aun bonita, al decir de estos, por mas que ya se le marcaban los bigotes: su fisonomía era alegre, aunque un poco subida de color á causa del uso demasiado frecuente del hipoeras, risueña cuando no estaba encolerizada, de talle un tanto corto y abultado, francota y buenachona como pocas de su condicion.

El palacio de la Marche se levantaba magestuoso al otro lado del camino real, como á unos doscientos pasos de la empalizada que servía de cierre al jardincillo del hostal.

En él residía—desde los tiempos del enlace del difunto y buen condestable Bernard con Leonora de Borbon, aquella familia de Armagnac poderosa é ilustre, que dió su nombre á la faccion de los partidarios del duque de Orleans.

En la época en que nos encontramos, es decir, á fines del siglo XV no se gritaba ya por las calles, ¡viva Armagnac! ni ¡viva Borgoña! como en los dias de Carlos VII; pero Santiago de Armagnac, duque de Nemours, conde de la Marche y poseedor de otros cincuenta señoríos, era todavía, á pesar de la decadencia de los grandes vasallos de la corona, un príncipe capaz de dar á su soberano mucho en qué pensar y tarea larga de qué ocuparse. Era reputado por uno de los jefes de aquella famosa *liga del bien público*, á que estaban afiliados los duques de Borgoña, de Breta-

ña y de Guyena, el conde de Saint-Paul y tantos otros altos señores, que pusieron á Luis XI á dos dedos de su perdición.

Pero Luis XI tenía, como todos saben, ideas muy avanzadas en política, y no se vanagloriaba de ser caballero. Era un filósofo, no obstante, los santitos de plomo y la medalla de la Virgen que pendían del cordón de su sombrero, y tenía cierta colección de recetas para deshacerse de las gentes que le estorbaban.

La primera de ellas era la cuerda de su compadre Tristan Lhermite, que no tenía á menos servirse también del hacha, cuando se le presentaba el cuello de un Pique y Par. De entre las otras, citaremos solo la que empleó para enviar al otro mundo al duque de Guyena, su hermano.

Quería este casarse con María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario: cosa que desagradaba mucho al rey Luis, á quien hacía miedo su terrible primo, el duque Carlos, aun dos años después de muerto.

El duque de Guyena tenía por concubinar á la hermosa dama de Montsorreau, cuya señora era muy aficionada á melocotones: Luis XI dió un frasquito á un buen perillan, clérigo por cierto, que se procuró un hermoso melocoton, vellosito y sonrosado, cuanto había que ver, en pleno mes de junio. Era todo un primor, que tuvo la galantería de regalar á la hermosa dama de Montsorreau, que muy gozosa lo puso hecho pedazos en un frasco de vino azucarado.

A la noche compartió esta colación delicada con su ilustre amante, y ambos se fueron á dormir para no despertar jamás.

Muerto el duque de Guyena de esta manera, tan dulce como delicada, quedaron un poco desconcertados los señores de la liga contra Luis XI. El duque de Orleans, que debía ser Luis XII, y que á la sazón apenas era adulto, se retiró á su heredamiento después de haber cometido la falta de rechazar el enlace con Mme. Anna de

Beauyen, hija del rey Luis XI, retrato vivo de su excelente padre.

Esta joven tenía las mismas opiniones que el rey; era del movimiento; amaba el progreso y hacía retorcer el cuello á los que no eran de su partido.

Por lo demás, era una buena figura, aunque un poco bizca y de complexion física un tanto generosa, es decir, obesa.

El duque de Orleans tuvo que acordarse mucho tiempo de ella.

El duque de Borgoña se hizo el muerto: el duque de Bretaña se puso en armas contra los ingleses; el conde Saint-Paul y los demás coaligados trataron de vivir en paz. Santiago de Armagnac fué el único que se dejó hacer prisionero poco tiempo después, dentro de los muros de Carlat, en la Auvernia.

El duque de Nemours rindió su espada á Pedro de Borbon, señor de Beaujeu, general del ejército realista. Pero madame Anna, hija del rey Luis XI, se había casado á mas no poder con ese Pedro de Borbon, que era el hombre mas bonachón del mundo, y que hacía en la casa de su augusta esposa el mismísimo papel que José Pavot en el hostel de su mujer.

Al tomar la espada del duque de Nemours, el señor de Beaujeu le había ofrecido la vida, la libertad, la posesión de todos sus bienes y honores y muchas otras cosas muy buenas; á consecuencia, y en cumplimiento de cuya capitulación, la joven princesa, en ausencia de su padre, la sazón ausente en una piadosa romería, hizo poner al duque de Nemours en una jaula de hierro, rogando al mismo tiempo al tribunal del Parlamento que le condenara á ser decapitado.

En tiempo de Luis XI, el Parlamento no solía negar estos pequeños servicios al rey nivelador. Pero la capitulación del duque de Nemours era un hecho tan notorio; las concesiones de Pedro de Borbon habían adquirido tal grado de autenticidad; este digno príncipe, hay que confesarlo en su honor, proclamaba tan alta y explícitamente las promesas que había hecho á su

prisionero, que el Parlamento vaciló mucho tiempo ante la iniquidad de semejante condenación.

Para explicar la desobediencia de esta corporación, que siempre se había mostrado tan dócil, hay que saber que no había en Francia casa mas popular que la de Armagnac. Se acordaba todo el mundo de Bernardo el Condestable y de sus heroicos hechos de armas. Santiago, su hijo, duque de Nemours, no dejaba de tener buenas prendas; puesto que, á pesar de su genio un poco violento y de los excesos brutales á que se le imputaban en el interior de su casa, sus vasallos le habían permanecido fieles en la desgracia, y su esposa le amaba con idolátrico cariño.

Su misma esposa era una de las causas que hacían titubear á la magistratura; pues la joven duquesa Isabel era prima hermana del rey, y era de temer para los jueces que en el día de la reconciliación fuesen ellos las víctimas de estas desavenencias de familia.

El rey volvió de su devota peregrinación ó de otra cosa, y aprobó con satisfacción la conducta de la princesa Ana, tanto como le desagradó la lentitud de los jueces.

Destituyó al canceller Oriolle, que se había permitido suspender el proceso para consultar al rey acerca de las consideraciones debidas á un allegado á la familia real; relevó á los demás individuos del tribunal, y reunió otro Parlamento en la ciudad de Noyón.

En tanto, seguía en su calabozo Santiago de Armagnac, recusando siempre la competencia del tribunal que debía juzgarle y negándose á hacer confesión alguna.

De este modo, el buen compadre Tristan Lhermeté se fastidiaba grandemente, ensayándose diariamente en el manejo del hacha terrible de las ejecuciones solemnes, y preguntando con razón cuánto tiempo se le tendría aun en esta ansiosa expectativa.

En este medio tiempo, se le antoñó al

rey hacer una visita á su prima hermana madama Isabel, que llevaba ya el luto, como si fuera viuda, y que ocultaba su dolorosa soledad tras los altos muros del palacio de la Marche.

El palacio de la Marche era una verdadera fortaleza. La duquesa Isabel vivía en él con su hijo Juan de Armagnac, que apenas tenía cuatro años. La esposa del noble cautivo y su heredero estaban bajo la defensa de una, aunque escasa, fiel guarnición, y la mayor parte de los antiguos servidores del duque de Nemours habían ido á alojarse á las inmediaciones de la Bastilla.

Cuando el rey se presentó en el puente levadizo del palacio, el jefe de la guarnición, el capitán de los hombres de armas de Nemours quiso hacer resistencia; mas la duquesa Isabel dió orden de que se franqueasen y abriesen de par en par todas las puertas, y ella misma bajó á recibir al rey hasta el último escalón del vestíbulo.

Bajó acompañada por su escudero y pariente el señor de Soles que desde el cautiverio de su esposo, la había manifestado la adhesión mas caballeresca.

Otro de sus parientes, el elegante sir Oliverio de Graville, acompañaba al rey. Según voz pública, el señor de Graville no era indiferente á la princesa Ana de Beaujeu, y se le había ofrecido el Ducado y patria de Nemours, cuando como pena accesoria á la de muerte, se hubiera decretado la confiscación de sus dominios.

El señor de Graville era enemigo personal de Santiago de Armagnac, y los rumores de la corte atribuían el origen de esta enemistad á rivalidad de amor. En efecto, Olivier había tenido pretensiones, desairadas por supuesto, á la mano de su parienta la duquesa Isabel.

La visita régia fué corta, mas dejó á Mme. Isabel consolada y casi alegre. Luis XI había querido conversar á solas con su bella prima, como él la titulaba. Mientras que esto pasaba, los arqueros y más desde la servidumbre de la casa, pu-

dieron notar que el señor Olivier de Graville paseaba á lo largo de las cercas y murallas, como quien quisiera grabar en la memoria todo el plano del edificio, y le acompañaba el escudero Guillermo de Soles, que respondía á sus preguntas en voz baja.

No pareció esto de buen agüero á los hombres de armas de la casa de Armagnac, y acaso hubieran sacado consecuencias funestas, si el ayo del duquesito Juan, pobre clérigo que pasaba por simple, y á quien por apodo se le llamaba el hermano Tranquilo, á causa de su carácter inofensivo, no hubiera tenido la ocurrencia de manifestar algún temor.

Cuando el hermano Tranquilo manifestaba algún recelo ó inquietud, todos acostumbraban á reirse y encojerse de hombros con desdén; porque era notorio que el pobre diablo á fuerza de estudiar había perdido la razón.

Se le veía siempre cargado de empolvados mamotretos, roídos de ratones y de polilla.

El duque había querido despedirle en varias ocasiones, porque le parecía de mal tono y poco conveniente confiar la educación de su hijo á aquel presbítero soñador, que vivía según él, del polvo de los pergaminos.

Pero el hermano Tranquilo tenía necesidad de trabajar para vivir, y la compasiva duquesa le había sostenido en su destino, que bien ó mal, le había desempeñado hasta entonces.

Antes de ser ayo del niño Juan de Armagnac, Tranquilo había sido lector del Condestable Bernardo, de quien se decía ser algo aficionado á la Alquimia. Los que sabían leer de entre la servidumbre de la casa, y eran pocos los que se encontraban en este caso, suponían que los mamotretos á que era tan afecto el hermano Tranquilo, no eran libros de religión ni de literatura, sino las obras de Raimundo Lulio, la hermética de Nicolás Flammel y los del Papa Juan, que trataban de la transformación de los metales.

En aquellos tiempos, la investigación de la piedra filosofal, de la grande obra, como se decía, se prestaba más al temor que á las burlas, y el hermano Tranquilo hubiera sido temido, si se hubiesen tomado por lo serio sus esfuerzos; tanto más, cuanto que le circundaba cierta atmósfera misteriosa y su vida estaba como cubierta por un velo. Pero era todo su porte tan inofensivo y natural, y se quedaba con tanta frecuencia desconcertado por sencillas preguntas de una mujer cualquiera, de un niño; su génio se mostraba tan inferior siempre á la idea que se tenía formada de los alquimistas, que no podía inspirar á nadie otro sentimiento que el de la compasión.

Además de esto, los hombres que se sienten fuertes por el auxilio de una fuerza misteriosa, tienen siempre en sí algo que revela su poder, y en el hermano Tranquilo no había nada de esto. No sabía atacar ni defenderse: los sarcasmos caían sobre él como sobre un cuerpo inerte, y ni aun trataba de disimular su debilidad: la vista de una espada desenvainada le hacía temblar materialmente y correr á chorros un sudor frío á lo largo de los mechones de su lisa cabellera.

Aunque hiciese parte de la servidumbre del palacio de Armagnac, en que le sostenía el prestigio del difunto duque Bernardo, vivía como desconocido entre todos: nadie le quería: todos desconfiaban de él, y al mismo tiempo le despreciaban.

La opinión general era que estaba cruelmente resentido por los malos tratamientos con que le afligía el duque actual, y algunos sospechaban que, llegado el caso, aquella naturaleza dormida y degradada, podría levantarse como una víbora á quien se pisa, y pisar á su señor en el calcañar.

El hermano Tranquilo seguía, sin perderlos de vista, á Olivier de Graville y al escudero Guillermo de Soles en su paseo; y siguiéndolos, parecía reflexionar, y de tiempo en tiempo movía su cabeza pálida y melenuda. Los hombres de armas, ugières, camareros y lacayos que al pronto habían concebido ciertos recelos, se dieron á

reír de todas veras cuando repararon la mímica del desdichado pedagogo.

—Ha visto en sus libros sin duda, decía uno, que el buen señor Olivier de Graville es un encantador que va á reducir á polvo los fuertes muros y las almenadas torres del castillo.

—¡Aguardal! ¡aguardal!.. Hé aquí que se han apercibido de que los siguen los del acompañamiento del rey, y que se lo apuntan con el dedo... ¡Oh! qué gaya figura para servir de adorno en la cámara de un gran señor.

Y era verdad. Olivier de Graville acababa de llamar al desdichado clérigo, y había cambiado algunas palabras con Guillermo de Soles.

—Ahora sigue, ¡vamos á ver una cosa buena! exclamó con las gentes de Armagnac, riendo. ¡Ehl! aquí va á hablar el señor de Graville con el hermano Tranquilo. Buen concepto va á formar de todos nosotros, si ha de juzgar por esa muestra del valor de la servidumbre de nuestro amo el duque Santiago!

Olivier se había dirigido bruscamente hácia el clérigo, que estuvo en su presencia hecho un badulaque y temblando de pies á cabeza.

—¿Es verdad que tu señor te ha tratado siempre como á un esclavo? le preguntó.

—¿A mí?... balbuceó el pobre diablo turbado. Yo no me he quejado nunca de eso.

—Responde... insistió el señor de Graville. ¿No es verdad que te se trata como á un esclavo?

Tranquilo miraba para todos lados con estólida ansiedad, como quien busca un refugio donde poderse ocultar.

—Señor, yo soy un pobre hombre en toda la extensión de la palabra, murmuró en voz casi inteligible; y los que son más fuertes que yo, me tratan como les parece.

Graville dió una patada en el enlosado pavimento de la muralla, que hizo resonar los espaldines de su bota de montar, y

agarró al clérigo de ambos brazos, sacudiéndole rudamente.

—¿Eres por ventura normando? exclamó exasperado; ¿ó es que no tienes lengua para responder?... ¿El duque te ha maltratado? ¿Te ha hecho el blanco de las burlas de sus lacayos? ¿Te ha ultrajado?

Fr. Tranquilo miró al caballero con ojos tristes y dulces como los de un niño; se estremeció, y en seguida rodaron dos lágrimas á lo largo de sus descarnadas mejillas.

—Sí... es verdad... respondió sin dejar de mirar á Graville. Pero no hay necesidad de ser duque para ser eso, monseñor... Todo el mundo puede pegarme; todo el mundo se rie de mí; todo el mundo me ultraja.

Olivier de Graville le soltó los brazos, y se volvió hácia los de la comitiva.

—Ya lo ois, exclamó; sed testigos de lo que sus mismos vasallos dicen de él. Tenedlo presente, y recordadlo cuando llegue el caso de hablar de esto al rey nuestro señor y á la princesa Ana.

Cuando el señor de Graville y sus acompañantes hubieron emprendido de nuevo su interrumpido paseo, las gentes de armas de Armagnac corrieron en tumulto hácia el hermano Tranquilo, y le circundaron.

—¿Qué te ha dicho?... exclamaron todos á una voz.

—¡Dios tenga misericordia de nosotros, murmuró el cuitado clérigo tiritando; aun sería tiempo de llevar á nuestro señorito á los Estados de su primo el duque de Borgoña.

—¿Qué ha dicho? repitieron los soldados impacientes.

El clérigo estendió la mano, señalando al señor de Graville, que se alejaba.

—Este hombre es la causa de las desgracias de la casa de mi señor, dijo, mientras que sus turbados ojos giraban como estraviales bajo sus párpados. Defended la sangre lustre del venerable Condestable, vosotros, que sabéis manejar las armas.

En esto, bajó la cabeza y los largos mechones de su lisa cabellera le cubrieron el

rostro; los soldados que le rodeaban no pudieron hacerle hablar una palabra más.

Y como si la casualidad hubiera querido desmentir en el acto su triste profecía, se vió aparecer en lo alto del vestíbulo del palacio al rey Luis XI, dando la mano á su bella prima, sonriente y casi llorando de alegría.

—Gracias, señor muy amado, decía, os doy gracias con todo mi corazón, y ruego á Dios os colme de felicidades por el favor que me dispensais.

II.

LA TEORÍA DEL LEÑADOR.

Madama Ana de Beaujeau era una princesa de mucho talento, aficionada á las figuras retóricas como su amable padre Luis XI era aficionado á los cadalsos y á las prisiones.

El día antes había dicho al galante sir Olivier de Graville:

—Cuando se corta una encina antigua á flor de tierra, brotan de su cepa y crecen vástagos numerosos, y en vez de un árbol caduco, que acaso hubiera muerto de vejez, se tienen diez vástagos vigorosos; y no es raro ver algunos que se han hecho mas corpulentos y pomposos que la encina de que proceden.

El señor de Gravelle, que conocía con bastante intimidad á madama, comprendía tambien el sentido oculto de sus metáforas.

—Nuestra encina no tiene mas que un retoño, respondió; y se me figura que para

cortarle, basta un ligero golpe de hacha. Madama Ana le miró de hito en hito.

—Y os atreveis vos á ser el leñador?... le preguntó.

Olivier de Gravelle era un caballero; vaciló, y su orgullosa frente se cubrió de una palidez visible.

—Detesto á Santiago de Armagnac, duque de Nemours, como el mastín al lobo, respondió despues de un instante de silencio; así como amo á madama, mi señora, como un cristiano adora á los ángeles... Pero la sangre de un niño mancha con mancha indeleble la manopla de un hombre de armas.

—Se me ha dicho, murmuró la hija de Luis XI con una sonrisa amarga, que cierto hombre de armas lleva hace mucho tiempo una mancha, que la venganza no ha lavado aún... una mancha, que no deslustra su manopla, pero que deshenra su frente, y que se ve aun cuando lleva alzada la visera de su casco.

Al decir estas últimas palabras, había ido alzando el brazo, y con su nacarado dedo, tocó una ancha cicatriz medio cubierta bajo los bucles ensortijados de la negra cabellera de Gravelle.

La sangre subió á torrentes al rostro del caballero; solo la cicatriz quedó lívida en medio del rojo de la vergüenza que habían mudado su semblante.

—¡Ah! ¿y quién os ha dicho eso, señora? preguntó con voz conmovida y entrecortada.

—Me dijeron eso, repuso la princesa de Beaujeau, un día que me lamentaba de la fatalidad que había marcado con un bote de lanza la mas hermosa frente de entre los caballeros de la corte del rey, mi padre. Santiago de Armagnac me dijo que no había sido un bote de lanza.

La respiración de Gravelle silbaba en su pecho, que estallaba.

—Y como yo le dijese, continuó la señora de Beaujeau, ¿pues qué es sino, monseñor? Santiago de Armagnac, me respondió enseñándome el pomo de su espada; mirad bien esto, señora, y reparad

bien la cicatriz del señor Olivier de Gravelle, y vereis que mi sello ha quedado impreso en su piel y que su cicatriz tiene la forma del pomo de mi espada.

—Y es verdad, ahora que reparo, añadió la hija de Luis XI, como si hasta aquel momento no hubiera hecho tal observacion; pues si no me engaño, veo, ó se me figura ver en vuestra frente el trebol esculpido en el pomo del estoque de nuestro primo de Nemours.

Olivier de Gravelle quedó mudo con los ojos clavados en el suelo.

—Y yo digo, prosiguió madama Ana que había tomado de la mesilla de su lecho un manuscrito de vitela, exornado con miniaturas iluminadas; y que jugaba como distraidamente con los broches de oro de la cubierta; y yo digo que seria una venganza digna, hacer pagar al duque de Nemours su golpe de maza brutal con su vida y la de su descendencia, en lo presente y lo futuro... De ese modo, los que os aman, podrán pensar, señor de Gravelle, en vuestro adelanto, en poner os, en fin, la corona ducal que tan bien merecida teneis, sobre vuestro sencille escudo de caballero.

Gravelle se había ya repuesto de su turbacion.

—Ya había yo pensado en eso, señora, replicó con voz serena. Y decía sin duda la verdad; porque los hombres que se hacen escuderos de amor de princesas libres, piensan en todo.

—Es muy antigua esta cicatriz, añadió apoyando un dedo sobre ella, para que pudiese figurarme que se había de abrir aun; y vos, señora, acabais de hacerlo... Seré, pues, el leñador, si me dais el hacha.

Mas el prudente rey Luis XI hacia todo lo que su hijo quería, y solo por dudarle gusto fue al día siguiente al palacio de la Marche, donde su prima la de Nemours vivia sola, reputándose ya viuda, y al señor Olivier de Gravelle acompañado al rey, como ya lo hemos visto.

Se trataba de preparar el golpe de hacha.

Algunos meses antes, el desgraciado duque de Nemours había hecho llegar desde su jaula de hierro una carta á la duquesa Isabel, en que la decia pusiera en salvo á Juan de Armagnac, su hijo y here-dero.

La duquesa, obediente, había hecho desaparecer á su hijo, á quien los comensales del palacio de la Marche no habían visto desde entonces. Sin embargo, la pobre madre no había podido resolverse á separarse absolutamente de su hijo. Mas de una vez, ya entrada la noche, se la había visto cruzar misteriosamente el puente levadizo, de donde se dedujo que el vástago ilustre de Nemours no estaba muy lejos.

La visita del rey había tenido dos objetos: era del parecer de Mme. Ana, su hija, en cuanto á la teoría de la antigua encina y de sus retoños; pero para él lo importante era dar por el pie á la encina.

Quería desde luego sacar á su primo el de Nemours de aquella fortaleza legal, donde se defendía con el silencio, que sus parlamentos no podían forzar; y queria tambien, esto por dar gusto á su muy amada hija, saber dónde estaba oculto el joven duque Juan.

Era demasiado fuerte aquel rey, diplomático y falaz, y aun es preciso decirlo, embusteró y solapado para no vencer á una pobre joven inesperta, leal y hasta candorosa, como la duquesa Isabel. La habló de los lazos de consanguinidad que los unian, y ella creyó que Dios había tocado su corazón; lloró de alegría escuchando sus bellos ofrecimientos, y aun ahora despues que el cortejo real hubo repasado el puente levadizo del palacio ó castillo de la Marche, el desgraciado niño Juan de Armagnac volvió á la vista de todos, á la corte francesa.

Al mismo tiempo el duque de Nemours recibía en la Bastilla una carta en que la duquesa Isabel, garantizando la clemencia del rey, le suplicaba se espon-

tancase y confiara en las palabras del rey Luis XI.

Santiago estaba debilitado por su largo y atroz cautiverio; tuvo confianza, hizo confesiones, y el proceso cambiando repentinamente de aspecto, marchó con rapidez á su desenlace.

El rey habia prometido la absolucion completa, y en caso de que los jueces en su severa integridad, desobedecieron, no quisieran absolver, habia prometido bajo su palabra, auxiliar él en persona la fuga del noble cautivo.

III.

POBRE CORDERO.

Era el 4 de agosto de 1477: habia hecho un calor sofocante, y la mayor parte de los hombres de armas del palacio de Armagnac habian ido á refrescar, como quien dice, al hostel de la Pavot, que tenia por muestra el escudo de armas de la casa de Nemours.

Pavot, el marido de aquella reina, no tenia opiniones políticas: mas la Pavot era una Armagnac acérrima.

Se hubiera dicho que se creia en los tiempos de Peromet Leclerc al oirla declamar con tanto ardor contra los Burguñones que no existian ya.

Además del calor excesivo que hacia, tenian los hombres de armas y servidumbre del palacio de la Marche poderosos motivos de cansancio: todo estaba en movimiento en lo interior de aquellos altos muros: el grande y triste drama de que Santiago de Armagnac era el héroe y la víc-

tima, debia llegar á su desenlace antes de la caída de la noche.

En todo aquel eterno dia los caballo, de las caballerizas de la Marche habian estado galopando desde el palacio á la Bastilla, desde la Bastilla al palacio de San Pablo, donde el rey residia á la sazón.

Aun se habian despachado ganando horas algunos correos á Noyon. A aquella hora ya debia estar pronunciada la sentencia y el duque de Nemours en libertad sin duda, ya por acuerdo del parlamento, ya por efecto de la clemencia real.

—Y yo digo tambien, ¡viva el rey! escamaba la Pavot que escanciaba vino fresco para los asistentes, y os aseguro que hace mucho tiempo que tales palabras no han proferido mis labios. Y repito otra y otras cien veces ¡viva el rey! porque nuestro amo vive ya en libertad, y los hombres de armas de Armagnac tendrán escudos á porrillo en sus bolsas.

—¿Y por qué la bolsa de los hombres de armas de Armagnac, interrumpió Marmaron, arquero atlético que bebia por cuatro, irá desembuchándolos para llenar el cajon de la madre Pavot.

—¡Y qué!.. ¿no estarán mejor en mi cajon que en tu agujereada escarcela? replió con viveza la buena mujer... Pero, por mi nombre os aseguro, que no ha de ser este el dia en que mis tinajas mermen menos y mi cajon se llene mas... porque esta tarde corre el gasto de mi cuenta en celebridad del feliz retorno del señor duque nuestro amo.

Los hombres de armas escuderos y demás concurrentes de la familia, no pudieron dejar de exclamar á una voz: ¡viva la madre Pavot!

—Lo que mas gracia me hace, repuso vaciando al mismo tiempo su taza tan valiente como otro cualquiera, es que el buen pájaro Olivier de Graville se habrá quedado con una pariz de á cuarta... Se le habia prometido hacerle duque de Nemours... ¿No sabiais eso?

—Si tal, respondió Maese Claudio, su-

miller de Armagnac: algo parecido á eso habia llegado á nuestros oídos.

Pavot, el marido, abrió la boca para meter tambien su cuarto á espadas, pero su mujer le atajó en el acto la palabra:

—¡Calla, calla! exclamó; aquí llega Bonifacio el cazador con su carga de caza como en los buenos tiempos... y por allí, Orillon, el pescador, que trae de la otra orilla carpas y anguillas del Sena... ¡Bendito sea Dios! Cuando las chimeneas de las cocinas humean, es señal de que reina la alegría en las casas... Ea, Bonifacio, un trago así como de paso... ¡Eh! Orillon, ¡un trago!

Cazador y pescador hicieron alto á la puerta del hostel para recibir de manos de la Pavot un enorme tazon de vino.

Como esta bebia un traguillo cada vez que escanciaba para que los demás bebiesen, su alegría no tenia freno.

—¡Armagnac! ¡Armagnac! gritaba á cada instante, ¡viva el rey! ¡honor á mi santa patrona y á todos los de la corte celestial... Se me figura que habia de obligar al mismo hermano Tranquilo á brindar y bailar conmigo si no estuviera por ahí en algun rincón ojeándolos roídos mamotretos ó fundiendo azogue con plomo.

El nombre del hermano Tranquilo produjo una especie de movimiento en la asamblea báquica: Claudio, el sumiller, dejó su vaso sobre la mesa.

—Pues el hecho es que yo no he visto á ese mochuco desde esta mañana.

—Es ave de mal agüero, refunfuñó Bonifacio. ¿No habeis visto como ha cambiado desde que el señorito Juan está de vuelta en el palacio?

—Escuchad, exclamó Marmaron el arquero: nuestro señor, el duque, que no ama ni sus pergaminos ni su infernal cocina, le pegaba como á un perro; y pensando en que va á volver, siente ya el dolor de sus lomos quebrantados.

Siguió á esta ocurrencia de mal género una explosión de carcajadas.

Mas se hubiera adivinado por un observador medianamente perspicaz, que en-

tre el desdén con que siempre era mirado todo lo que se referia á este pobre nombre de hermano Tranquilo, se divisaba ahora algo parecido á miedo ó recelo.

Efectivamente, desde que el heredero de Armagnac habia vuelto al palacio, la conducta del clérigo habia sufrido un cambio radical: miraba á veces al duquesito de una manera extraña, y precisamente en la tarde anterior, estando Juan de Armagnac encerrado con el clérigo, se habian oido gritos desgarradores en el cuarto donde estaban encerrados.

Guillermo de Soles, escudero de la duquesa habia entrado con algunos otros de la servidumbre, y encontraron al señorito hecho un mar de lágrimas, debatiéndose entre los brazos del hermano Tranquilo, que tenia en la mano un punzon de acero.

Sobre la mesa habia un frasco lleno de un licor encarnado, parecido á sangre.

El niño le mostró, llorando, el pecho, y Guillermo de Soles vió bajo su camisa abierta picaduras recientes dispuestas con cierto orden, que parecian haberse querido cauterizar con el licor rojo del frasco.

En el acto Guillermo Soles habia tundido al hermano Tranquilo á fuerza de espaldarazos.

¡Pobre criatura!... ¡Pobre criatura!... dijo la Pavot, encogiéndose de hombros. Que quereis: es verdad que no es el que inventó la pólvora, como ahora se dice. ¡Y el diablo haya cargado con quien la inventara, porque pronto los soldados van á parecerse á boticarios, y en vez de lanzas sabe Dios lo que habrán de llevar! ¡Armagnac! ¡Armagnac!... Ea, bebed... y tú tambien si quieres, como uno de tantos. Pavot, mi buen marido, que á Dios gracias hay para todos... En cuanto al hermano Tranquilo, ¡infeliz! Le he visto mas de una vez los brazos y las espaldas hechas un cardenal, de tantos golpes como le habia dado el duque. Pero jamás se ha quejado á nadie, absolutamente á nadie. Es torpe, desgarbado, tonto casi, por mas que sepa

leer, escribir y algo del latín de la misa.

—Y holgazan como una liebre, añadió Marmaron.

—Y también idiota, dijo Pavot, el ministro responsable.

—Todo lo que os dé la gana decir, será; exclamó la hostelera: pero en cambio es bueno como el buen pan... ¡Es un manso cordero!...

En este mismo instante el galopar de un caballo y el alegre chasquido del látigo de un postillon, se hacen sentir en el hostal...

—¡Nicolás! Es Nicolás... exclaman en coro todos los hombres de armas, lanzándose precipitadamente hacia las ventanas. Es efectivamente Nicolás, el correo que vuelve de Noyon.

El correo se había ya apeado de su caballo y abría el portón de una patada con la mayor franqueza.

La inagotable Pavot le sale al encuentro con un tazón lleno de vino.

—Ya me lo figuraba; exclama el correo mirándola con admiración: todo el camino he venido diciendo; apuesto á que la voy á encontrar en el dintel de su puerta con un tazón lleno de vino en la mano. No hay ni puede haber hostelera que se os parezca, madre Pavot.

Esto diciendo, tomó la taza que vació de un trago en un santiamén, y besó en seguida á la buena Pavot en ambas mejillas, añadiendo con gravedad:

—Compadre Pavot, todo va bien, hoy nada parece malo.

El compadre Pavot hizo un gesto de gracioso asentimiento. Los dependientes de Armagnac gritaron:

—¿Qué hay Nicolás? ¿Qué noticias nos traes?

—El duque, nuestro amo, está en camino para París, respondió Nicolás.

Hubo un viva general, y la cofia de la madre Pavot voló hasta el techo.

—¡Ah! exclamó en el parosismo de su alegría.—¡Armagnac! ¡Armagnac! ¡Viva Dios! ¡Viva el rey! Ya han vuelto los buenos tiempos!

—¿Ha sido absuelto nuestro amo? preguntó el sumiller Claudio.

—¡Hombre, eso es lo que no sabré decir: respondió Nicolás. Guillermo de Soles, el escudero de madama, nuestra señora, que está allá para proveer á todo, me dijo: Nicolás, monta, y aunque hayas de reventar el caballo, haz por llegar al palacio de nuestro amo antes de anoecer; y dí á la duquesa que todo va bien; que tenga al señorito Juan dispuesto, y que nuestro amo te sigue á una hora de distancia, poco más ó menos... Esto es todo lo que sé, y os ruego, madre Pavot, escancicis otra taza, que vació sin resollar, mientras que los concurrentes comentaban su mensaje. Y en seguida, dirigiéndose á la Pavot y devolviéndole la taza, dijo:

—¿A quién llamábais, manso cordero cuando yo entraba, madre Pavot?

—¿Con que habeis oido eso? le preguntó la buena mujer. Y bien, sí, hablaba del hermano Tranquilo, y decía que era un manso cordero.

Nicolás tosió de una manera que hablaba muy alto en favor de la sanidad y robustez de sus pulmones.

—¡Uff! refunfuñó en seguida, el que se come los pergaminos... pues veces hay en que ese manso cordero me parece á mí un lobo carnívoro.

—¿Qué decis? replicó asombrada la hostelera.

Las gentes de Armagnac miraron á Nicolás como si esperasen una explicación, porque les parecía una cosa paradójica comparar con un lobo al hermano Tranquilo.

—Una oruga querreis decir, murmuró el arquero Marmaron.

—Vais á ver, dijo Nicolás tomando un aire muy formal. Yo ando siempre corriendo la gandalla, como sabeis, y he encontrado muchas veces á vuestro hermano Tranquilo. ¿Y sabeis que cuando se cree solo, endereza su espalda encorvada, pero muy bien, y que sus ojos brillan como ascuas encendidas! otras veces se desliza alrededor de los muros, va de acá para allá,

IV.

HISTORIA DEL HERMANO TRANQUILO.

El rostro alegre de la madre Pavot tomó un aire de formalidad y de tristeza.

—Es, señor Nicolás, una triste historia, respondió: no es muy larga y voy á contarosla. El hermano Tranquilo se llama Andrés, ó Andeol, como entre nosotros se dice, allá en las montañas que hay al Oriente de Miranda. Nuestro hombre es del país de Armagnac, como lo somos mi marido y yo, y primo hermano del soldado Gerónimo Ripaille, á quien vosotros llamábais *Brazo de hierro*.

—Un valiente á fé, dijo Bonifacio.

—Y muy guapo, añadió Cathos, la criada del hostal.

—Cuando era niño, continuó la Pavot, se le veía siempre, lo recuerdo muy bien, en la portería del convento de San Benito de Miranda. Era huérfano de padre y madre; y toda su familia se componía de Gerónimo Ripaille, que era mayor que él, y le zurraba de lo lindo. Se me figura que le estoy viendo con sus harapos á cuestas y con un libro viejo bajo el brazo, porque yo entonces sabialcer.

—Los monges le daban de comer; y cuando tuvo quince años, viendo el infeliz lo poco para que podía valer en este mundo, quiso meterse en el convento.

—Me ha dicho á mí, á la que os está hablando, la ha dicho el pobrecillo que prefería echarse de cabeza al río, á tocar un sable ó un arcabuz, dijo la Pavot en forma de paréntesis.

acocha y husmea como un sabueso la pista. ¿Qué busca?... os hablo de él porque ahora mismo acabo de encontrarle en los talleres que hay á lo largo del camino hacia la puerta de San German. Accehaba á alguno; no me cabe duda. Estaba tendido todo á lo largo boca abajo, y se arrastraba como una culebra... Al ruido de mi caballo se ha levantado, y os digo que es más ligero que una ardilla, porque en dos saltos se metió en lo más espeso de las malezas.

—Y vos, ¿podriais decirme, madre Pavot, que le defendeis tan apasionadamente, por qué está ahora fuera de casa?

—¡Pobrecillo! respondió la Pavot. Haido á ver sus dos niños al pueblo de Alcuecil.

—¡Sus dos niños!... repitieron á una voz las gentes de Armagnac.

Y una criada del hostal añadió con acento de asombro:

—Pues qué, ¿tiene por ventura dos hijos el hermano Tranquilo?

—¡Cómo! ¿No sabias tú que tiene dos hijos?

—Esto si que es gracioso... contestó la criada con tono de convicción. ¿Es posible que ese hombre haya podido encontrar una mujer que lo quiera?

La buena Pavot protegía decididamente al hermano Tranquilo, y poniéndose de jarras, dijo:

—Y mucho más hermosa que tú, reputo con cierto aire de enojo: más valía un dedo de sus piés, que toda tu persona, por mucho que presumas.

Las gentes de Armagnac se miraron unas á otras, como quien no puede creer lo que oye afirmar con toda convicción.

—Sepamos, madre Pavot, cómo es eso, exclamó el correo Nicolás, haciéndose el intérprete de la curiosidad general. Holgarfame yo de saber una vez para siempre la historia de vuestro querido Tranquilo.

Levantóse un murmullo entre los circunstantes al oír esta observación y el buen Pavot mismo, que no era reputado por su valentía, dejó escapar una palabra de desprecio.

—Y él, ¿qué culpa tiene? Dios le ha hecho así... y por eso he dicho y repito, que es un manso cordero... Pues, como iba diciendo, entró de novicio en clase de *hermano sirviente*, ó lo que es lo mismo, de lego, en el convento de los Benedictinos de la montaña... Los monges decían que llegaría á ser un sabio, y que no se sabía á dónde podría llegar si Dios le auxiliaba. Por lo que á mí hace, le encontraba siempre de tan cortos alcances, que me admiraba oír de él semejantes cosas; y cuando alguna vez venía á mi casa, porque mi padre decía que era algo pariente nuestro, me preguntaba á veces si aquella pobre criatura sabría cual era su mano derecha.

Todo iba bien... mas cerca del convento estaba la aldea de San Vicente; y en la aldea de San Vicente había una Marion, pastora de ovejas. ¿Te acuerdas tú de la Marion, Pavot?

—¡Pues no me he de acordar! contestó este moviendo al mismo tiempo la cabeza en modo de afirmación. ¿Cómo poder olvidar á Marion; que tenía los ojos negros como el azabache y un rostro mas blanco y mas fino que la mas regalada señorita?

—Pues Marion; que era tan hermosa, continuó diciendo la hostalera, y que se parecía tanto á nuestra ama y señora, la duquesa Isabel...

—¡Oh! bien, cuanto á eso, exclamó Pavot con toda la vehemencia de un marido vasallo que abunda en las ideas de su mujer; en cuanto á eso, digo que he visto á las dos, una al lado de otra, cuando la pobrecilla Marion, siendo niña, iba á llevar ramilletes de flores al castillo, y os aseguro que parecían hermanas.

—Y por el santo de mi nombre os juro, añadió la buena mujer insistiendo sobre la idea apuntada por su marido, que si alguna era menos hermosa que la otra, no

recayera la desventaja en la pastorcilla Marion...

—Todo iba bien hasta entonces, prosiguió diciendo la hostalera. Andeol andaba por aquellos campos con su libraco viejo al sobaco, según costumbre, para estudiar ó para rezar... porque ya entonces se decía que andaba buscando el secreto de hacer oro con los canalones de plomo del convento, sin que por eso los monges le castigaran. Pues bien, yendo de acá para allá, encontré una vez con Marion, y Marion, de tan buen alma como hermoso cuerpo, siempre hasta entonces alegre y cantando como una calandria en los mejores dias de la primavera, se volvió desde entonces triste y pensativa.

—¡La hizo mal de ojo el condenado! exclamó Marmaron sentando de golpe sobre la mesa el fuerte vaso de estaño que tenía entre las manos.

—No se sabe lo que pasara, ni lo que fuera, replicó vivamente la hostalera... Mas es la verdad que Marion iba á esperarle bajo las ventanas del convento... ¡Le amaba tanto la pobrecita!

—No digais eso por Dios, exclamaron dos ó tres voces incrédulas.

Y Cathos, la mozueta, añadió:

—Por fuerza tenía el diablo en el cuerpo la tal Marion.

La Pavot no se incomodó: en vista de lo cual podrá decirse que debía estar muy persuadida de que aun siendo su historia un Evangelio, tenía todos los caracteres de lo inverosímil. Pues por lo regular la Pavot no podía sufrir que ni por un instante se pusiese en duda la autenticidad de sus narraciones.

—¡Dios mío! exclamó como para excusar el atrevimiento de su aserción: creo haberme dicho que la Marion le amaba como una loca; y eso no es culpa mía... Y además, si le hubierais visto en aquel tiempo cuando estaba enamorado, ¡Oh! no era aquel su rostro... Cuando miraba á la Marion, creo que su alma asomaba por sus ojos... Y su alma es hermosa, porque en-

tonces lo era él en toda la estension de la palabra.

Aquella reunion prorrumpió en una estrépitoso carcajada.

—¡Oh! no hay duda; ¡guapo debía estar el chico! exclamaban con las manos puestas en los vacíos, con su cara larga mas de una toesa, y con sus pelos lasos que caen como bedijas de lana sucia sobre sus descarnadas mejillas!

La Pavot frunció el entrecejo; volvió á ponerse en jarras, y miró en torno, lanzando una mirada de desaffo.

—Digo y repito que estaba entonces hermoso. Si no me queréis creer, tanto peor para vosotros, é id al diablo... Y tanto es así, que Marion perdía todos los dias alguna oveja, porque no estaba la pobre de humor para guardarlos. Andeol llevaba su camisa limpia, su cabellera bien peinada y su cabeza erguida, como el mas apuesto caballero... Y aun se olvidaba algunas veces de llevar consigo el consabido libraco.

—Una noche, el buen Andeol se escapó del convento, y Marion y él se fueron á la montaña, donde el ermitaño los casó. ¡He aquí por qué el hermano Tranquilo no es monge benedictino á la hora presente.

—En aquel tiempo, nuestro amo el duque de Nemours se casaba tambien con la duquesa Isabel de Armagnac, y hubo grandes funciones con tal motivo. No sé si puede haberlas mas espléndidas por las bodas de los reyes y reinas.

—Andeol y la Marion volvieron. Eran tan felices, que daba envidia y gozo á la par el verlos, y los monges de San Benito los dejaron disfrutar en paz de su dicha.

—Y sabed aun una cosa muy notable: la duquesa Isabel protegía á la hermosa Marion, á causa del simulo parecido que había entre las dos, y tambien porque la señorita es una artista de toda regla, y además todo un buen corazón.

—A los pocos meses, la pobre Marion dió á luz dos mejillos: dos alhajas mas lindas que unos ángeles.

—¿Se parecían al papá?... estuvo para

decir el correo Nicolás en son de burla.

Mas la hostalera le atajó la palabra con un gesto tan enérgico y espresivo, que el buen Nicolás se quedó cortado y con la boca abierta.

—¿Han acabado las risas? dijo con sequedad.

—Los que sean sensibles, tendrán ahora que llorar.

—En el mismo dia, y á la misma hora, según se dice, la duquesa Isabel dió á luz á nuestro señorito el duque Juan.

Y es á causa de eso el que los enemigos de Armagnac hayan tratado de hacer creer que ha habido una suplantación á luego del parto de nuestra ama la duquesa.

Marion habia dado á luz un niño y una niña; nuestra ama la duquesa un niño; los traidores dieron en decir que la mujer de Tranquilo habia parido dos niños y la esposa de Santiago de Armagnac una niña.

Añadieron que se habia hecho en las cunas una sustitucion fraudulenta; y este fué el primer golpe que se asestó contra la casa de Armagnac.

—Mas vosotros sabéis muy bien la historia de nuestros amos, y por consecuencia, vuelvo á la historia del hermano Tranquilo, que es la que iba narrando.

—Al fin del año, los hermosos colores de la Marion se habian desvanecido; sus mejillas se pusieron pálidas y demacradas. Se la veia pasar á lo largo de las cercas, con la cabeza baja, y muchas gentes decían: ¡hé ahí lo que sucede á los que de cualquier modo toman para sí lo que pertenece á la Iglesia! ¡Siempre son desgraciados los y las que se casan con los consagrados ó consagradas al Señor!

—¿Se acordaban de que el hermano Tranquilo habia sido novicio?

—¡Oh! no se acordaban... Mas en el pueblo de Armagnac, habia un pobre pastor de Armeil. Murió una tarde de verano, con las manos cruzadas sobre el pecho, rogando á Dios Salvador por la felicidad

de sus dos desventurados hijos, y de su desdichado padre.

—Las gentes de Miranda vinieron á verla tendida en su pobre camastro de hojas secas, blanca como una azucena de mayo, con sus ojos cerrados como por un sueño tranquilo y feliz.

—Digan y hagan los demás lo que les plazca; yo la rezo como á una santa, y siempre que la rezo, me sucede alguna cosa buena.

Andeol estaba allí también al lado de aquel humilde lecho de hojas secas, mudo y ciego, con su cabeza inclinada y sus cabellos caídos sobre su rostro como un velo fúnebre. Los monges de San Benito vinieron con un ataúd, inspirados por la caridad cristiana. Cuando Tranquilo los oyó de la parte de afuera cantando las plegarias de los muertos, echó convulsivamente sus manos al pecho, é hizo ademán de levantarse; pero le fué imposible.

Los monges entraron y colocaron el pobre y hermoso cuerpo de la desdichada Marion en el féretro. Tranquilo no pestañeó siquiera; estaba como petrificado; solo, sí, cuando se clavaba el ataúd, se estremecía á cada golpe, como si lo recibiese el desdichado en el corazón y taladrasen los clavos su pecho en vez de clavar-se en la madera.

Los dos niños lloraban en la cuna; mas su padre no los oía.

Cargaron al fin los monges con el féretro, entonando fúnebres plegarias. Y Tranquilo quedó solo en su desierta y desmantelada vivienda.

—A la noche se le vió arrastrarse á gotas hasta el cementerio; buscó la huesa mas reciente, y se sentó encima.

Por la mañana, estaba allí, y estuvo todo el día y también á la noche siguiente. Se le llevaba pan, y le dejaba enmohecerse sobre la tierra fresca. Allí permaneció durante un mes entero, como un sér privado de razón, tan flaco, tan amarillento y cárdeno, que se le hubiera tomado por un fantasma.

Al cabo de ese mes, la caridad pública

se había cansado, y se le vino á decir que sus dos pobrecitos niños lloraban de hambre y pedían pan.

Tranquilo se puso en pié muy erguido, aunque vacilante, y lanzó un grito de sorpresa; indicando así, el infeliz, que no se había acordado de sus hijos, volvió á su casa, y vendió una tras otra cosa cuanto tenia; y cuando lo hubo vendido todo, hasta la cruz de plata que acostumbraba á llevar al cuello la pobre Marion, sus desdichados hijos continuaron pidiendo pan.

Entonces fué cuando acabó de volver en sí, y se encontró demasiado débil y torpe para artesano, y demasiado cobarde para ser soldado. Él mismo me lo ha confesado.

Vino entonces al palacio de nuestros amos.

El duque Santiago no es muy afecto que digamos á las gentes de letras, aunque solo sepan leer; pero por no desairar las súplicas de la señora, le dió asilo, y por irrisión le estendió con mucho énfasis el título de ayo del niño Juan de Armagnac, que solo tenia á la sazón trece meses.

Los hijos de la Marion fueron encomendados á una buena campesina.

Cuando nuestro amo abandonó la Gasuña,—y bien puede decirse que desde aquel día le dejó Dios de la mano,—Tranquilo siguió á la casa como todos: los niños quedaron colocados en el pueblo de Arcueil.

Desde entonces el hermano Tranquilo vive en el palacio, y ama á su señorito como á su propio hijo; y sin embargo de todo, quizás no hubiera estado mucho tiempo si sus hijos tuvieran pan, y si la señora duquesa, que es un ángel en la tierra, no hiciera cuanto puede por dulcificar la triste suerte de esa pobre criatura... Porque antes del cautiverio de nuestro amo y señor, Tranquilo se veía ultrajado todos los días, y no pocas veces horriblemente maltratado.

—Esta es la historia del hermano Tranquilo.

—Y por cierto que tiene poco de alegre.

dijo el correo Nicolás que dió un gran suspiro como si hubiera estado comprimiendo su respiración.

El resto de la reunión se agitó como el auditorio de un predicador prolijo, despues de un sermón demasiado largo.

Hubo un instante en que el corazón de las gentes de armas y sirvientes del palacio de la Marche, se sintió conmovido; Cathos, la criada del hostel, llegó hasta verter dos gruesas lágrimas de compasión por la suerte de la desgraciada Marion, la hermosa pastora de San Vicente, hay que decirlo en honor de la sensibilidad de todos; mas en el de la verdad hay que añadir, que estas impresiones fueron pasajeras.

El hermano Tranquilo era para todos un enigma viviente, y á la par un objeto de animadversión y de desdén, que no podía interesar por mucho tiempo ni por sí ni por los suyos. Demás de esto, la ocasión y el humor eran de reír y de beber, porque hacia mucho tiempo que no se había reído en aquella, antes bulliciosa casa de Armagnac, y porque daban de beber gratis.

La melancolía se había presentado allí como una compañera molesta é importuna, y todos se apresuraron á despedirla.

El garrañón del vino había dado ya mas de una vuelta á la redonda, y los soldados empezaban á hacerse guiños y cambiar señas burlonas.

Solo la madre Pavot es la que se encontraba todavía bajo la impresión de tristeza que había despertado en su alma la narración que acababa de hacer, como si la hubiera pillado de nuevo lo que ella sola sabia.

—En verdad que podía hacerse sobre este tema un romance capaz de partir las piedras.

Orillon, el pescador, y Bonifacio el cazador, se rascaron sus mas que regulares orejas.

—Y aun insinuó el arquero Marmaron con aire entremisterioso burlon: la madre Pavot no nos lo ha dicho todo.

La hostalera clavó en él su mirada atónita.

—No os sirva de desagrado lo que voy á decir, madre Pavot, exclamó el arquero con aire burlon... Algo se os ha olvidado decir. Habeis asegurado que el hermano Tranquilo está aun en el palacio de la Marche por el amor que tiene al niño Juan, nuestro señorito, y para dar de comer á sus hijos. Pues yo sé otro motivo...

—¿Cuál? ¿cuál? Hablad: decid, exclamaron todos los de la reunión.

—¿Si, cual? preguntó á su vez la hostalera con entera buena fé.

—Para algo se tienen buenos ojos, replicó Marmaron. El hermano Tranquilo no está siempre ocupado en ojear sus mamotretos ni en espumar sus guisados de plomo fundido... No sé si será porque nuestra ama, la señora duquesa, se parece tanto á la difunta, pero es el caso que yo le he visto estar horas enteras contemplando á la señora... y con unos ojos...

Al decir estas últimas palabras, las grandes niñas de sus ojos giraron bajo los párpados como la de un pez moribundo, y se retorcó el bigote con cierto ademán de galantería.

Hubo en torno de la mesa una verdadera explosión de carcajadas que la Pavot con todo su prestigio é incontrastable autoridad no pudo comprimir: y todo lo que pudo hacer fué dar entre las dos paletillas un valiente puñetazo al bueno de su marido Pavot, que se desternillaba de tanto reír.

—¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja! decía el correo Nicolás que apenas podía ya respirar, el hermano Tranquilo enamorado de la duquesa Isabel. No es un mal acomodo que digamos para nuestra señora, añadió el buen pescador Orillon.

—¡Oh, qué galanteador! decían de todas partes. No dirá nuestra señora la duquesa que no está bien favorecida.

El rostro moffetudo de Cathos estaba húmedecido por las lágrimas que le arrancaba su loca hilaridad.

En medio de este alegre bullicio, que

inundaba el salón del hostal, se levantó al fin la voz de la Pavot, que pudo, en fin, dominar el tumulto.

—Ea silencio, señores; dijo, y haya al menos decoro. ya que no tengais un rastro de misericordia hacia un desdichado... Hé-le aquí.

Y con la mano estendida señalaba á una de las ventanas abiertas. Por la ventana efectivamente se podia ver en medio del camino cabalmente un personaje de elevada estatura, vestido al poco mas ó menos como un presbítero, que marchaba apoyándose en un palo encorbado. Marchaba ya á la derecha, ya á la izquierda describiendo una línea sinuosa en *sicsac*, como si estuviera rendido por el cansancio, ó mejor aun, como si su cabeza desvanecida no hubiera podido dar direccion á sus pasos.

La sotanilla estaba raída y empolvada; sus vueltos rasgados, hechos girones, permitian ver dos piernas enjutas y mas que medianamente largas; su cabeza iba cubierta por una especie de gorro encasquetado que dejaba escapar los mechones esparcidos y enredados de una cabellera negra y deslucida.

—¡Oh, mirad, mirad! Que honor hace tal ayo á la casa de Armagnac, dijo Nicolás.

—El que es hermoso, añadió Marmaron, no tiene necesidad de adornos.

El pobre diablo á quien esta soldadeca y esta chusma lacayesca zaherian con tan impía mordacidad, se acercaba en aquel momento á la puerta del hostal.

—Entrad, hermano Tranquilo, le dijo la Pavot con dulzura.

Tranquilo no pasó del umbral, y examinó desde allí lo que pudo del interior. Fué evidente para todos que sola la voz de la hostalera le habia hecho conocer dónde se hallaba.

—Dios me perdone, dijo Nicolás en voz baja; pero por lo visto iba á continuar en esa forma su marcha hasta Normandía.

Tranquilo dejó su corbo cayado de la parte de afuera de la puerta y entró. Hasta

ahora no hemos dicho nada de su rostro, porque su rostro desaparecia casi enteramente bajo los enredados mechones de su cabellera; mas en el momento que traspasó el umbral, echó atrás con un movimiento indolente de cabeza las guedejas de su espeluznada y larga cabellera.

Las gentes de Armagnac tenian razon; este hombre era feo; mas la Pavot no habia mentido; este hombre en una hora dada habria podido ser hermoso; no con la hermosura material y carnuda del correo Nicolás; no tampoco con esa belleza insípida de que no habia tipo en el hostal de la Pavot, y que se encuentran principalmente en los salones artesonados; sino con esa belleza triste, inteligente, íbamos á decir predestinada, que lleva en sí un sello de fuerza latente y una amenaza de infelicidad y de desgracia.

Como esta belleza consiste en la regularidad de las líneas, el vulgo no la comprende ó la confunde con la fealdad.

Ni aun nosotros queremos decir que el hermano Tranquilo tuviese esta belleza normalmente; nos hemos referido á una hora dada que hubiese podido poner una centella en el esmalte apagado de sus ojos tristes, que pudiera vivificar la inmovilidad amarga de su sonrisa y enderezar aquella anchurosa frente, que parecia exhausta completamente de pensamientos.

Precisamente era esa inmovilidad extraña de la vista, esa tristeza de su sonrisa fija, esa falta aparente de pensamientos que quitaba á su frente toda su expresion y vivacidad; eran precisamente todas esas cosas reunidas las que daban á la fisonomía del hermano Tranquilo su carácter, tono y apariencia peculiares. Además de eso habia bajo una cabellera mal peinada una cara larga, descolorida, modelada á grandes golpes de cincel, cuyos planes atrevidos hubiesen prometido una naturaleza enérgica.

Mas al verle entrar en el hostal de la Pavot encorvado, doblado el pecho, mirando al suelo ó inclinande la cabeza, se comprendia bien el desden y aun desprecio de

que era objeto el infeliz desde que nació. Era evidentemente una criatura inferior, y no acabada, uno de esos seres que vienen al mundo para dar pábulo á la risa burlesca y cruel del vulgo, cuyas heridas nunca puede curar: del todo la rara piedad de los buenos corazones.

El hermano Tranquilo, en vez de dirigirse hacia la mesa, se sentó al lado de la puerta, y esto en un taburete cojo, con que estuvo á pique de ir rodando por el suelo.

Porque es de advertir que si en alguna parte hay un asiento desvencijado, los hombres como nuestro héroe han de ir á escogerlo precisamente; su pié vacilante va á tropezar con el canto que un niño evitaría en cualquiera parte, y si hay algun hoyo ó cortadura á lo largo de un camino, por pequeña que sea, ellos son los que vienen á caer.

Y los que han notado que la silla estaba desvencijada; los que vieron y salvaron la piedra en que podrian tropezar y el hoyo ó zanja en que hubieran podido caer, se creen con el derecho de decir, ó al menos de sentir, que quien cayó, tropezó ó se tambaleó en la silla, canto ó zanja es inferior á ellos, y tienen sobre el desdichado derechos señoriales.

La Pavot hizo con Tranquilo lo que habia hecho con todos; salió á su encuentro con un tazón lleno de vino.

Nunca el desdichado, á menos de un extraordinario verdaderamente solemne, habia gustado el vino, y por consecuencia, era un acto de pura cortesía y deferencia el de la generosa hostalera.

El hermano Tranquilo levantó sus ojos para mirarla; alargó la mano, tomó la taza y la desocupó de un solo trago con ansia anhelosa.

La reunion aplaudió: la Pavot asombrada le miró con mas cuidado, y reparó que estaba mas descolorido, mas descompuesto y derrotado que de costumbre.

—¿Qué os pasa, pues? ¿Qué teneis, Andeol? le preguntó la pobre mujer, que cuan-

do se dirigia á él, le llamaba casi siempre por su nombre propio.

Tranquilo fijó en ella sus ojos amortiguados y no respondió; un poco de sangre asomó á sus mejillas, que se coloraron ligeramente en la estension de un escudo.

Los familiares de la casa de Armagnac se quedaron pasmados al verle despachar su tazón de vino con tanto garbo como hubiera podido tener el arquero Marmaron ó el correo Nicolás, que pasaban por los mejores bebedores de la casa.

—¿Qué tiene, preguntais? exclamó Orillon el pescador... lo que tiene es que va á hacerse hombre si se acostumbra á beber.

—¡Por San Bruno! añadió Nicolás, me atrevo á apostar ahora que le veo tan valiente, que estaba allá en el carrascal de San German accechando á algunas muchachas.

Y habiendo empezado una vez á despotificar, llovieron sobre el infeliz los sarcasmos: todos daban su coz y contribuian de la manera que podian á lastimarlo; y como las burlas de la gente de armas y sirvientes de Armagnac no se hacian notar, ni por su delicadeza, ni por su oportunidad, no nos es dado comparar lo que en aquellos momentos pasaba en el hostal de la Pavot, sino con aquellos suplicios de los primeros años del cristianismo, en que todos tiraban su piedra al mártir hasta dejar sepultado bajo ellas su cuerpo desnudo.

Tambien es verdad que estos sarcasmos caian sobre el desdichado pedagogo, como el granizo sobre una estatua de mármol. Jamás pudieron arrancarle un gesto de disgusto ni menos de impaciencia ó enojo, y ahora estaba sentado en su sitial, como si estuviese sordo ó sumergido en un letargo profundo. Al cabo de un rato, echaba sus brazos á la espalda, bajaba su cabeza y se marchaba lentamente, dando traspieses ó describiendo curvas como si estuviese ebrio.

Pero hoy la Pavot, que le examinaba con compasion, porque era toda una buena

mujer, podía seguir, en cierto modo, sobre su rostro animado la huella de sus pesares. No se puede decir si sería la taza de vino la que le hubiese despertado, mas se veía bien aquel día que oía, que comprendía y que su corazón sangraba. Al paso que las burlas se cruzaban y se confundían, como el hilo de una madeja embrollada por el juego de unas niñas aturdidas; la respiración del hermano Tranquilo se hacía fatigosa y ontrecortada; la roseta que coloraba sus mejillas desaparecía á ratos, y volvía á aparecer mas viva y circunscrita, como si fuera impresa por un sello.

En un momento de recrudescencia de aquella granizada de burlas y sarcasmos, en que el eco bronco de aquella muchedumbre saturada de vino, dominada por la voz chillona de Cathos, la mozueta del hostel formaba una algarabía infernal, el hermano Tranquilo se levanta de repente, y sale de su rincón. Aparta dulcemente con la mano á la hostelera Pavot, que viéndole vacilante, se adelanta á sostenerle; se dirige hácia la mesa donde las risotadas se habían extinguido, porque tan imponente y conmovedor era el aspecto de aquella figura lastimosa, y vino á parar ante los bebedores.

—Mis buenas genes, dijo con voz clara y reposada que no era habitual en él; ¡No os moleis de mí hoy; es lo pido por Dios, porque estoy muy afligido!

En aquellas palabras había un mar de lágrimas comprimidas.

—¡Pobrecito! dijo para sí la madre Pavot, sin saber cuál era el nuevo dolor que podía afligir á su protegido.

Todos callaron: se miraron unos á otros estupefactos, casi avergonzados y arrepentidos.

—¿Qué teneis, pues, hermano Tranquilo? preguntó Nicolás en tono que nada tenía de burlón.

Y todos en coro repitieron: ¿Pues qué os pasa, hermano Tranquilo?

Una gruesa lágrima brotó de los ojos del pedagogo.

—¡Tengo una grandísima pena! murmu-

ró, procurando ahogar sus sollozos. ¡Oh, Dios mío! Es grande mi dolor. Para ayudarme á vivir y á sufrir, tenía dos hijitos, que de vez en cuando iba á ver y á besar allá abajo, en la pobre casa que les servía de asilo... Eran muy hermosos... Me es imposible ponderaros hasta qué extremo los amaba!... Cuando estaba á su lado, me olvidaba de lo que soy, y me consideraba feliz.

Todos le escuchaban con silenciosa tristeza.

De repente, se cortó en su discurso, y una espresión de profunda amargura sombreó su rostro.

—¡Ah! ¡todo para unos y nada para otros!... balbuceó con voz entrecortada.

Y luego apuntando con el dedo á las almenas del castillo de la Marche, que se divisaban al través de la ventana, añadió:

—El niño que está ahí no ha vertido una sola lágrima desde el día que nació... Es noble, es rico, es feliz... ¡Todo para unos, nada para otros!

La Pavot creía soñar: los familiares y soldados de Armagnac se miraban unos á otros estupefactos, y Nicolás, cogiendo á Marmaron del brazo, le decía:

—Compadre, el cordero ha dejado ver los dientes... ¡Bien sabía yo que eran dientes de lobo!

—¿Qué es lo que decis, Andeol? exclamó la hostelera; vos, que amais tan entrañablemente al señorito Juan de Armagnac...

—Teneis razon, teneis razon, replicó Tranquilo precipitadamente. ¿Acaso he dicho yo que no amo de todo corazón al señorito Juan de Armagnac?... Escuchad: estoy muy triste; tengo una pena grandísima, y temo que voy á morir loco.

—Se llamaba María, continuó; María, como su pobre madre, á quien yo tanto he amado; era buena como su madre; hermosa como su madre... Aun no había cumplido cinco años. ¡Ah! ¿qué han podido hacer?... ¿Para qué les servía una criaturita de tan corta edad,

—¿Cómo! ¿os han robado á vuestra hija?

preguntó Marmaron, dispuesto á ofrecer sus servicios.

Y todos los concurrentes, movidos por un mismo sentimiento de bondad y compasión, dijeron:

—Es preciso buscar á vuestra hija, hermano Tranquilo. Nosotros os ayudaremos. Es preciso buscarla.

—¡Esto me gusta! exclamó la Pavot tocando en el hombro, uno despues de otro, á todos; esto es de buenos corazones.

—¡Oh! mi pobre Andeol; nosotros encontraremos á tu hijita, y en lo sucesivo, yo te la cuidaré y criaré... ¡Libre Dios de mi mano á los que pretendieran arrebatármela!

Mas el rostro del afligido pedagogo continuaba atribulado y triste, y movió la cabeza con lentitud.

—Cuando los hijos de los ricos se estravian, dijo con aquella amarga sonrisa que, á fuerza de habitual, había abierto dos surcos á lo largo de las comisuras de sus labios; todos corren y se apresuran por encontrarlos, y hacen diligencias en su busca... Mas vosotros sabeis, mis buenos amigos, que cuando se pierde de vista á los hijos de los pobres, se dice: dejarlos, ellos volverán. Cuesta trabajo buscarlos... y solo los ricos están en posición de poder compensar el trabajo.

—¿Pero qué es lo que tiene hoy este hombre? se preguntaba á sí misma la madre Pavot.

Y oyó al lado suyo como si alguno hubiese leído su pensamiento.

—Os digo que ese hombre tiene mucha hiel reconcentrada en el corazón.

La hostelera se volvió á ver quién respondía de este modo á sus no formulados pensamientos, y vió á Nicolás, el correo, que se había levantado y acercado á ella.

El hermano Tranquilo prosiguió su entrecortado discurso.

—Yo daba tan poca cosa á las entesg que guardaban á mis dos niños... En la tarde que echaron de menos á mi hija, se dijeron: esperemos. Y esto mismo repite-

ron durante ocho dias... y á mí no me avisaron, porque hay dos horas de camino desde Areneil al palacio de la Marche... Cuando yo he ido y he visto su camita vacía... cuando con el corazón sobresaltado pregunto: ¿dónde está mi hija?... ¡Ay! amigos míos, mis buenos amigos, exclamó Tranquilo, prorrumpiendo entonces en sollozos profundos; hacia ya ocho dias que había desaparecido... Durante ocho dias, estuvieron diciendo: esperemos aun... y ya no es tiempo de buscarla, porque si son litanos los que me han robado á mi hija, jestarán ya muy lejos de aquí... y ya... ¡Dios mío! no volveré á ver jamás á la hija de mi corazón... á mi hija María.

Y el infeliz se cubrió el rostro con las manos, y se veían caer hilo á hilo lágrimas de dolorosa angustia al través de sus descarnados dedos.

No había corazón que no estuviese oprimido: todos procuraban buscar una palabra de consuelo para aquella aflicción incomparable, y nadie acertaba á proferirla.

Ea, hermano Tranquilo, valor, dijo al fin Marmaron, que llenó su taza de vino hasta rebosar; aun os queda un hijo, ¡voto á Cribas!... vivid para él, y mostráos digno.

Los brazos del pedagogo se desprendieron y cayeron á sus costados, mientras que una estraña sonrisa brillaba entre las lágrimas que inundaban su rostro.

—¡Mi hijo!... sí... sí... tengo un hijo... ¡ah! sí, y á lo que creo, su porvenir está asegurado.

Estas palabras parecieron de buen augurio á los familiares de Armagnac, que en aquel momento se interesaban muy de veras por el pobre hermano Tranquilo.

Marmaron le alargó su tazon lleno de vino.

—Bebed un trago para reponeros, mi pobre amigo.

Tranquilo hizo lo que la primera vez, cuando la Pavot le presentó la primera ta-

za; la cogió con ambas manos, y la apuró con anhelosa ansia.

Sus dedos temblaban, y sus dientes cascaban en los bordes de su taza.

—Cuando la hubo apurado, se levantó erguido, y por la primera vez quizás, se presentó á los ojos de todos con toda la altura de su descollada figura.

—Mi hijo, volvió á decir con voz firme y sonora, vendrá aquí esta tarde, y será un niño feliz... tiene ya un empleo en el palacio de la Marche.

—¿Cuál? decidnos, preguntaron los soldados.

—Hace ya un año, cuando nuestro amo fué hecho prisionero, tenía el pensamiento de traer al lado de su hijo el niño Juan de Armagnac un niño de su tiempo... y decía: Cuando mi hijo Juan cometa alguna falta, se azotará al otro niño para que la justicia tenga su curso... El señor de Soles, escudero de la señora, se ha acordado de eso, y me ha dicho: ahora que monseñor vuelve, habrá que traer á tu hijo, Tranquilo, á fin de que sufra los castigos y lleve los azotes que nuestro señorito haya merecido.

Esta vez las gentes de Armagnac esclamaron como la Pavot desde el fondo de su alma:

—¡Pobre criatura! ¡pobre criatura!

La tarde iba declinando: tropel de caballos se sintió en el camino y se vió cruzar por delante de la ventana las cimbras de los cascos de dos caballeros.

Los soldados y familiares del castillo abandonaron en tropel sus puestos para ir á ver si podían reconocerlos. Cuando volvieron, el hermano Tranquilo habia desaparecido, sin que nadie pudiese dar con el escondite en que se hubiese ocultado. Solamente Nicolás el correo, dijo, que siguiendo con la vista á los dos caballeros que iban hácia la puerta de San German, habia visto una especie de sombra que se deslizaba á lo largo de la casa, átravesar silenciosamente el camino, y perderse á lo largo de los sotos que ciñen á derecha é izquierda el camino real.

V.

EL DESCAMPADO.

Mientras que Nicolás el correo entraba en el castillo con sus compañeros, los dos caballeros desconocidos se engolfaban en la espesura de los tallares que se extendían desde la puerta de San German hasta las cercas de la Abadía de San Sulpicio. Ambos llevaban sus armaduras, y las celadas del casco caídas, sin lo cual los familiares de Armagnac hubieran experimentado algun sentimiento de extrañeza al ver á uno de ellos, particularmente, que pasaba sin detenerse ante el puente levadizo del castillo ó palacio de la Marche.

En efecto, uno de los dos caballeros encubiertos, era el señor Guillermo de Soles, escudero de la duquesa Isabel, que venia de Noyon, donde habia estado á la mira del proceso de Santiago de Armagnac.

Su acompañante se llamaba Thibault de Verrieres, familiar de la princesa madame Ana de Francia, hija de Luis XI, á quien Guillermo de Soles habia encontrado en la revuelta del prado de los Clérigos al tomar el camino del castillo de la Marche.

—Amigo Guillermo, le dijo el señor de Verrieres, échate la celada, pasemos á trote largo por delante del castillo de tu señora é iremos hasta un sitio donde encontraremos personas conocidas.

—¿Pues qué hay de nuevo? preguntó el de Soles.

—Mucho, respondió Thibault: vante, digo, que allí encontrarás con quien hablar.

Guillermo de Soles caló la celada, y desaque el instante cabalgaron á paso largo sin hablar una palabra.

A alguna distancia de la puerta de San German, el tallar de encinas y castaños que ceñía las cercas de San Sulpicio se hacia tan espeso y tan faltó de camino, cual pudiera estarlo á veinte leguas de París. Acá y allá sobre los espesos matorrales descollaban algunos resalvos, restos del bosque del Sud, con sus copas sombrías.

Guillermo de Soles y Thibault de Verrieres ataron sus caballos al tronco de una encina, porque el ramaje y malezas comenzaban á obstruir el camino, y solo se podía marchar á pié.

Después de algunos minutos de marcha se detuvieron en un pequeño claro, en el centro del cual se veía desecha la choza de un carbonero abandonada.

Thibault se quitó el guantelete y á poyo contra sus labios la pequeña bocina que llevaba en la bandolera: una sola vez resonó en el bosque, y por respuesta resonó otra bocina igual, cuyo eco se prolongó algun tiempo por entre la espesura.

Un momento despues apareció un hombre en traje de cazador por entre las ruinas de la choza: era bastante jóven aun y se hubiera podido decir de él que era un buen caballero sin el aire de baja y reconcentrada malignidad que desentonaba su fisonomía.

Una espesa cabellera negra rizada, se dejaba ver por entre los bordes de su gorri! a; tenia ese color tostado y varonil que comunica el sol de Italia, y sus hermosos ojos negros indicaban viveza y osadía.

Decíase que con la espada en la mano, el Sigueron, Vicente Tarquino, no era un rayo de la guerra, mas se debia añadir que tenia su mérito particular cuando el puñal sustituía á la espada, y mejor aun cuando la pluma reemplazaba al puñal. Hacia sonetos maravillosos, madrigales y aun acrósticos; redactaba Memorias, componía arengas y encontraba cosas prodigiosas, trocando las letras que componían el nom-

bre de las mas bellas damas de la época.

Avanzó on viveza hácia los que llegaban.

—Si mi noble señor ha oido el llamamiento de mi bocina, dijo, vamos á verle dentro de un momento. El señor de Soles viene directamente de Noyon.

—Derechito, sin discrepar un paso, contestó Guillermo:

—Pues entonces, que nos diga pronto lo que hay, repuso el italiano; porque tengo ansia por saber...

Aquí se interrumpió y detuvo con un gesto la respuesta que venia á los labios de Guillermo, y se arrodilló sobre el tupido césped que tapizaba el suelo del descampado.

—Mi noble señor se acerca, dijo despues de haber aplicado el oido al suelo.

Pasaron algunos segundos: luego empezaron á crujir las hojas secas del tallar, y se dejó ver á la última luz del crepúsculo de la tarde la descollada y elegante figura de Olivier, señor de Gravelle, que avanzada solo armado de todas armas, bien que con los atavíos de un simple soldado.

—¿Con que todo está concluido, no es así? dijo sin responder al humilde saludo de Vicente Tarquino. Acaban de decirme que se levanta el patíbulo en la plaza de los Mercados delante del cementerio de los Inocentes.

—Santiago de Armagnac, duque de Nemours, replicó Guillermo de Soles, ha sido declarado por el Parlamento *reo de lesamajestad*, y como tal, condeado por sentencia del dicho tribunal á ser decapitado, dentro de las veinticuatro horas, en la plaza de los Mercados de París.

—Con que al fin... esclamó Thibault de Verrieres; el italiano restregó sus manos en señal de complacencia; Olivier de Sevrés, solo quedó pensativo é impasible.

—Alegráos, mi señor, le dijo Vicente Tarquino; pues aunque de la mano á la boca se puede verter la copa, segun el

adagio, sin embargo, siempre gusta verla llena; y además, no es sola una cuerda la que tenemos en nuestro arco, ni una sola flecha en el carcaz.

—El rey decae... dijo el señor de Graville con tono sombrío.

—Es verdad, el rey se hace viejo, y creo que empieza á tener celos de su amada hija la princesa Ana de Beaujeau...

—Nunca ha sido mas poderosa ni influyente en el ánimo del rey, observó Thibaut de Ferrieres frunciendo el entrecejo; los que pensaran separarse de su partido, sabrian pronto, muy á su costa, lo que vale y lo que puede una infanta de Francia.

—Yo os he referido lo que sé, dijo Guillermo de Soles, y me figuraba que una vez condenado, y bien condenado como lo está monseñor el duque, no nos faltaba mas que repartirnos el botín... Y á lo que parece me he engañado; ¿tendriais la bondad de informarme acerca de lo que pasa?

—¿Dónde puede estar ahora el duque de Nemours en este instante? preguntó Olivier de Graville.

—Su escolta marchaba al paso, contestó Guillermo, y yo la he adelantado cinco leguas al menos.

—Ea, pues, ya que tenemos tiempo, dijo el de Graville con fatigosa inquietud mal comprimida, informad á nuestro leal Guillermo de todo lo que quiera saber.

Graville se dirigía á Vicente Tarquino; esto dicho, volvió la espalda, y se empezó á pasear con aire preocupado.

El italiano no tuvo necesidad de preparacion, ni recogimiento para empezar su narracion.

—Como decia, mi querido señor, el rey se hace viejo. Por no desagradar á nuestro excelente compañero Thibaut, no repetiré que el rey desconfia de la princesa Ana, su hija, pero es una verdad que hay algo parecido á eso... Ayer el Delfin Carlos, que Dios guarde y cure de su hipocandria, cumplia los siete años; el rey lo presentó, como es costumbre, en el altar privile-

giado de Notre Dame, con un manto nuevecito de damasco azul, que es el color de la santa Virgen María... y al ver al Delfin tan cateco y mal configurado, el rey lloró; no os quepa duda, lo vi yo con mis propios ojos, y por tanto, he dicho que decae.

Thibaut de Ferrieres hostezó bajo la celada de su casco.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Santiago de Armagnac? preguntó Guillermo de Soles.

—Pronto lo vais á ver si teneis un poco de paciencia, mi querido señor. El rey ha estado orando doble tiempo que el que acostumbra, y cuando ha salido del coro de la catedral, ha dicho al duque de Borbon, que iba á su lado: Primo mio, hé aquí un niño que será tan pobre de espíritu como lo es de cuerpo... Si no fuera necesaria la barba para empuñar el cetro de Francia, yo me iria tranquilo, porque la princesa, mi hija, tiene una mano mas robusta que muchos hombres; mas el niño Carlos es Delfin y tendrá que ser rey. ¿Y no os parece que al menos habrá menester de valientes guerreros en derredor de su trono?

Borbon, que creia que esto se referia á él, exclamó el señor de Graville aproximándose bruscamente, contestó: Soy del mismo parecer de vuestra majestad.

Graville recalcó sobre esta palabra *vuestra majestad*, con un énfasis algo irreverente. Luis XI fué el primer rey de Francia que impuso esta fórmula de su tratamiento.

—El rey replió, continuó el elegante Olivier de Graville, que si dejó hablar á mi compañero Tarquino, no concluirá de aquí á la hora de matines. Primo, ¿no os parece que la buena espada de Santiago de Armagnac, duque de Nemours, haria muy al caso, al lado del trono del niño Carlos?

Guillermo de Soles movió la cabeza en señal de aprensivo recelo; porque para quien conocia á Luis XI, tales palabras

tenian una significacion de la mayor trascendencia.

Guillermo de Soles, escudero de la duquesa Isabel, era uno de esos ambiciosos vulgares que venden su honor por conseguir su objeto, pero que vacilan entre su codicia y su conciencia á cada paso, faltos de virtud para hacer lo bueno y de energía tambien para ahogar la voz de sus remordimientos.

—¡Oh! ¡oh! eso indica, observó con aire de inquietud, que el viento cambia.

—No hay cuidado, amigo Guillermo, le dijo Thibaut de Ferrieres; madama Ana será siempre lo que es.

—Y si el viento se muda, añadió Graville, nos arreglaremos de modo que sea tarde.

Hubo un momento de silencio, en que el mismo Tarquino parecia estar reflexionando; pensaba sin duda en el proverbio de su pais de las manos á la boca; el caldoso estaba levantado; el vino estaba escanciado; faltaba solo beberlo.

—Entendámonos, exclamó de repente Olivier de Graville. ¿Eres nuestro Guillermo de Soles?... ¿nuestro en cuerpo y alma?

—Vos me habeis prometido el señorío de Pierrefito, respondió el escudero; el dominio de Peirona en Foret, la albufera de Lussat y todo el territorio comprendido entre Saint-Loup de las Landas hasta el rio de Vouise... ¿no es así?

—Cierto, y te lo daré todo, Guillermo de Soles, contestó Graville.

—Si llegais á ser conde de la Marche, dijo el escudero, cuya vacilacion iba en aumento.

—Yo seré conde de la Marche si mis amigos me ayudan, aun cuando el rey cayera en la infamia... y si tú me sirves bien, Guillermo de Soles, aumentaré aun tu parte que pasará del rio de Tardes y llegará hasta el Cher. Serán tuyos Champhon, le Chatelet, Evans, y tambien Saint-Julien, Lagenete, Fontanieres, Fayolles, Saint-Priest en Combraille... y despues de mí, conde de la Marche, serás el hombre mas poderoso señor de la provincia.

—¿Y qué tendré que hacer para eso? preguntó el de Soles ya resuelto.

—Será preciso presentarse en los tribunales cuando llegue el caso, dijo Graville, y afirmar bajo juramento, que la duquesa Isabel dió á luz una niña y no un niño, allá en Gascuña en el castillo de Armagnac.

La duquesa Isabel habia sido siempre generosa y buena con Guillermo de Soles, bien que lo fuese para todos. Al contrario el duque de Nemours le habia maltratado alguna vez como á todos. Y así, lo que podia haber de adhesion á su señora, estaba neutralizado por lo que habia de odio á su señor.

Por tanto, si él vacilaba en aceptar la proposicion del señor de Graville no era tanto porque su delicadeza se hubiese alarmado, sino simplemente porque esta proposicion daba nueva luz y nueva fuerza á la situacion del partido que habia jurado la perdicion del duque de Nemours. Guillermo de Soles venia de Noyon con la noticia de haber sido condenado á muerte; debia creer que todo estaba acabado, y ahora encontraba á los vencedores ocupados en urdir una pequena intriga. Estas gentes, á quienes el parlamento echaba la cabeza de su enemigo, se encontraban embarazados en pequeneces de procurador, y andaban en busca de falsos testimonios.

Indicaba esto que ese duque de Nemours, aunque condenado á muerte, era aun muy poderoso.

Guillermo, sofocado por el calor de aquella tarde de agosto, se habia alzado la celada y sus dudas se retrataban en su semblante.

—¡Acabemos! Tarquino, dijo el señor de Graville que parecia cansado de tanta conversacion: descúbrele el fondo de todo esto, y que responda terminantemente sí ó no, antes de cinco minutos.

El italiano tomó la palabra con visible satisfaccion.

—Mi querido señor, dijo Guillermo de Soles, tenemos la debilidad del rey. Hé aquí todo... En esta visita que el rey ha

hecho á la duquesa Isabel, en su palacio de la Marche, visita á que asististeis vos como todos, el rey prometió á la duquesa que todo se arreglaría á su gusto.

—Pero el rey mentía... interrumpió Guillermo.

—Efectivamente, mi querido señor; es costumbre en este gran príncipe... solo que como ha mentido á la duquesa, tememos nosotros que también nos mienta la duquesa: á esta hora espera á su esposo libre y prepara las fiestas con que quiero celebrar su libertad. Nosotros esperamos el hachazo que debe separar del cuerpo una cabeza tímida... ¿Quién se engaña aquí, la duquesa ó nosotros? Ayer evidentemente era la duquesa la engañada; hoy, no sé que decir. La única diferencia que hay entre la duquesa y nosotros, y esto es lo que debe determinar vuestra decisión, si es que todavía titubeáis, consiste en que ella espera cruzada de brazos, mientras que nosotros estamos con las manos en la masa. No es el mismo el camino que conduce á los Mercados de París y al palacio de la Marche. Si mi señor, el duque de Nemours, es conducido lealmente, como se nos ha ofrecido, al patíbulo levantado frente al cementerio de los Inocentes, su escolta entrará en la ciudad por la poterna de Nicolás Hudron, y por nuestra parte nos guardaremos bien de obstruirle el paso. Si por el contrario, Santiago de Armagnac es devuelto á su palacio de la Marche, como le fué prometido á la duquesa Isabel, su escolta tendrá que dar la vuelta al recinto de la ciudad y vendrá á pasar por la barca del Prado de los Clérigos. Tenemos cincuenta hombres armados en los talleres, bajo la puerta de Buey... Ya veis, querido señor, que los cuernos del dilema están bastante en nuestro favor.

—Pues entonces, ¿á qué vienen los falsos testimonios? preguntó Guillermo de Soles.

—Mi querido señor, respondió el italiano, cuando nuestros cincuenta hombres de armas hayan cumplido su deber, forzarán las puertas del castillo ó palacio de la

Marche para que no quede nada de la casa de Armagnac. Este es nuestro programa. Mas el programa podrá no ser cumplido... Supongamos que después de la muerte del duque de Nemours acierta á escapar el niño Juan de Armagnac: como su padre habrá muerto á nuestras manos, y no á las del verdugo, la confiscación no procede de derecho. Y como nosotros no somos de esas gentes que matan por el gusto de matar, por más que mi noble amo esté inspirado por un odio mortal hacia todo lo que sea sangre de Armagnac, quiere para vengarse mejor, y como hombre de talento que es, no solo matar, sino también heredar... En consecuencia, yo que os hablo, después de haber buscado por mucho tiempo y con el auxilio de mi compañero Thibaut de Ferrieres, que trabaja aquí por cuenta de la princesa Ana, que quiere el ducado de Nemours para su esposo Pedro de Beaujeu, he encontrado una niña hermosísima que tiene exactamente la misma edad que el señorito Juan de Armagnac y que por fortuna se parece todita á la duquesa Isabel... Hemos ganado al médico Gascon que asistía en el palacio de Armagnac y nos bastará para lo demás vuestro honrado testimonio.

—¡Silencio! dijo recelosamente en este momento Graville, que se detuvo un momento en el centro del escampado, y pareció prestar oído.

Se sentía un ruido casi imperceptible en la espesura.

—Es un gamo sin duda, murmuró Thibaut de Ferrieres.

—Veamos si es un gamo ú otra cosa, dijo también en voz baja Vicente Tarquino.

Este hombre era un verdadero granuja italiano: ligero y flexible como una gamuza se escurrió á la rastra hasta la orilla del bosque. al cabo de un minuto se le sintió saltar hacia la espesura, y un instante después volver sujetando por el pescuezo á un pobre diablo que se dejaba llevar, suspirando y temblando como un azogado,

La luna, que dejaba en sombras profundas lo cubierto por la espesura, iluminaba con viva claridad el centro del escampado.

—¡Guillermo Tranquilo!... exclamó Guillermo de Soles.

¡Oh, mis buenos señores! balbucó el cuitado pedagogo más muerto que vivo: tened piedad de mí: os lo ruego en nombre del Dios omnipotente.

El italiano desenvainó su puñal.

—Puesto que perteneces tú al palacio de la Marche y tiemblas de este modo, deduzco que todo lo has oído, dijo.

—Tranquilo no tuvo fuerzas ni aun para protestar: vió brillar el puñal y cayó de rodillas ya casi muerto.

Fué Olivier de Graville quien contuvo en el aire el brazo de aquel sicario, instrumento de sus crímenes.

—¿A qué distancia estaba cuando le cogiste? le preguntó.

—A unas cincuenta toesas poco más ó menos, respondió el italiano. Pero tengo para mí que sería mejor dejarle mudo, porque pájaro muerto no canta.

—Nosotros hablábamos bajo y no es posible que nos haya oído. Y luego, yo no sé por qué he contado siempre con este idiota para el negocio de la señorita de Armagnac.

Estas últimas palabras las dijo en voz tan baja á Tarquino, que no pudo oírlas el aturdido pedagogo; que por lo demás estaba allí como un tronco inerte, perdidos todos sus sentidos.

Lo que Graville llamaba el negocio de la señorita de Armagnac, era la trama urdida para hacer creer en la suplantación del niño.

Hacia mucho tiempo, ya lo hemos indicado, que los enemigos de la casa de Armagnac habían esparcido este rumor entre las gentes del país y de la corte, y la infanta Ana de Francia sabía mejor que nadie sobre quién recaía el honor de esta invención calumniosa.

Graville se aproximó á Guillermo de Soles y le dijo en voz baja:

—Si es que tú no quieres prestar la declaración jurada que te he indicado, aquí tenemos quien la haga.

—Es que es esa una acción indigna de un caballero... comenzó á decir Guillermo de Soles.

Porque en la traición hay muchos grados y muchos pecarós; hay quienes, ó por cobardes ó por poco familiarizados con la idea que se les propone, no quieren enfangarse en ella más que hasta la cintura.

—Suelta á ese pobre hombre, dijo Graville con voz imperiosa á Tarquino.

A regañadientes obedeció el italiano, y Tranquilo se puso en pie sin poderse dar cuenta de si era el juguete de un sueño ú otra cosa lo que le pasaba, y se alejó temblando de Tarquino.

Guillermo de Soles decía á Olivier de Graville:

—Cuidado; no os fieis. Yo he vivido mucho tiempo cerca de ese hombre, y no sé todavía si le conozco ó no... Es más inocente que un niño; pero alcanza cosas que ni vos ni yo comprenderemos jamás.

—Detesta á Santiago de Armagnac, replicó Graville.

—Pero ama á la duquesa Isabel y á su hijo Juan de Armagnac, dijo el escudero: ¡los ama! Ahora que me acuerdo...

—¿De qué te acuerdas? preguntó Graville.

—Escuchad, dijo en voz baja Guillermo de Soles. ¡Es una criatura incomprensible! Quizás ha adivinado todos vuestros planes, que yo no maliciaba siquiera hace unos cuantos minutos, aun cuando hace tanto tiempo que os conozco. La semana pasada le he sorprendido mientras se estaba ocupando en un trabajo muy extraño, y que me pareció cruel... y le pegué una tollina con la hoja de la espada, hasta que le hice saltar la sangre de las costillas.

—¿Y qué trabajo era ese á que os referís? volvió á preguntar Olivier de Graville.

—Ahora que pienso en ello, doy á ese trabajo otra explicación, repuso el escudo-

ro con aire pensativo. Cuando sorprendí al hermano Tranquilo, estaba en el cuarto del niño que lloraba y pedía perdon... Tenía en la mano un punzon de acero, y al lado dos frascos, uno de los cuales contenía un licor encarnado y el otro un líquido blanco y brillante que me pareció una solución de plata fina. Tranquilo había delineado unos rasgos con el punzon en el lado izquierdo del pecho del niño, justamente sobre el lado del corazón... En mi exaltación, no me fijé en la forma del dibujo; mas ahora la elección de esos colores y la disposición de las líneas, no me dejan dudar de que era el escudo de plata con el león de gualas lo que el hermano Tranquilo esculpía en el pecho del último Armagnac.

—Teneis razon, señor mio, dijo una voz detrás del escudero, era el escudo de Armagnac lo que grababa el otro día en el pecho de mi alumno.

Tranquilo se había aproximado, favorecido por las sombras sin ser apercibido, mientras que el italiano y Thibaut de Ferrieres conversaban un poco desviados. No temblaba ya mas su frente humilde; estaba siempre inclinada, y su mirada fija en el suelo.

Guillermo de Soles sorprendido de este modo, se sobresaltó y echó mano á la espada; el señor de Graville le contuvo con un ademán imperioso.

—Ven aquí, dijo al pedagogo.

Tranquilo obedeció con aire sumiso y respetuoso.

—¿Para qué esculpías en el pecho de tu discípulo el escudo de los señores de Armagnac? preguntó Graville.

El pedagogo tardó algo en responder: levantó lentamente su vista á Graville con muestras inequívocas de espanto y de terror.

—Hay gentes, señor, dijo al fin, que hacen tales y cuales cosas porque la locura les induce á ello; y á esas gentes no se les pide cuenta de lo que hacen.

Pero esas gentes tampoco responden como tú me has respondido, amigo mio,

observó el señor de Graville; créeme, y responde con franqueza y con verdad: ¿por qué esculpías tú, el león de Armagnac, en el pecho de tu señorito?

Los ojos de Tranquilo rodaron en las concavidades de sus órbitas; movió la cabeza á uno y otro lado, como si hubiera buscado el modo de evadirse, y luego contestó en voz baja entrecortada y temblorosa.

—No soy mas que una desgraciada criatura, señor. Los que sois fuertes y valientes, levantaís la mano cuando se os ultraja, y el insulto que se os hace queda pronto vengado. Yo no me he vengado nunca, ni he podido vengarme, aun cuando se me ha ultrajado muchas; muchas veces, muchísimas veces... y yo no sé si vos, señor, podreis comprender esto; cuando se reprime mucho y siempre la cólera, se forma una úlcera en el fondo de la memoria.

Tranquilo levantó un poco la cabeza, y llevó la mano á su pecho.

—Hay aquí memoria, continuó con voz ya mas segura y vibrante; memoria para el bien y para el mal. Vos, señor mio, que sois superior á mí, ¿no creéis que el hijo deba responder de los actos de su padre?... Es la ley del Evangelio, pues que nosotros todos sufrimos el castigo del pecado original.

La cabeza triste y pálida de Tranquilo se iba levantando como á pesar suyo; su voz iba tomando cuerpo y energía. Guillermo de Soles, que creía conocerle, le escuchaba con sorpresa creciente. Thibaut de Ferrieres y el italiano se habían aproximado atraídos por la curiosidad.

—Esto es natural, continuó diciendo Tranquilo; el hijo hereda, y la herencia comprende todo: los bienes y las deudas... Pues bien, señor, la vida es larga; yo he visto á los hombres cambiar de fisonomía y de nombre, y he grabado el león de Armagnac en el pecho de mi educando, porque quiero reconocer siempre, aun dentro de cincuenta años, si Dios me dá vida hasta entonces, lo mismo que ahora, al hijo de Santiago de Armagnac, mi amo.

Tranquilo estaba derecho, y descollaba su cabeza, desnuda por cima de los cascos de hierro de sus interlocutores que le rodeaban. Los cuatro caballeros cambiaron entre sí una mirada como de interrogación y de asombro, y Guillermo de Soles dejó escapar un gesto de despecho; era una concurrencia que se hacia á su traición.

—¿Para vengarte de él? preguntó vivamente Olivier de Graville con los ojos fijos en el pedagogo.

Las anchas pupilas de Tranquilo brillaron de repente y parecían encenderse sus órbitas: abrió la boca: una palabra vino á sus labios, mas no pudo preferirla, y su cabeza se inclinó de nuevo sobre el pecho.

—En caso necesario, dijo Vicente Tarquino al oído de Graville, se podrá utilizar á este hombre. Hacedis hecho muy bien en salvarle de mi puñal.

El eco de una bocina, parecido al que había respondido á la llamada de Tibaut de Ferrieres, resonó á lo lejos.

En cuanto se podía juzgar en aquel enmarañado laberinto, el sonido venia del lado del río en dirección del Prado de los Clérigos.

—¡A caballo, señores, á caballo! exclamó Olivier de Graville: hé aquí el momento decisivo en que vamos á ganar ó á perder la partida.

—Tú, el hombre, añadió dando en la espalda á Tranquilo que sintió, doblegarse sus piernas al contacto del pesado guantelete; ve á esperarme al palacio de la Marche. Espero que no tendrás que esperar cincuenta años para regocijarte y desahogar tu pecho, si está sediento de venganza.

Él salió el primero del escampado, Tibaut y el italiano le siguieron de cerca á la carrera.

Guillermo de Soles cogió de los dos brazos á Tranquilo.

—¿Con que tú eres enemigo de Armagnac? le preguntó.

El pedagogo había recobrado su fisonomía humilde y placida.

—¿Y vos, señor? le dijo en vez de contestar.

—Vamos, vamos, señor Guillermo de Soles, gritó Olivier de Graville desde la enramada. Los que no son conmigo son contra mí.

Guillermo de Soles dió un empujon al hermano Tranquilo, que estuvo á punto de caer; y luego á su vez se engolfó tambien en la espesura.

Tranquilo quedó solo en medio del escampado desierto. oyó en seguida el galope de los cuatro caballos que se alejaban, luego quedó el bosque en el mas profundo silencio.

Tranquilo dió algunos pasos para alejarse: mas en el momento de penetrar en la espesura se apoyó en el tronco de un árbol, y quedó con la frente entre sus manos.

Aquel día había atravesado dos veces aquella espesura de ordinario solitaria, y las dos veces había tropezado con gentes de armas.

Él no sabia nada, absolutamente nada; pero había en él como una intuición vaga, y puede decirse que lo adivinaba todo.

Era un ser extraño, superior ó inferior á la vez á la especie humana: los que se burlaban de él, tenían razon, era grotesco. Los que lo temían, si es que había alguno, no se equivocaban: podía ser terrible.

No había oído la conversacion de Graville con sus tres compañeros: había ido allí á sorprender un secreto. Mas sus piernas torpes se habían enredado en las ramas del tallar mientras que se arrastraba á alguna distancia del escampado, y el ruido había revelado su aproximación.

Nada había oído, y sin embargo hubiera jurado por su salvación que aquellos cuatro hombres venían allí á conspirar en daño de su señor.

Sabia qué atmósfera de traiciones y de astucias se respiraba en la corte del rey Luis XI; que todos se amoldaban á las maneras del soberano que se vanagloriaba de llevar la astucia hasta la deslealtad. Los preparativos de fiesta que se hacían en el

palacio de la Marche no le engañaban: una voz íntima gritaba en él sin cesar: ¡Duelo! ¡duelo! como si estuviese dotado del don de profecía.

Permaneció algunos minutos inmóvil, recostado contra aquel árbol, y en seguida sacudió su cabeza con tanta violencia, que las guedejas de su cabellera vinieron á azotarle la cara.

—¡Hijos míos! ¡mis pobrecitos hijos! ¡hijos de mi alma! exclamó con indefinible expresión de ansiedad y de amargura... ¿Por qué, Dios mío, he de estar yo aquí pensando en otros que en mi hija que está perdida... pensando en otros que en mi hijo que va á empezar esta noche misma mi oficio de mártir? Yo no quiero pensar más que en ellos, porque ellos son mi sangre y la sangre de mi santa María... yo no quiero amar más que á mis hijos, á mis hijos...

Los rayos de la luna, que pasaban al través de las ramas del árbol, iluminaban su descarnado rostro, que su argentada claridad hacia más pálido; había en sus facciones un desaliento lleno de angustia y algo parecido á un remordimiento.

El recuerdo de sus hijos, que evocaba de este modo, no pudo cerrar el paso á otro pensamiento. Un instante después, palabras inconexas salían de sus labios, y estas palabras no se referían ya á sus hijos.

—¿Por qué esa llamada? murmuraba; ¿qué partida es la que esta noche va á ganar ó perder? La duquesa Isabel era muy buena para mi pobre María, y mi desventurada María la amaba mucho. ¿Y el niño Juan? ¿Por ventura, no soy yo el que ha recibido su primera sonrisa? Es también de la edad de mis hijos.

Sus cejas se contrajeron, y su voz cambió de tono.

—¡Feliz! ¡feliz! exclamó. Todo para unos, nada para otros, y esto empieza desde muy luego, añadió con amargura más profunda. Para él, ya todos los placeres y todas las alegrías y todos los mimos; para ellos, para los predestinados á sufrir in-

felices! para vosotros todos los tormentos, todas las humillaciones.

El viento traía esos ruidos misteriosos de las noches que son como el aliento de la naturaleza adormecida. Tranquilo escuchaba; nada llegaba á sus oídos sino el lejano valido de los rebañes que se encerraban en los corrales de la abadía de San German de los Prados, ó el murmullo de la brisa al deslizarse entre el ramaje espeso del monte.

—¡Hijo mío! exclamó estremeciéndose y como asaltado repentinamente por una idea de las que sin cesar cruzaban por su mente, interrumpiéndole en sus reflexiones, y le daban las apariciones de la enagenación; tú no serás ni cobarde ni débil como yo; tú sabrás manejar una espada, ó te ahogará con mis propias manos!

Se interrumpió después de este nuevo monólogo, y prestó oído á un nuevo toque de bocina, tan débil, que se confundía casi con los murmullos de la noche, vino á sacarle de su distracción. Al propio tiempo, empezaron á oírse las pisadas de un caballo al paso, batiendo sobre las piedras de un sendero inmediato y una voz broncea muy conocida que entonaba una pesada cantinela.

—¡Geromo!... murmuró Tranquilo lanzándose en seguida al través de la espesura para salirle al encuentro en la senda.

Gerónimo Ripaille, el hombre de armas de Armagnac, marchaba á paso corto con la brida en la mano izquierda y la otra á la cintura, cantando á grito pelado con toda la fuerza de sus robustos pulmones.

—¡Geromo!... exclamó Tranquilo saliéndole al paso en el sendero.

El soldado interrumpió su cantar, y detuvo su caballo.

—He oído la voz de una corneja, sin duda, refunfuñó; si ya no fuese la voz de mi primo Andeol, el desdichado Tranquilo. Llégate acá, roedor de pergaminos... Prefiriera haber encontrado á un buho á quien hubiera hecho volar sin más que agitar una rama, que á tí á quien me veré

precisado á llevar á la grupa hasta el castillo.

—¡Oh! mi buen primo, respondió Tranquilo; harías una obra de misericordia, porque estoy muy cansado... fuera de que tengo que decirte muchas cosas.

—¿Y crees acaso que me divierta mucho hablar contigo? repuso Geromo Ripaille. ¡Eal monta.

Le tendió el pie para que le sirviese de estribo, y Tranquilo intentó en vano encaramarse á la grupa del caballo.

—¡Buen Dios! exclamó el soldado con el tono de la más profunda conicción. ¿Será posible que haya en una misma familia un hombre de mi temple y un gallina como tú? Tu padre y mi madre eran hermanos. De esto no me cabe duda, así como tampoco de que circula por nuestras venas parte de una misma sangre; pero es preciso que hayan mezclado á la tuya alguna droga como la que transforma una excelente crema en un suero despreciable.

Tranquilo en tanto hacia esfuerzos por montar.

—Dices bien, mi buen primo, y es una fortuna grande para tí el que no te parezcas en nada á mí, repuso con la mayor naturalidad Tranquilo.

En premio de su modestia, Geromo Ripaille le agarró del pescuezo, como pudiera haberlo hecho con un perro, y le colocó á la grupa de su caballo.

—¡Gracias á Dios! respondió él continuando el diálogo, sin que el esfuerzo que había hecho hubiera turbado nada el curso de su respiración atlética. A mí me ha cabido en herencia todo el vigor, todo el valor y todo el genio de la familia. Con que agárrate á mi coraza lo mejor que puedas, y hazte el muerto.

Tranquilo obedeció. Ripaille espoleó á su pesado caballo que salió al trote, y se dió á cantar en el mismo tono la tercera copla de su romancesca cantinela.

—Mi buen primo, murmuró tímidamente Tranquilo, cuando el soldado hubo concluido su cantar.

—¿Qué te ocurre? contestó el soldado en tono agrio; te he prevenido que callaras, y no me gusta mucho verme desobedecido.

—Es que tengo que proponeros un trato, mi querido primo.

—¿Qué trato es ese?

—Si no me es infiel la memoria, creo que deseáis llevar grabado en vuestro brazo un corazón adornado de llamas, como los arqueros del rey Luis XI, que vienen de Escocia.

—Es verdad, contestó Ripaille, y tú me ofreciste hacer funcionar tus hornillos y destilar tus drogas hasta encontrar el licor que marca en la piel líneas indelebles. ¿Cómo van, pues, tus guisados?

—Poseo ya ese licor, primo.

—¿De veras? exclamó Ripaille lleno de gozo. ¿Y qué me vas á pedir por tu trabajo? Te advierto que he echado en vino toda la soldada de la semana anterior, y que al pronto no tengo más que dos sueldos parisíes.

—Mas yo tengo una rosa noble de Inglaterra, primo, repuso Tranquilo, cuya rosa al peso, por más que esté un poquillo gastada, siempre vale sus veinte sueldos parisíes de oro fino.

—Es decir, que como estás tan rico, vas á grabarme de valde los corazones, ¿no es eso?

—Aun más que eso, mi buen primo; porque os dibujaré los dos corazones con un hermoso flameado, y os daré además mi rosa noble de Inglaterra.

El soldado giró sobre sus caderas para mirar á Tranquilo, cuya cara contrastaba, por lo pálida y descarnada, con la del arquero: morena, colorada y moftetuda.

—¿Acaso pretendes burlarte de mí? murmuró el nervudo caballero.

—No lo permita Dios, repuso Tranquilo; quiero, sí, pagarte de este modo el trabajo y auxilios que reclamo de tí para esta noche.

—¿Y qué es lo que he de hacer esta noche?

—Si quereis ayudarme, añadió Tran

quilo, os llevaré esta noche al cuarto de nuestro señorito Juan... en cuyo pecho he empezado á grabar el escudo de armas de su casa.

—¡Val ya he oido yo hablar algo de eso, y que Guillermo de Soles te ha dado por esa razon una de espaldarazos que te ha molido las costillas... Y sabes que es una cosa de que me avergüenzo el tener un pariente tan allegado que se deja pegar de ese modo como un borrico... Pero ¿qué objeto te propones, al marcar de ese modo á nuestro señorito?

—El de hacerle mas hermoso, mi buen primo... pero es el caso que yo no tengo más que dos brazos, y aun estos brazos ya sabes que valen muy poco. Y es el caso que mientras yo opero, el niño llora y grita que se las pela... lo oyen... vienen... nos ven y á mí me muelen á palos... Y si tú estuvieras allí para tapar la boca al niño y tener la puerta cerrada...

—¿Llevas encima tu rosa noble? interrumpió el soldado.

—Sí tal... Como es todo lo que tengo y puedó muy bien con ello, la llevo siempre conmigo.

—Dádmela, pues, y trato hecho.

Tranquilo sacó del bolsillo de su sotanilla la piedra de oro envuelta cuidadosamente en una bolsita, que estaba sujeta por un cordón y prendida á un ojal, y la alargó al codicioso arquero; este tomó la bolsa, la echó al aire, y la recogió al vuelo, á pesar de la oscuridad, y en seguida empezó á cantar de nuevo con duplicado entusiasmo. Llegaron por fin al camino real, en que moria la senda que traian á corta distancia del hostel de la Pavot y del palacio de la Marche.

El hostel parecia desierto: las fuertes ventanas de la fachada estaban cerradas, y por los resquicios de la puerta tambien cerrada, no se veia tampoco luz ni señal que indicase la presencia de alma viviente.

Por el contrario, las almenas del castillo resplandecian á la luz de los hachones de viento y tiestos llenos de materias resi-

nosas que hacian vivas llamas; sobre la cresta de las garitas de todos los ángulos grandes antorchas clavadas proyectaban sus reflejos en los largos pliegues de las banderas de la casa de Armagnac de colores blanco y encarnado. Circulaban alegremente por lo alto de los muros gentes armadas y todas las ventanas estaban iluminadas con profusion.

Cuando el valiente Geromo Ripaille y su desdichado primo llegaban á los apaches del castillo, los guardias de la poterna echaban el puente levadizo para dar paso al señor Guillermo de Soles, que volvia acelerado del país de Noyon, con noticias para la señora.

Mientras que todos se agrupaban en torno del escudero de la duquesa Isabel, Gerónimo Ripaille y el hermano Tranquilo pudieron penetrar sin ser vistos en el dormitorio donde descansa el heredero de Armagnac.

VI.

EL PAJE HUGUET.

Eran las nueve de la noche: gracias á las noticias traídas sucesivamente por el correo Nicolás, por el señor Guillermo de Soles y por otros emisarios, se esperaba de un momento á otro la ansiada vuelta de Santiago de Armagnac, duque de Nemours.

Todos los vasallos del pequeño feudo que la duquesa Isabel poseia á las inmediaciones de París, se habian reunido en el palacio de la Marche.

La Pavot y su marido, habian abandonado tambien su bullicioso hostel, llevan-

tado en terrazgo del dominio de la Marche, para tomar parte en la alegría general.

A decir verdad, ninguno de los emisarios de Noyon habia dado noticias precisas del resultado del proceso; pero todos habian gritado al llegar, ¡buenas noticias! ¡buenas noticias! y desde la duquesa Isabel, hasta el último dependiente de la servidumbre de la casa, todos participaban de igual satisfaccion sin sombra alguna de recelo.

El vino corria á torrentes en la cocina: enormes pasteles hechos pedazos con todo arte, procuraban amortiguar el agudó apetito de los vasallos, soldados, ugieres, lacayos y demás gentes de la servidumbre de la Marche: solo se oian libaciones, brindis, conversaciones animadas y alegres cánticos de triunfo, bulliciosa algazara.

Mme. Isabel, duquesa de Nemours, seguida de sus camaristas y sirvientas de honor, acababa de entrar en el gran salon de ceremonias del palacio de la Marche, y sentándose en el sillón de honor al lado de otro dispuesto para recibir á su esposo ausente.

Tenia la duquesa Isabel ventidos años, se habia casado con Santiago de Armagnac antes de cumplir los diez y siete. Prima hermana del rey; poseedora de un gran patrimonio y de uno de los nombres mas ilustres de la Francia, reunia además en su persona la radiante corona de belleza que arrastraba tras sí á la mayor parte de los príncipes, grandes señores y caballeros de su tiempo.

Los mas poderosos señores de la corte de Francia, y aun de las extranjeras, habian pretendido su mano; todos los poetas de la época habian cantado las esquisitas dulzuras de su sonrisa, su belleza sin tacha y relevantes prendas de su corazón y carácter, y en todos los torneos de Europa se habian rito lanzas corteses en honor de sus incomparables hermosísimos ojos negros.

Un instante hubo en que se llegó á

creer que el señor Olivier de Graville, que pasaba por el guerrero mas cabal y el caballero mas cumplido, galán y hermoso de la corte de Francia, iba á prevalecer sobre sus muchos rivales; cuando llegó Santiago de Armagnac de Inglaterra, donde habia estado prisionero dos años, Isabel le vió y se apasionó de él. En un torneo que tuvo lugar en París, estando ausente Luis XI, el de Armagnac desmontó dos veces seguidas á Olivier de Graville; y se contaba que este, vencido y humillado, quiso tender una asechanza á su feliz adversario, el duque de Nemours, que no se dignó de castigarle con el filo de su espada.

Mas de cinco años despues llevaba todavía Graville en la frente una cicatriz profunda y estampada en ella el pomo de a espada de Armagnac, en que estaba esculpido un trebol ó flor de lis.

Y la herida que guardaba en el corazón, era todavía mas profunda que la cicatriz de la frente.

Santiago de Armagnac, y su esposa Isabel, se amaban con amor cordialísimo que el tiempo no habia hecho mas que avivar.

El duque de Nemours, duro, altivo y aun brutal para con todos, era dulcísimo, respetuoso, afable y cortés para su esposa.

Los poetas contemporáneos los santaban en latin, figurándose que la lengua francesa no tenia términos propios para cantar tan tiernos amores; y decian aludiendo al escudo de Armagnac, que la encantadora duquesa habia cortado las garras del leon.

Y como el feroz leon habia rendido su fiereza ante una sola persona, era natura que esta persona le amara con ternura sin igual.

Armagnac, aquel alto varon que hacia temblar á todos, se arrodillaba ante una mujer joven, ¿cómo esta mujer no le habia de idolatrar?

Así era, en efecto, y durante los eternos meses que el duque de Nemours pasó

en la jaula de hierro, invencion de Luis XI, la duquesa Isabel no cesó un solo dia de implorar la clemencia soberana. Estaba en correspondencia con su esposo cautivo, y alguna de sus cartas de aquella época, que se han conservado, revelan en cada una de sus letras un amor apasionadísimo.

Hoy, que todos aquellos contratiempos concluian, al sonar la primera hora de la libertad para el jefe de la casa de Armagnac, la duquesa Isabel olvidaba sus largos padecimientos y la sonrisa de la felicidad borraba la huella de las lágrimas que hasta el dia anterior mismo entristecian sus hermosos ojos.

Lucía en su frente un rayo de pura alegría, era jóven; estaba maravillosamente hermosa, como en el dia de feliz recuerdo, en que Santiago de Armagnac la habia conducido al ara del himeneo.

Era una hija del Mediodia de la Francia, de facciones delicadas y nobles, de deslumbrante blancura, animada por el brillo diamantino de sus rasgados ojos negros.

Los que habian visto su cabellera de azabache destrenzada, decian que podia envolver todo su cuerpo; su talle era magistoso, flexible y breve, y cuando se sonreía mostrando las perlas nacarinas de su dentadura, decian los trovadores que veian flotar en torno de su talle el cinturón divino de Venus citérea.

El grandioso salon de ceremonias del palacio de la Marche, decorado al estilo gótico mas puro con una magnificencia del gusto mas esquisito, sostenia entre cada fascículo de columnas incrustados los escudos de alianza de la casa de Armagnac y de la Marche.

Allí se veian tambien los escudos de armas de todos los grandes vasallos de la corona, porque no habia príncipe que no estuviese emparentado con el poderoso duc de Nemours.

Sobre el fronton de la puerta principal los esmaltes casados de la Marche y de Armagnac, reflejaban la deslumbradora luz de las arandelas: el escudo de Armag-

nac es un leon de gulas sobre campo de plata, y el de la Marche el flordeliseado de Francia con Landa de gulas con tres leoncillos de plata.

—¿Cómo me vendrá el señor de Soles en persona á decirnos lo que pasa en el camino de Noyon? preguntó la duquesa Isabel; oyéndole hablar de mi querido esposo y señor, se me figura que habia de hacérseme menos pesado el tiempo.

—El señor Guillermo de Soles está dando órdenes al alcaide y mayordomos, señora, respondió una de las de la servidumbre. El festín será magnífico, señora, digno de tan feliz acontecimiento como el que con ansia estamos esperando. El señor de Soles ha dicho, y yo mismo lo he oido, que nuestro amo y señor no pueda tardar ya mas de una hora.

—Bien, bien, que lo disponga todo, replicó Isabel, que recaía en su dichosa preocupacion. Sí, que el festín sea grandioso. Quiero que todo el mundo participe de nuestra felicidad y de nuestra alegría.

Hablaba así, y sin embargo, se hubiera podido distinguir en su rostro encantador una sombra de vaga melancolía.

¿Consistiría acaso en que la emoción de la alegría que se repliega en sí misma, en el fondo del corazón, tiene algunos rasgos parecidos á los de la tristeza?

¿O bien sería producida por algun triste é indefinible presentimiento de los que experimentan los corazones poseidos por una afeccion profunda?

Se respetaron las meditaciones de la duquesa, y un silencio sepulcral reinaba en el gran salon de ceremonias; un débil quejido se dejó sentir en medio de aquel silencio, solo interrumpido de vez en cuando por el lejano rumor de las conversaciones de los vasallos sentados á las mesas corridas que les estaban destinadas.

El ruido aquel tenia algo de parecido al ahogado quejido de una criatura á quien se tuviera tapada la boca.

—¡Mi hijo!... exclamó la duquesa sobresaltada en su trono. ¿Dónde está mi hijo?

No le he visto desde la hora de la merienda.

El señorito á estas horas suele estar durmiendo, respondió la camarera.

El hermano Tranquilo ha estado fuera del palacio todo el dia, replicó la duquesa Isabel, cuyas cejas se fruncieron; el niño ha estado solo, y no quiero que mi querido amo y señor pueda decirme con razon que se ha desatendido el cuidado de nuestro hijo.

A Dios gracias, la acusacion hubiera sido injusta; porque no podia haber en el mundo niño mas mimado ni mas querido que Juanito de Armagnac. Pero hacia dos años que el duque no le habia visto, y Mme. Isabel queria ponerle en sus brazos, lleno de salud, alegre y feliz.

Otro grito mas claro que el primero, se oyó de nuevo.

La duquesa se puso pálida, y aquella vez las camareras y asistentes se alarmaron.

La cámara donde reposaba el heredero de Armagnac, no estaba separada del salon de ceremonias mas que por un corredor.

La puerta de la cámara se abrió violentamente y se vió cruzar por la penumbra de la galería un hombre con el uniforme de soldado, que huía con toda precipitacion.

Al mismo tiempo el niño Juan de Armagnac salvaba la puerta del suntuoso salon, y venia llorando á echarse en brazos de la duquesa Isabel, su cariñosa madre.

—¡Mamá! ¡mamá!... gritaba con voz ahogada por los sollozos: ¡me han hecho mucho mal!

La duquesa se puso en pié, y sus ojos indignados buscaban al hombre osado que se habia atrevido á poner la mano en el heredero de Armagnac.

Sus ojos vinieron á fijarse sobre Tranquilo, que estaba en pié, descolorido y turbado en el dintel de la puerta.

—El es... murmuró. ¿No es él, hijo mio, quien te ha hecho mal?

—Sí, mamá; contestó el niño señalando

con su brazo tendido hacia la puerta: él y el soldado Geromo han sido.

—Y no es esta la primera vez, señora, añadió Guillermo de Soles que entraba en aquel instante.

Y esto diciendo, cogió al pedagogo del cuello de la sotanilla y lo arrastraba á los piés de la duquesa indignada.

Al verlo aproximarse, el niño hizo un movimiento de terror.

—¡Mamá! ¡mamá!... exclamaba ocultando su rostro angelical en el regazo de la duquesa; va á continuar pinchándome en el pecho.

—Pero, ¿qué es lo que pretendia hacer ese hombre? murmuró Isabel, que miraba á Guillermo de Soles estupefacta. ¿Qué le has hecho?

La mirada de Tranquilo intentó luchar un instante con la de Guillermo de Soles: mas sus párpados cayeron vencidos y sus brazos tendidos á los costados.

Guillermo de Soles parecia haber esperado este instante; tuvo una sonrisa como de orgullo, y dejando al pedagogo anonadado por su propia debilidad, entreabrió la pechera de la túnica de terciopelo que cubria al niño.

Vióse la camisita hordada con todo primor salpicada de gotas de sangre reciente.

La duquesa misma entreabrió la camisilla con un gesto convulsivo y lanzó un grito de sorpresa, de indignacion y angustia al ver en el pecho de su hijo una úlcera en carne viva sobre el lado del corazón.

Esta clase de marcas, que estaban entonces muy en boga en el norte de Inglaterra, y que aun son tan comunes en los cuarteles y presidios en nuestros dias, no toman figura sino al cabo de unos cuantos dias, y en el momento de la operacion y mientras la inflamacion subsiste, tienen la apariencia de una herida sangrienta é informe.

La duquesa creyó que se habia intentado matar á su hijo.

—Quiera Dios, señora, que no tengais

quedando su rostro envuelto entre los rizados bucles de su dorada cabellera. Estaba muerto. Guillermo de Solés había desaparecido.

VII.

LA HIENA.

Era una escena de desolacion terrible y conmovedora la que ofrecia aquel magnifico salon, donde poco hacia se cernian tantas esperanzas de felicidad; donde ahora se agolpaban tantos dolores, tantos temores, tanta desesperacion, tantas angustias. Las camareras y doncellas de la duquesa Isabel de Nemours rodeaban el trono señorial, en cuyas gradas su señora, loca de dolor, se agitaba con su hijo en los brazos.

Por uno y otro lado, los hombres de armas, ugieres, lacayos y vasallos, formaban grupos inmóviles; en todos los semblantes se veia retratado el estupor que anonada á los hombres mas valerosos, y ese estado de asombro incrédulo que acompaña siempre á las grandes catástrofes.

Nadie podia creer lo que veia. ¿No estaba dispuesto todo en el palacio de la Marche para una gran fiesta? ¿No resonaban aun en las bóvedas de aquel vasto edificio los ecos de los cánticos de los murmullos de alegría y de los vítores entusiastas?

¿No seria una ilusion ó un sueño el estallido de ese rayo que acababa de sofocar tan bruscamente la alegre algarabía que preludiaba el momento de un suceso feliz de todos esperado?

El cadáver del infortunado paje había sido sacado del salon; y si no fueran los clamores y gemidos de la duquesa Isabel,

bien podria decirse que aun podia celebrarse una gran fiesta en aquel salon iluminado.

Pero cuando los vasallos y gentes de armas de la casa de Armagnac volvian los ojos hacia el rincón de la cámara, donde Tranquilo permanecia inmóvil y separado de todos por un largo intervalo, como si fuera un hombre apestado, al verle se figuraban que era la imagen viva de las desgracias.

Estaba apoyado en una columna, como si no pudieran sostenerle las piernas: su vista vagaba insegura, estraviada de derecha á izquierda, y como de reojo, marcando temor y describiendo esas evoluciones peculiares de las personas en quienes la razon vacila; sus labios se movian convulsivamente y tenia en los pomos de las mejillas una roseta purpurina redonda y circunscrita, contrastando con la palidez que le era habitual.

Los que estaban mas inmediatos á él, le oian de vez en cuando palabras entrecortadas que modulaban inconsecuentemente sus labios, que decian:

—¡Oh! ¡mis hijos! ¡hijos de mi alma!... Yo no pienso mas que en mis hijos!

Y las gentes de Armagnac, que sabian la historia del rapto de su hija, decian para sí que la horrible traicion del pedagogo había sido sujerida por una brutal venganza: su cólera extravagante había recaido sobre el primero que le vino á la mano, y este primer venido había sido su señor.

La conciencia general le condenaba sin apelacion; y sin embargo, nadie fué osado á ponerle la mano, pero no había ninguno de entre los que llevaban armas que no hubiese jurado matarle.

Tal estado de anonadamiento y de estupefaccion muda duró pocos minutos; reinaba en todo el palacio un silencio sepulcral; solo se sentia el fragor de la tormenta que se alejaba.

Mas el hermano Tranquilo, oia otra cosa, porque á veces levantaba á medias la cabeza, y parecia que con ojos inquietos interrogaba á las tinieblas.

Todo el mundo se agitó de repente, y la duquesa misma se incorporó sosteniéndose sobre su brazo tendido como quien despierta sobresaltado.

—Habeis oido? murmuró.

—Son las cadenas del puente levadizo, respondió uno de los soldados.

—Salvemos al niño!... salvemos al niño! exclamaron algunas de las mujeres de la servidumbre.

Isabel de Armagnac se puso en pié.

—No puede ser... Guillermo de Soles es quien tiene las llaves, y es un servidor leal.

Tranquilo levantó sus manos al cielo en ademán de súplica, de despecho y de amargura indescriptible.

—Un fiel servidor... repitió con tono tan lúgubre, que todos se volvieron á mirarle.

Pero no tuvo necesidad de completar su pensamiento, ó de formular una acusacion contra el tenedor de las llaves del puente levadizo; porque un clamoreo atornador estalló en los corredores inmediatos y pudieron oirse distintamente estas voces:

—¡Muera Armagnac! ¡muera Armagnac!

—¡A mí, mis fieles vasallos! ¡defended á vuestro inocente señor! exclamó la duquesa tomando en brazos á su hijo.

Las mujeres acudieron valerosamente en torno de su señora. Mas la gente de guerra vaciló, porque Guillermo de Soles, su jefe, acababa de presentarse á la puerta diciendo algunas palabras en voz baja.

Uno solo, entre todos, desenvainó resueltamente su espada: Geromo Ripaille, que entraba detrás del señor Guillermo, á quien empujó delante de sí sin miramiento.

Geromo atravesó el salon, espada en mano, gritando: ¡Viva Armagnac!... Los que sean leales, que me sigan.

En el momento en que Geromo Ripaille llegaba al centro del salon, ocurrió una

cosa estraña, que privó á madama Isabel de su único defensor.

Tranquilo se llegó á él, le puso ambas manos en los hombros, y aproximando sus labios al oido derecho, dijo á Geromo alguna cosa que nadie oyó.

El buen soldado estuvo un momento indeciso, mas en seguida envainó su espada con un movimiento brusco de indignacion, y desapareció por una puerta de escape que había en el fondo del salon, haciendo á Tranquilo una señal de inteligencia.

Lo que acabamos de referir, apenas duró un segundo; los circunstanciales apenas tuvieron tiempo para demostrar el asombro que les causara; los gritos de ¡muera! ¡muera! se reproducian en las galerías y avanzaban, y en seguida una banda de armados y de arqueros sueltos inundaban la sala por todas las entradas que tenia.

El señor Olivier de Gravelle, con la visera alzada y la espada tinta en sangre, se presenta seguido de Tibaut de Ferrieres y de su sicario el italiano Vicente Tarquino.

—Ya que hemos dado cuenta de la java, acabemos con la camada.

En aquel instante, en que ni uno solo de los naturales defensores de Armagnac salia al paso, cuando las camareras de la duquesa, faltas de valor, volvian á las condiciones naturales de su sexo, el hermano Tranquilo avanza vacilante hacia el trono, como si quisiera apoderarse del niño.

Mas la duquesa, que estaba en pié todavía, rechazó á Tranquilo con la bravura y decision de un hombre robusto.

—Vete, monstruo... vete; tú eres el que ha asesinado á su padre.

Tranquilo inclinó su cabeza y se alejó; hubo quien aseguró despues que una sonrisa diabólica crispó sus labios delgados y lívidos.

Quando Tranquilo se hubo apartado, nadie quedó entre la duquesa y Olivier de Gravelle, que se adelantaba hacia ella.

Llevaba pintada en su semblante una

alegría tan feroz, un orgullo tan brutal, que la desventurada duquesa bajó los ojos, y estrechó á su hijo contra su pecho, ahogada por sollozos de inesplicable angustia.

Graville la miró un instante cruzado de brazos y con una sonrisa de implacable ferocidad.

—Ea, mi noble señora, dijo al fin; tú y los tuyos me humillásteis muy á vuestro gusto en cierta ocasión que no habreis olvidado... Me he procurado el desquite... y os aseguro que ha de ser completo... Encomiéndate á Dios, Isabel de Armagnac... Harás una santa, prodigiosa y bella, y en el cielo encontrarás á tu hijo entre los ángeles.

Isabel se arrodilló en ademán de angustiosa súplica.

—No te pido compasión para mí, Olivier de Graville, exclamó con voz ahogada... pero mi hijo... ¿qué mal ha podido hacerte mi hijo? ¿No le basta á tu venganza haberle quitado á su padre?

El hermano Tranquilo había ido á asomarse á una ventana, sin duda para refrescar su cabeza, abrasada en el aire húmedo de la tormenta.

Estaba escuchando: sus manos temblaban en el apoyo del antepecho, y los músculos de su rostro estaban contráidos con crispación nerviosa.

—¿Qué me decís de vuestro manso cordero, madre Payot? preguntó el correo Nicolás á la hostalera.

La pobre mujer se santiguó, como si se le hubiese hablado de Satanás.

En este momento se volvía hácia ellos Tranquilo, y mostraba su rostro atormentado sobre el que caían sus cabellos, empapados por la lluvia y el sudor, en mechones largos que figuraban serpientes.

Dió un paso adelante y se detuvo; después dió otro paso hácia atrás.

La Pavot sintió estremecerse entre las suyas la mano del correo Nicolás. Los que entre los circunstantes se interesaban y conservaban en su pecho algún rastro de fidelidad y adhesión á la casa de Armagnac

se ocupaban más del hermano Tranquilo que del mismo Olivier de Graville.

En aquellos momentos, el hermano Tranquilo les infundía miedo; no parecía hombre; era más bien un gato salvaje, una gaceta que acecha la presa ya rendida por la zarpa del león.

Sentían helarse su sangre, y que algo de inaudito y horrible iba á ocurrir en aquel momento, ya de suyo horrible y aterrador.

—No perdonaré á ese niño, Isabel de Armagnac, respondió Graville, porque se llama Armagnac; porque ese niño se haría hombre y vengaría á sus padres... Te vuelvo á aconsejar que te encomiendes á Dios, si quieres partir de esta vida en su gracia.

El niño contemplaba asustado á Graville: la duquesa envolvió á su hijo con sus débiles brazos, como si quisiera defenderle.

Tranquilo avanzaba paso á paso, encorvado materialmente, con sus ojos chispeantes y los dientes apretados.

Los vasallos de Armagnac le seguían con la vista, suspensos, sin poder respirar.

El italiano le observaba también; llamó hácia él la atención de Thibaut de Ferrières, y se echó á reír.

—Mirad, dijo, hé aquí nuestro vampiro que marca á los niños para conocerlos cuando hombres... ¡Oh que buenos dientes debe tener esta hiena!

Thibaut de Ferrières hizo un gesto de disgusto y de horror.

La duquesa repetía, no sabiendo ya qué decir, sollozando y arrastrándose sobre sus rodillas hácia Graville:

—¡Piedad! tened piedad de este pobrecito niño, señor... ¡Por Dios! tened compasión, ¡por Dios! por la memoria de vuestra madre... ¡piedad, piedad!

Olivier levantó la mano y tocó su frente, en medio de la cual se veía la cicatriz en que estaba marcada la flor de lis del pomó de la espada de Armagnac.

La duquesa Isabel entonces inclinó su cabeza, y ya no suplicó.

No podía figurarse la infeliz que su suplicio podía prolongarse todavía y esceder en horror á la muerte misma.

Se redobló la infeliz en el fondo de su alma para elevar su pensamiento á él, cuando oyó al lado de sí otra voz que la de Olivier de Graville, una voz muy conocida de ella y ya detestable.

Abrió de nuevo sus ojos y vió la espantosa cara del pedagogo, más pálida aún que de costumbre, y agitada por movimientos convulsivos.

El hermano Tranquilo se había llegado al señor Olivier de Graville en el momento que este se volvía hácia una especie de verdugo que se hallaba detrás de Thibaut, y el italiano con una espada desenvainada al hombro.

Tranquilo había tocado al señor de Graville suavemente en el brazo.

—Monseñor... le dijo, monseñor.

Graville se fijó en él y le reconoció en seguida.

—¡Ah! ¿estabas tú aquí?... dijo... tú eras el ayo de ese niño?

—Sí, monseñor... respondió Tranquilo con aire confidencial y casi zalamero.

—Y acaso vienes á interceder por él, ¿no es así?

Tranquilo dejó entrever una sonrisa silenciosa y siniestra, y en seguida miró á la duquesa y á su hijo, con una mirada tan friamente rencorosa, que la acongojada duquesa se llevó la mano á los ojos para no verlo.

—Me digisteis que viniera á esperaros aquí, monseñor, replicó el pedagogo, y he venido porque me figuré que me habíais entendido.

—No sé lo que quieres decir, murmuró Graville, que participaba del sentimiento de repugnancia y horror que inspiraba á todos este hombre.

No se sentía siquiera una respiración. La palidez livida de Tranquilo parecía haberse comunicado á todos los semblantes de los vasallos de Armagnac; Guillermo de

Solés mismo, atormentaba con su mano crispada la empuñadura de su espada; y por lo que hace á los bandoleros de la comitiva de Graville y Thibaut de Ferrières, ni siquiera se acordaban en aquellos momentos de suprema ansiedad del saqueo del palacio ni de la espléndida orgía que se les había prometido.

Todos escuchaban, todos observaban suspensos y asombrados.

Solo entre todos el italiano Vicente Tarquino seguía la escena con frialdad y con curiosidad propia de un verdadero aficionado.

—No me entendeis... repitió Tranquilo con voz gutural y estridente como el gruñido de la hiena... y sin embargo, vuestro objeto es vengaros, monseñor... vengaros á todo vuestro sabor, ¿no es así?... Pues bien: escuchadme. Yo he sufrido aquí el martirio, mientras que todos los demás eran felices... Se acostaban bajo doseles de terciopelo, y yo no tenía sobre mi cabeza cosa que me resguardara, si no era la piedra húmeda y fría de una bóveda... y era demasiado para mí, decía el padre de ese niño que llora ahí en los brazos de esa mujer... y ahora, yo río, añadid soltando una carcajada estridente y lúgubre, que hizo una impresión indescripible en todos los circunstantes... Y si supiérais cuántas veces he llorado yo sangre, cuando todos aquí reían!

—El padre de ese niño era un poderoso señor: yo, un mísero reptil de la tierra, y todos los días ese potentado pisoteaba al mísero reptil que ni siquiera se atrevía á quejarse...

—¿Sabeis por qué me llaman hermano Tranquilo? se me maltrataba, se me molía á golpes, se me insultaba, se me escarnecía; yo me dejaba escarnecer, insultar, moler y maltratar, sin proferir una queja, sin derramar una lágrima, sin manifestar mi resentimiento ni aun con un gesto, sin morder el talón del pié que me aplastaba... es porque cuando me daban una bofetada en la mejilla izquierda, presentaba hu

mildemente la derecha al que me maltrataba.

Hermano Tranquilo, entendedlo bien, monseñor, significa el miserable que se muestra impasible á los ultrajes, que bebe las afrentas como la esponja empapa el agua; el maldito á quien se atormenta y da gracias á sus verdugos; el bufon que devora sus lágrimas, mientras cobardemente sonrie... monseñor, monseñor; todo lo he sufrido esperando la hora que há llegado ya... ¡Ya soy el hermano Tranquilo, y este, el hijo de mi verdugo...

Se habia enderezado; sus cabellos se agitaban al soplo del viento que penetraba por las ventanas, y con los sacudimientos de su cabeza, sacaba la lengua como para humedecer sus labios, al parecer abrasados por una fiebre ardiente.

—Y esa mujer, añadió dando un paso hácia Graville que involuntariamente se desviaba de él, esa mujer... ¡Ah! escuchad... si como parece quereis llevar vuestra venganza hasta superar los límites de vuestro resentimiento, sabed, que esa mujer me parece hermosa...

Y al decir esto, sus manos crispadas se clavaron en los brazos de Graville que queria alejarse, y lo decia con una entonacion y un metal de voz hueco y tan extraño, que todos los circunstantes espermentaron una grande estraccion defrió que los dejó helados.

A la desventurada duquesa se le herizaron los cabellos; el niño se le fué de entre los brazos, y cayó sin sentido dando un grito de agonía y de desesperacion.

Olivier de Graville no respondió; volvió la cabeza horrorizado y como confuso; solo el italiano se encontró con fuerzas para interrumpir aquel silencio...

—Y quieres que te se dé á esa mujer... ¿no es eso? murmuró con una sonrisa cínica.

—A la madre y al hijo; sí, á los dos, á los dos; exclamó en el colmo de la exaltacion. Sí, repitió, á los dos, á la madre y al hijo.

—Monseñor, repuso Tranquilo diri-

giéndose á Graville con un acento de súplica: vos sois un caballero y no conoceis otra venganza que la de la espada... y eso no es vengarse.

Como Graville no respondia aun, le echó una mano al hombro, y con el índice de la otra, armado de una uña larga y puntiaguda tocó la cicatriz que marcaba la frente del caballero.

Este cogió de los pelos al pedagogo que juntó sus manos sobre el pecho en actitud suplicante, insistiendo en su denuedo.

El italiano se aproximó á su señor, por la espalda.

—Este es un tigre, le dijo al oído al señor Olivier de Graville; dejadle ahóer, que él dará cuenta de los dos.

—Señores; gritó Graville sacudiendo la cabeza como para deshacerse de un pensamiento importuno que le asediaba, las mesas están dispuestas, y yo os he prometido una orgía. Ea, seguidme.

Y esto diciendo, se dirigió á la puerta con paso acelerado, sin atreverse siquiera á volver la vista hácia la duquesa Isabel.

—Concedido... dijo Tarquino á Tranquilo: ea, afila tus dientes, lobo.

Tranquilo hizo un movimiento de alegría de que se le hubiera creído incapaz por su firmeza, que parecia requerir uñas piernas de acero; y al mismo tiempo dejó escapar un grito de salvaje alegría.

—Fuera todos de aquí, dijo Tarquino, llevando delante de sí á todos los vasos de Armagnac, y cuidado con que haya quien se acerque á la puerta, que cerró tras de sí despues de hacer un gesto á Tranquilo como para animarle á que principiara su tarea.

Despues de cerrada la puerta se le oyó decir con su voz de tiple y acento amenizador:

—Suceda lo que quiera, y dígame lo que se oiga en esta sala, prohibo acercarse á esta puerta, bajo pena de la vida.

VIII.

AGONIA.

Por diverso que fuera el objeto para que el gran salon de Ceremonias del palacio de la Marche se hubiese decorado, su magnificencia reflejaba del mismo modo que antes el brillo de las arandelas y de las mil bugías encendidas: los calados esquisitos de la arquitectura gótica; las neorouras esculpidas, las molduras y mosaicos de piedras y maderas preciosas del pavimento y de los artesonados rielaban alegremente los torrentes de luz que inundaban el grandioso salon preparado para el recibimiento solemne del señor de la Marche, duque de Nemours, conde de Armagnac.

Las flores recientes circundaban formando fostonos, aquellos ricamente tapiados muros, salpicados con preciosas guirnaldas, en que la primorosa mano de Isabel habia trabajado tanto con emocion tan dulce, con su imaginacion llena de ilusiones felices, y su corazon henchido de grata esperanza.

Todo era allí colores brillantes, perfumes embriagadores: disipada la tormenta reinaba un silencio profundo: la blanda y fresca brisa de la noche refrigeraba aquel ambiente, y dulcificaba aquella atmósfera inundada de suaves olores.

Estaba dispuesto con gusto maravilloso para saborear la felicidad: era el lugar preparado por un pecho amante, despues de una larga y angustiosa ausencia para teatro de la felicidad conyugal y de las manifestaciones de la acendrada lealtad de una multitud de entusiastas servidores.

Era el santuario de la familia; los es-

culos de armas empavesados hablaban de poder y de orgullo. Mas en algun rincon no muy apartado, la ternura materna habia hecho colocar con estudiada confusion los sables de hoja de lata, los caballos de carton, los rebaños de madera y los mil cachibaches del arsenal infantil del hijo queridísimo que habia de ser un dia señor de tantos títulos, conde, duque y par de Francia.

Una vez he visto, no sé por qué capricho de una imaginacion exaltada por el dolor, un prendido de baile en la cabeza de un moribundo; los brillantes centelleaban al lado de los ojos que iban cubriendo las sombras de la muerte: las rosas contrastaban con la frescura y tono delicioso de su color peculiar sobre el de aquella frente pálida y mate, en que se marcaba ya la dureza del estado cadavérico, como sucede en los momentos supremos de una prolongada agonía.

Era espantosa y horrible de ver aquella moribunda ataviada con los adornos de la loca alegría de la juventud afortunada.

Cosa parecida en cierto modo á esto, era el espectáculo que ofrecia el gran salon de Ceremonias del palacio de la Marche, cuando los vencedores lo abandonaron, dejando en él al verdugo y sus víctimas.

La alegría estaba muerta: las exclamaciones del gozo se habian convertido en sollozos de angustia: en lugar del noble cortejo, solo habia venido un moribundo para anunciar un asesinato; y todo aquel lujo deslumbrante, todos aquellos preparativos de bienvenida, quedaban allí como una burla suprema, como un sarcasmo de la desgracia mas cruel, como el prendido de baile jay! en la frente de aquella agonizante.

Madama Isabel habia seguido con una mirada fija la salida de aquella turba que antes obstruia el salon; eran enemigos, pero no atormentadores. Los iba contando uno por uno, segun que iban salvando la puerta, y á medida que los iba perdiendo de vista, se le figuraba que caia sobre su

corazon un nuevo peso que la ahogaba.

Tranquilo tambien veia salir á los soldados de Olivier y á los vasallos de Armagnac; sus ojos giraban desde la puerta al trono ducal, y parecia como que querian anticipar el fin de aquella procesion demasiado larga, que retardaba el momento de su venganza.

En el momento que Tarquino cerraba la puerta, dejó escapar el pedagogo un profundo suspiro.

Madama Isabel lo oyó, y estrechó instintivamente á su hijo contra su pecho.

El niño, al contrario, miraba á su antiguo ayo con terror siempre creciente; y parecia querer sepultarse en el seno de su madre.

Tranquilo se dirigió hácia la puerta por donde la multitud habia desfilado, y aplicó el oido á la cerradura; el ruido de las pisadas se iba perdiendo en los extremos del corredor, y empezaban á oirse las exclamaciones de alegría de los convidados á la vista del espectáculo de la gran mesa preparada en el salón de los festines.

Dirigióse en seguida hácia las ventanas, que eran cuatro: se inclinó cuatro veces sobre los antepechos, y sondeó escrupulosamente la callada noche, que envolvía con sus sombras los jardines del palacio.

Se adelantó luego hácia donde estaba la duquesa Isabel, que cerró los ojos, y encomendó su alma á Dios.

Marchaba lentamente, y cada uno de sus pasos resonaba en el alma de su víctima.

Le veia al través de sus párpados cerrados, único implacable, tirano brutal, despues de haber sido esclavo, sediento de sangre, de lágrimas, ébrió á la vez por la ira, por la lascivia y por un triunfo tanto tiempo esperado.

El pobre niño, clavado á su madre, ya no se atrevia á mirarle. Los pasos de Tranquilo resonaban cada vez mas cerca de sus oidos. Cuando madama Isabel cesó de oirlos, experimentó esa sensacion de indescriptible angustia, que debe experimentar

el paciente al sentir el aire de la espada que gira en torno de su cabeza.

No estaba ya la infeliz en este mundo.

Aquella espada, que zumba girando en el aire antes de herir á su víctima, seria mejor hacerla caer desde luego sobre el cuello del ajusticiado.

El verdugo, que prolonga este supremo instante de martirio, no es ya un verdugo, es un bárbaro, que se recrea en el sufrimiento de un desgraciado, es una yena horriblemente ávida de tormento.

Y en tanto, aquella espada no caia, aquel dolor supremo, aquella angustia sin nombre de su agonía se prolongaba, y se prolongaba para la infelicitada duquesa de Nemours.

La pluma no puede espresar la clase de ultrajes que esperaba, ni el horrible suplicio que, en su concepto, esperaba á su cuerpo y á su alma.

Mas el suplicio no llegaba, y el tormento cruel de la agonía duraba y duraba.

Figurábase á madama Isabel, que sobre su cabeza se alzaba la cabeza del esclavo rebelde; adivinaba su sonrisa ferez y la actitud de sus dos manos convulsas que iban á profanarla.

Sobre su frente sentia algo que creia ser el aliento del tigre, que la quemaba.

Por mas que cerraba los ojos, el monstruo siempre estaba visible para ella; se encogia ante él; reprimia hasta su aliento, y por libertarse de los brazos de aquel fantasma, hubiera querido que la tierra la tragase en sus abismos.

Un minuto, todo un minuto, un siglo entero pasó, y durante él, la desdichada duquesa sufrió mil muertes.

Sin su hijo, que tenia siempre entre sus brazos, y por el cual solamente ella podia descarrar vivir, mucho tiempo haria que hubiese caido sin sentido sobre el mármoleo suelo.

Pero ¡gran Dios! ¿qué habia hecho ella á aquel monstruo, para que se recrease de aquel modo en su agonía, y así se com

placese en saborear su inaudita venganza?

En esto, oyó una voz que no resonaba sobre su cabeza, como estaba esperando, sino algo delante de ella y hácia sus piés.

Esta voz la hizo estremecerse dolorosamente, porque era el principio del suplicio que esperaba y el primer contacto de la espada que debía poner fin á sus tormentos.

Y sin embargo, aquella voz no era la que ella se presumia; no habia en su eco ni en sus inflexiones el fuego de la pasion frenética, ni la amargura del sarcasmo vencedor.

Era la voz del pobre hombre, la voz humilde y quejumbrosa que tantas veces habia oido y tantas escitado su compasion.

—Aquella voz decia: Miradme, señora, y tened confianza en Dios.

No comprendió la duquesa Isabel estas palabras, que llegaron á sus oidos como un vano rumor. Tal era el grado de espanto á que habia llegado, que no estaba dispuesta á comprender sino las amenazas ó los ultrajes.

El vino iba haciendo su efecto en los sicarios: prolongadas risotadas llegaban hasta el salon de Ceremonias.

Tranquilo miró hácia la puerta, y con un acento de muy marcada inquietud ó impaciencia, repetia:

—¡Señora! mi noble señora, os suplico me mireis y que tengais confianza en Dios.

Llegó á figurarse madame Isabel que ya se hallaba en el otro mundo, pero como sentia bien que estaba sufriendo horriblemente, comprendió que aun no habia salido de este mar de angustias.

—¡Oh, Dios mio! ¿Será que esté soñando, ó me habré vuelto loca? decia la infeliz.

—¡Señora!... ¡mi buena señora!... repitió por tercera vez Tranquilo. El tiempo urge, y me quedan muy pocos minutos para salvaros.

Esta vez la duquesa abrió los ojos, no porque tuviese conciencia de lo que le decia el hermano Tranquilo, sino porque, cansada de luchar contra este sueño ó esta locura, se dejaba ya llevar vencida.

Y lo que vio no le quitó la aprension de que estaba bajo la influencia de una horrible pesadilla.

Vió á un hombre arrodillado delante de ella; un hombre, á quien apenas pudo conocer; tan grande era la transformación que habia experimentado.

No era ni la criatura, ni el manso cordero, como le llamaba la Pavot; ni el tigre, que un momento antes rugía en medio de la sala, herizando sus sedosos pelos, sacando sus aceradas garras.

Era un rostro dulce, apacible, tranquilo, en que brillaban la simplicidad angelical de la bienaventuranza, y esa expresion sublime, que es como el reflejo del heroismo y de la abnegacion, de la lealtad y de la gratitud, que se sacrifican por sus bienhechores ó por los mas santos deberes del corazon.

Habia entrado á los veinte años en el convento de Benedictinos de Miranda; á los veintium años se habia casado con la pastora consabida, la incomparable Marion, y por consecuencia, tenia unos veintisiete años.

Los que le miraban desdeñosamente en el fondo de su miseria, no sabian si era joven ó viejo, porque estos seres no tienen edad: el ridículo y el desprecio gravitan de tal modo sobre su frente, que la encorvan como si estuviese cargada de años.

Mas era un joven, y así como el amor le habia hecho hermoso un dia en que, por primera vez, gustaban sus labios la copa de la felicidad, así tambien la lealtad exaltada que calentaba hoy su alma, coronaba como con una aureola divina su frente.

Habia remangado sus cabellos, como para adornarse ó como para quitar á su fisonomía todo lo que podia recordar el horror de la escena precedente; sus ojos eran hermosos, grandes y dulces como los de un niño, y una sonrisa benévola, inte-

ligente, sumisa y tierna asomaba á sus labios.

La duquesa llevó sus manos á los ojos como para pedir testimonio á otro sentido de lo que veía.

Una lágrima asomó entre las negras pestañas de Tranquilo.

—Yo soy, señora, yo soy, le decía entre risueño y lloroso... Dispensadme por el miedo que os haya hecho experimentar, que eso y mas era preciso para poderos salvar y á vuestro hijo de mano de esa banda de sicarios infernales.

La duquesa Isabel iba volviendo en sí, no á causa de las palabras que oía, sino por el aspecto de aquel rostro, en que se manifestaba un alma tan grande y tan leal.

—¡Será posible, Dios mío! baluceó, mientras que la esperanza, renaciendo en su pecho, hacía temblar su voz.

Tranquilo se inclinó hácia ella con ademán respetuoso, y la besó la mano en señal de sumision.

El duque, mi señor, ha olvidado algunas veces los deberes de la caridad para conmigo dijo sencillamente; y sin embargo, señora, os juro por mi salvacion que hubiera dado con gusto mi pobre existencia por defenderle... ¡Qué será, pues, lo que yo no haga por vos, señora, que habeis sido mi amparo, mi providencia... por vos, que no habeis tenido para mí sino palabras de consuelo y de dulzura... por vos, que sois en la tierra lo que la madre de Dios en el cielo, consoladora de afligidos, amparo de desvalidos!... ¡Ah! ¡qué no haré yo, señora, por vos y por este ángel que casi he visto nacer!...

La duquesa se habia puesto en pié, y volviendo á su hijo para que mirara á su inesperado protector,

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! le dijo dejándose llevar por la inspiracion de su corazon: mira á nuestro salvador, á este hombre santo, sublime y noble: abrázale ahora, amále y respétale siempre.

El niño, que habia abierto los ojos,

trémulo, se sonrió y tendió sus brazos á su antiguo ayo.

Este le abrazó con frenética expresion de entusiasmo y de ternura, llorando como un niño.

Los gritos y la algazara del salon del festin, y las carcajadas de la embriaguez mas bestial, resonaban ya en la estancia y llenaban todo el palacio.

Tranquilo, como si despertara de un sueño, devolvió el niño á la madre.

—Es preciso huir, señora, dijo con voz imperiosa y breve, que la duquesa no habia oido nunca resonar en aquellos labios.

Los tiempos de desgracia y penalidades han llegado para vos... ¡Ah! Dios os ampare y favorezca como merceis.. Y como podria suceder que en vuestra vida de azares y contratiempos tuviéseis que separaros de vuestro hijo...

La duquesa hizo ademán de quererle arrodillar ante él.

Mas Tranquilo la detuvo, marcado el rubor en su semblante.

—Tiempo es, señora, de separarnos, repuso. Mi primo Geromo Ripaille, soldado vuestro, tiene preparados dos caballos en la poterna que dá bajo las murallas de París... y refugiaos lo mas pronto que podais en la abadía de San German de los Prados que es lugar de asilo.

—Y vos no vendreis en nuestra compañía, generoso amigo? le dijo la duquesa Isabel.

—Yo me quedo aquí, respondió Tranquilo, á fin de proteger cuanto pueda vuestra fuga... Si por casualidad Mr. Olivier de Graville me deja vivo, yo me reuniré á vos, señora, y en vuestras desgracias tendreis un servidor.

La duquesa quiso insistir. Pero Tranquilo, con respetuosa firmeza, la condujo hasta la puerta secreta que habia detrás del trono, y la hizo entrar en el corredor.

Madama Isabel estrechó entonces aquella mano que habia contemplado antes con indescriptible horror, y que besó ahora con apasionada gratitud.

En seguida cerró la puerta, y se quedó

en pié delante de ella, escuchando por un lado los pasos de la duquesa á lo largo del oscuro corredor, y por otro la algazara de la orgía, que llegaba al último grado de exaltacion.

—Por fin... he podido salvarla... murmuró.

Y en seguida, llevándose ambas manos á la frente, exclamó:

—Hijos míos... ¡qué será de vosotros?... ¡qué será de mis dos pobrecitos hijos? Ni aun le he dicho que se acordara, si podia favorecerlos, de mis pobrecitos hijos, cuando yo no exista. Perdóname, mi pobre María, y ruega por ellos á Dios... porque esos pobrecitos niños ya no tienen padre.

Un remordimiento vivo, ardiente, le atormentaba en el corazon.

El pobre Tranquilo amaba á sus hijos con todo el amor que habia tenido á su madre; mas entre ellos y él se habia deslizado otro amor; otro amor que el pobre Tranquilo no se atrevia á confesarse á sí mismo, y que, sin embargo, le llenaba el corazon.

Los clamores de la orgía se calmaron por un instante: luego se oyó un ruido tumultuoso de pasos en el corredor que conducia á la sala de los festines.

Tranquilo se puso horriblemente pálido, y temblaba y tiritaba hasta dar diente con diente.

—Señor, señor, exclamó con voz conmovida, mientras que un sudor frio corría gota á gota de su frente. Tened misericordia de mí... He cumplido mi deber... de nada me remuerde la conciencia... pero tengo miedo á la muerte... ¡Oh! ¡si me hubiérais dado valor!...

Las puertas del salon se abrieron im-

petuosamente, y los vencedores ébrios entraron en tropel.

Tranquilo estaba detrás del trono, temblando sin poderse sostener.

El señor Olivier de Graville le vió el primero.

—Vamos... ¡qué has hecho con ellos?... le preguntó en tono ferozmente jovial.

La vista penetrante del italiano habia ya recorrido todos los rincones del salon.

—¡Maldicion!... exclamó; ese miserable nos ha hecho traicion. A caballo al instante y que se los persiga.

Al mismo tiempo desenvainaba la espada y se dirigia hácia el pedagogo. Otras veinte espadas fulguraban al resplandor de las innumerables arandelas.

El cuitado Tranquilo, que se habia llevado las manos á los ojos para no ver fulgurar tantas espadas desenvainadas contra él, tuvo aun valor para decirse á sí mismo:

—Llevan bastante delantera, y la Abadía no está muy lejos.

—¡De rodillas!... le gritó Vicente Tarquino.

Tranquilo obedeció y se arrodilló sin replicar una palabra.

Bajó sus manos á los costados, y miró con ojos serenos las espadas desnudas, y aun se vió aparecer una sonrisa en sus labios descoloridos.

—Me parecia que habia de haber temblado y temido mas morir, murmuró.

Cruzó en seguida sus brazos sobre el pecho, y dijo en alta voz:

—¡Dios mío!... Os ruego por mi señora y por su hijo: mi último pensamiento sea para mis dos pobrecitos hijos que confio á vuestra misericordia infinita; y en vuestras manos pongo mi alma.

PRIMERA PARTE.

I.

LA EJECUCION DEL CADÁVER.

El rey Luis XI murió el 30 de agosto de 1483 en el palacio de Plessis-les-Tours, á los sesenta y un años de edad. Había hecho venir á orar por él al bienaventurado Francisco de Paula con la esperanza de que las oraciones del santo le alcanzarían de Dios, ó la curacion, ó la salvacion.

El cielo no tuvo á bien otorgar la curacion de Luis XI á las oraciones del santo, y por lo que hace á su salvacion, asunto es que debía pasar entre los dos, y que desde luego nosotros no podemos dar noticias muy seguras.

Los escritores enemigos de la monarquía han dicho que Luis XI fué un gran rey: los poetas han hecho de él retratos fantásticos, que han tenido mucha boga entre las buenas gentes aficionadas á estudiar la historia en los romances *históricos*

y en los dramas de la escuela espeluznada.

Lo cierto es que cuando se echa una mirada retrospectiva, se vé el perfil raro de este hombre brillar entre las tinieblas del siglo XV.

Pero no era un gran rey: tenía una grande idea que los vicios de su espíritu y de su carácter rebajaron y pervirtieron.

Su grande idea era sobreponer la monarquía á la feudalidad; su error, combatirla con las armas de la iniquidad.

Se dice que amaba al pueblo, mas el pueblo no le amaba á él.

No es con un hombre como Luis XI, mal hijo casi hasta el parricidio; mal hermano, casi hasta el fratricidio, mal esposo y mal padre; no es con tal hombre, ni por por medio de tal hombre, como se puede realizar la heroica alianza del pueblo y del rey, que sería el ideal de los gobiernos humanos.

Luis XI abatió las oposiciones feudales, es cierto; y en eso hizo muy bien. Mas imbuido por esa política implacable, que es la de todos los partidos extremos, combatió á la feudalidad, mas bien como asesino que como militar. Y si de este modo ensanchó las prerogativas de la corona, lo que es incuestionable, fué tambien á espensas de la dignidad real que arrastró por el lodo.

Luis XI no fué un gran rey, porque si hubo un dia en que se mostró valeroso y digno, su carácter cauteloso predominó muy luego, y fué en el resto de su vida cobarde y cruel.

Acostumbraba á decir que todo su consejo residía en su cabeza, y esto no pasaba de ser una fanfarronada ridícula, porque si es verdad que alejaba de su cámara á los duques y pares del reino de Francia, en cambio consultaba con su hija y con los favoritos de su hija, sin contar la numerosa falange de pilletes subalternos con quienes vivía en intimidad poco honrosa para un monarca.

Luis XI no era un gran rey, porque era necio y estúpidamente supersticioso á la manera de los bandidos italianos y de las prostitutas de nuestros dias, que hacen votos por salir bien de sus tentativas criminales ó porque les proporcionen los santos ó santas á quienes les rezan ocasiones de emplearse con provecho. No era un gran rey porque su norma de conducta era la de *qui neset dissimulare, rescit regnare, et se que no vale para rey, el que hace del honor su ley.*

Se explica el cinismo indigno de semejante máxima en el despacho de un procurador, y aun en el harem tenebroso de algun pequeño pachá de Asia. Mas disuena horriblemente en el palacio de un rey de Francia.

Lo que perdió á Luis XI y lo sostuvo en su extravío, fué su odio enconoso á la nobleza y al espíritu de caballería: se vanagloriaba él con mucha frecuencia de no ser caballero, y si hubiera vivido á últimos del siglo pasado, hubiera sobrepujado sin duda en infamia á aquel duque de Orleans que se proclamó hijo de un cochero.

Creó muchas cosas: una de las instituciones de su reinado laborioso, fué la administracion central de postas. Creemos que el busto de Luis XI se encuentra en el misterioso gabinete, donde la policía de todos los gobiernos ha violado el secreto sagrado de la correspondencia. Si es que no

existe, que se le erija al menos y pronto, en ese famoso despacho de los desvíos donde se verifican esas sustracciones cuotidianas que fatigan por por su muchedumbre la paciencia de los tribunales.

Era la primavera de 1492. El jóven Carlos VIII, que había sucedido á Luis XI bajo la tutela y regencia de su hermana de Beaujeau, había llegado á su mayor edad hacia cuatro años casi. Pero no se había celebrado con los acostumbrados festejos este acontecimiento, y el palacio de Tournelles permanecía silencioso y sombrío el dia en que Carlos VIII había llegado á la mayor edad.

La regencia continuaba de hecho ya que no de derecho: Mme. Ana, despues de haberse descartado con habilidad soberana de todos sus competidores y rivales, y eso que eran poderosos sus rivales, se encontraba agusto en aquel puesto que cubria el dosel del trono, y no tenía grandes deseos de salir.

Había hecho entrar en razon, ni mas ni menos que si tuviese la mano de hierro de su padre Luis XI á los duques de Bretaña y de Borgoña: el de Orleans, heredero presunto de la corona, estaba desterrado: no existía tampoco el de Nemours, y el condestable Borbon, hermano mayor de Pedro de Beaujeau, esposo de la regente, había fallecido.

El conde de Angulema, los señores de Foire y de Albert, antiguos partidarios de la *Liga del bien público*, eran demasiado débiles para levantar el estandarte de la rebelion.

En cuanto al conde de la Marche, que era á la sazón, uno de los mas poderosos y opulentos señores del reino, se llamaba Olivier de Graville, y ya sabemos que la princesa regente tenía buenas razones para contar con él.

Y sin embargo, Mme. Ana no estaba tranquila. A pesar de la alta posicion que había conquistado y que defendía con entereza varonil, la fuerza de las cosas esta-

ba contra ella. Lo conocia bien y veia venir con angustia ó con enojo el dia de dimitir la autoridad en manos de su hermano y rey.

Cárlos VIII era siempre el débil niño que en otro tiempo habia inspirado á su padre pensamientos tan siniestros y de mal augurio. No era un rey: apenas podia decirse que fuera un hombre, y era tan débil de talento como de complexion.

Pero era el heredero legítimo, y en torno suyo se agrupaban misteriosamente hombres poderosos sin que Mme. Ana pudiese impedirlo.

Entre estos se citaba á su confesor José María Lebel, obispo de Antun, antiguo Abad de San Benito de Mirande en Armagnac.

A principios de este año 1492, el joven Cárlos VIII habia preguntado á su hermana, cuando le parecia tiempo de soltar los andadores, y se sabia que doña María Josefa estaba en activa correspondencia con los duques de Borgoña, de Bretaña y de Orleans.

Aun se trataba del casamiento del rey con la princesa Ana, heredera de Bretaña.

Es verdad que esta se habia desposado por poderes con Maximiliano de Austria, rey de romanos, y que el mismo Cárlos VIII, estaba desposado tambien con Margarita de Austria, hija de este mismo Maximiliano, cuya joven y hermosa princesa residia en París en el palacio de Tournelles, y llevaba ya el título de reina de Francia. Mas eran esas dificultades que pueden embarazar, pero no imposibles de vencer.

En tales circunstancias, con personajes de por medio como Maximiliano de Austria, la princesa Ana de Francia, ya duquesa de Borbon, y Olivier de Graville, conde de la Marche, no sabemos cómo ni por qué ese pobre rey, Cárlos VIII, no amaneció un dia estrangulado. Hay que creer que los cien suizos llamados por Luis XI para su salva-guardia, eran toda una salva-guardia.

Como á unos trescientos pasos de la iglesia de San Eustaquio, entre las cercas del palacio de Orleans, antiguo palacio de Nesle, regalado al señor Olivier de Graville por la munificencia de la regente y el cementerio de los Inocentes, habia una espaciosa y gran posada muy á la moda, donde los señores, lo mismo que los simples soldados, se reunian con mucha frecuencia.

Esta posada se hallaba en terreno de Olivier de Graville, nuevo conde de la Marche. El posadero la tenia á censo, y se llamaba Pavot.

En el gobierno de la casa de Pavot habia habido profundas modificaciones y cambios importantísimos en el trascurso de los quince años pasados desde el trágico suceso del asesinato del último duque de Nemours, y de la fuga de la duquesa y de su hijo, de que hemos hablado en el prólogo de esta historia.

Pavot sostuvo sin murmurar, hasta los cincuenta años, su papel de marido constitucional; era tan sumiso casi como Pedro de Borbon, señor de Beaujeau, esposo de la princesa Ana de Francia, de quien se dice que hablaba á su augusta consorte, sombrero en mano y rodilla en tierra.

La Pavot no abusaba hasta ese punto de su autoridad; sabemos ya que era una mujer excelente, que no pegaba á su marido sino cuando venia al caso.

El tal Pavot era robusto como un galán, y un dia que su mujer le corregia con un tanto de exagerado vigor, levantó el brazo; no para defenderse, sino para moderar el efecto de las caricias conyugales que en aquella sazón llovian sobre él con desusada insistencia y pesadez. No se sabe cómo fué, mas es el caso que, sin querer sin duda, ó por equivocacion, el brazo cayó, y la Pavot rodó por el suelo.

Es sabido que en estos asuntos, el primer golpe es el que hay que evitar, y que tratése de hombres, tratése de animales, la sumisión no subsiste sino en cuanto el que la exige se muestra superior é invencible para el oprimido.

Así fué que cuando Pavot vió á su mujer rodando, se sintió inspirado por un valor y por una fuerza de que hasta entonces no se habia dado cuenta, y recargando, la dió tal tollina, que la dejó sin sentido y aun la tuvo por muerta.

Después de esto, entró en el salon donde bebian los parroquianos, y les dijo con orgullo: venid y vereis cómo he arregrado á mi mujer...

Los parroquianos, atónitos, apenas podian dar crédito á lo que veian. La Pavot, aquella reina absoluta del establecimiento báquico, yacia inmóvil en el suelo y todo su cuerpo era una contusion.

Desde entonces, Pavot fué tratado con mucho mas miramiento, y se le dieron mil parabienes, como lo merecia.

Desde entonces, la Pavot quedó destronada: era una soberana destituida, y si alguna vez le ocurría querer meter á bachillear, se encontraba con el pesado puño de su marido, que hablaba mucho mas alto que ella, y que sino cortaba las dificultades, como la espada de Alejandro los nudos gordianos, tundía en cambio las costillas como el mazo de un batan los paños que se le ponen á su alcance.

—¡Qué lástima, decia á cada paso aquel buen hombre, que no haya conocido yo la eficacia de esta receta hasta los cincuenta y cinco años!

Hízose un poquillo malicioso tambien el señor Pavot, como todos los que sin saber cómo y sin merecerlo, llegan á escalar una posicion que nunca creyeron asequible por ellos; bien es verdad que las cosas llegaron á tal extremo, que la buena madre Pavot se emberrenchinó de tal modo al verse destituida y súbdita, después de haber sido tanto tiempo reina *in utroque felix*, como se dicen las de España, que un amigo de los dos esposos llegó hasta indicar al soberbio hostelero que el dia menos pensado podría encontrarse con un poquillo de stricnina, ó sea matacan, en el almuermo.

Pavot entró en cuentas, y de resultas,

se estipuló un tratado de paz entre los dos consortes.

La casa, en tanto, habia prosperado, á punto casi de hacerse ricos, lo que prueba que la administración de la ex-reina no habia sido tan desacertada, y en consecuencia, conservando siempre el hostel de estramuros, establecieron la nueva posada de que hemos hecho mencion, en el barrio de los Inocentes; él quedó amo y señor de su antiguo hostel, y su mujer se instaló en la hermosa posada nueva.

Olvidábaseos decir que la Pavot, á quien ya conocemos por sus buenas prendas y excelente corazón, continuaba siempre adicta de buena fé á la memoria de los Armagnac; sus antiguos amos. Por espíritu de oposicion, y tambien de interés, Pavot era un partidario fanático de los poderes del dia.

Las cuestiones políticas que habian resultado de esta divergencia de opiniones, habian sido causa de mas de un cardenal en los brazos y riñones de la buena Pavot, que no por eso gritaba menos: ¡viva Armagnac! por mas que fuesen pasados con esceso quince años desde que la duquesa Isabel habia desaparecido con su hijo, sin que desde entonces hubiera oído hablar ni del hijo ni de la madre.

Era una noche de primavera serena y fresca: en la sala baja de la posada de la *Urraca* (tal era el título con que la Pavot habia utilizado su nuevo establecimiento), habia una media docena de hombres de armas, sentados en derredor de un enorme garrafon lleno á medias de un excelente vino de Gascuña. En otra mesa conversaban y bebian tambien unos buenos parisienses.

Los soldados hablaban y vaciaban á menudo sus enormes vasos de estaño; los paisanos conversaban mas discretamente y no parecian tan sedientos, ó al menos se hallaban ya mas satisfechos.

La Pavot, llegada á un estado de obesidad venerable, á pesar de las nuevas manías de su esposo, desempeñaba con dignidad su oficio de presidenta y directora del

establecimiento, mandando como un buen general el ejército de sirvientes y criados de la *Urraca*.

De cuando en cuando, se veía atravesar por la sala y subir ligero los peldaños de la escalera que conducía al piso principal á una joven garrida, ligera como una sílfide, á quien paisanos y militares abrumbaban con galantes requiebros, con sonrisas y guiñadas espresivas.

Era Mirete, hija única de los esposos Pavot, y sin contradicción uno de los partidos mas ventajosos del barrio de los Mercados.

¿Conoceis vos, maese Richard, preguntó uno de los paisanos á otro de sus comensales, á la hermosa dama que acababa de llegar con tan magnífico tren?

—No es una dama, compadre Antonio, respondió maese Richard, al menos en el sentido que nosotros, los de la clase media, damos á esa palabra: lleva el título de dama porque es heredera de un gran duca, de un condado de dos ó tres baronías y de un medio ciento de castillos y palacios, con sus correspondientes señoríos. Pero no lleva aun mas que el nombre de su padre, porque aun no ha designado al feliz mortal que haya de ser su esposo... Yo la he conocido perfectamente, á pesar del espeso velo que la cubre: es un rostro el suyo tan hermoso, que no le habrás visto igual, compadre Antonio.

Una de las doncellas de su servidumbre me proporcionó el año pasado la provisión de su guantería, y la suministro además los perfumes y pomadas de mil flores.

Todo eso no nos dice su nombre, replicó el compadre Antonio, que era comerciante de paños y notable capitalista.

Maese Richard, el guantero, bebió un sorbito de vino, y manifestó, no sin mucho énfasis, lo siguiente:

—La que acaba de pasar es la alta y poderosa dama Blanca de Armagnac, hija única del difunto Santiago de Armagnac, decapitado en 77, y antes duque de Nemours, conde de la Marche, etc., etc.

Los comensales del guantero cambiaron entre sí una mirada de asombro.

—¡Hija única!... ¿decís que es hija única? repitió el comerciante de paños. Es una botella de tinta la historia de esa casa... Es público que por mas que ha hecho el conde de la Marche, como se titula ahora el señor Olivier de Gravelle, no ha podido conseguir que el parlamento declare que Juan de Armagnac era un bastardo ó hijo supuesto del duque de Nemours.

—Estais fresco, interrumpió el guantero, de quien era parroquiano el de la Marche, y que hablaba en consecuencia; el proceso está pendiente aun ante los jueces vocales, y al fin se hará justicia. Demás de esto, bastaría que el señor Olivier de Gravelle y la princesa Ana de Francia, regente del reino, dijese una palabra, si en ello tuviesen interés; porque el difunto duque de Nemours murió en el patíbulo.

—Vos sí que lo estais, compadre, exclamó el mercader de paños que habia tenido en tiempo el suministro de Santiago de Armagnac, y no tenia el del señor Olivier de Gravelle. Hace cuarenta años que vivo en los Mercados, y sé tan bien como el primero todo lo que pasa en el barrio. Era efectivamente el año 77, como decís, el día 4 de agosto, por mas señas; no lo olvidaré mientras viva... ¿No os acordais vosotros?

Al decir esto, se habia vuelto hacia os comensales, que movieron la cabeza gravemente, y dijeron:

—¡Oh! sí, que nos acordamos... como si hubiera pasado ayer.

—Se hacia ya de noche, continuó diciendo maese Antonio, y las tiendas estaban cerradas; dos horas despues de la queda, se nos vino á decir que se erigia el patíbulo delante del cementerio... Estaba ya desnudo para acostarme; mas mi mujer, ya difunta, y que de Dios goce, exclamó: Antonio, amigo mio, quizás no tenga otra ocasion en la vida de ver rodando por el suelo la cabeza de un duque y par... Era la pobrecilla muy buena, y no podia rehusarle una diversion que no nos costaba di-

nero; cerramos nuestra puerta lo mejor que pudimos, y nos dirigimos á los Mercados... Había ya reunidos, tanto de nobles como de plebeyos, número suficiente para cubrir la tierra cuanto puede alcanzar la vista: la noche estaba oscura como boca de lobo, y una tormenta espantosa se cernía mugiente y pavorosa sobre la ciudad.

—Es exacto: ni mas ni menos que como lo cuentas, murmuraron los demás interlocutores.

—A cosa de las once de la noche, continuó maese Antonio, vimos brillar antorchas del lado de la calle real de San Honorio, que alumbraban á un grupo de gente armada á caballo que venía al paso.

Al mismo tiempo, brilló una luz en el cadalso donde vimos en pie la alta y sombría figura de Tristan Lhermite el verdugo del rey.

—Compadre! lo que pasó allí fué una cosa vergonzosa, horrible, sacrilega...

La gente de armas, agrupada en torno de la otra mesa, habia dado tregua á su conversacion, y en aquel momento escuchaban, y el que de entre ellos parecia hacer cabeza, frunció el entrecejo, y poniendo su mano derecha en la cadera,

—¿Qué es lo que dice ese peal? murmuró.

Maese Richard, por su parte, como partidario de la Marche, se encogió de hombros, y dijo:

—Eso fué una ejecucion en toda regla, que es lo que yo decia.

El mercader de paños levantó la voz, y con entonación solemne y pausada,

—No era un hombre vivo lo que se llevaba á la espada de Tristan Lhermite: era un cadáver, cuyo noble pecho acribillado de heridas sangrientas, no podia sentir ni el vergonzoso ultraje, ni el insulto inútil. El alma de monseñor el duque de Nemours estaba en presencia de Dios, mientras que sus restos mortales eran entregados á la última infamia... Nosotros vimos á Tristan Lhermite levantar á Armagnac

por los cabellos y cortar con su espada cabeza á un cadáver.

—Es verdad... es verdad: todo lo vimos, exclamaron á una los comensales, á escepcion de Maese Richard, el proveedor de Olivier de Gravelle.

—Y yo digo, añadió el fogoso mercader de paños, que aquello fué una profanacion impía y un sacrilegio repugnante.

—Sí, sí; fué un sacrilegio impío y una profanacion repugnante, exclamaron en coro los circunstantes.

Pronto tuvieron que arrepentirse aquellas buenas gentes de haber dado su opinion en voz alta, porque hacía la mesa de los hombres de armas sonó el ruido de una media docena de espadas que se desenvainaban y fulguraban centelleantes resplandores á la luz de las lámparas que alumbraban el salon del despacho de la *Urraca*.

—De cuándo acá, ¡voto á bríos! exclamó el jefe lanzándose en medio de la sala, ¿de cuándo acá se atreven los villanos á discutir así sin miramiento ni reparo alguno los hechos y los actos de sus señores?... Toma tú, vejete, por el sacrilegio.

Y descargó al decir esto un espaldarazo furioso sobre las costillas del honrado pañero.

—Y estotro tú por la profanacion; al propio tiempo que le ponía por montera el enorme jarro que habia servido á las libaciones de los aturdidos ciudadanos.

Los otros armados siguieron el ejemplo de su jefe, y los pacíficos vecinos del barrio de los Mercados, poco antes tan entretencionados en su dramática conversacion, debieron salir muy arrepentidos y dolorosamente apesadumbrados de haber tenido tan buena memoria.

La resistencia hubiera sido inútil, pues la partida era demasiado desigual.

A los gritos de sus atribulados parroquianos acudieron la Pavot, la Mirette, los criados y criadas procurando en vano cortar la desigual pelea. Mas los espaldarazos llovian sobre las carnudas espaldas de los honrados tenderos, como los látigos de

batir las gabillas de trigo. Por mas que los cuitados protestaban y juraban que su ánimo no había sido ofender á nadie, los armados no daban de mano á su tarea.

—¡Cómo se entienda! exclamaba el jefe de la banda armada, sudando á chorros, que tanta era la codicia con que continuaba la operación; ¡cómo! hablar así del noble conde de la Marche!...—¡Ah! y tú atreverte á criticar así de Mme. Ana, la princesa regente del reino!—Leña sobre ellos; firme; sin compasión.

Los molidos ciudadanos daban gritos lastimeros. Maese Richard, el guantero, envuelto en el castigo general que, como hemos visto no había merecido, pedía por Dios y por Santa María, pero no por eso salió mejor librado que los otros.

El jefe de los apaleadores clamaba:

—Yo soy Vicente Tarquino, señor de Brens, escudero del noble Olivier de Gravelle, conde de la Marche. Si escapara al guano de vosotros y quisiese reclamar, que acuda á los jueces del rey y les diga cómo han sido tratados por haber hablado mal de Mme. Ana de Francia.

Bien sabían los cuitados pacientes que no habían de ganar mucho con irse á que-rellar.

Todo lo que deseaban era tomar las de Villadiego y Juan-andante; mas los soldados se habían interpuesto entre ellos y la puerta, y continuaban descargando leña sobre ellos, como si en hacerlo les fuese un premio de importancia ó quisieran demostrar á la vista de sus señores el fervoroso celo con que vindicaban su honor.

La Pavot no sabía ya á qué santo encomendarse.

—Mamá, dijo la Mirette temblando como si estuviera azogada ó temiese que algo les pudiera toca del reparto copioso que por el salon se hacia; ¡le parece á Vd. que vaya á avisar á la señorita Blanca?

—¡Oh, sí! Dios te ha sugerido esa idea para nuestra salvacion y la de nuestros honrados vecinos, exclamó la posadera, lanzándose con la fuerza que le permitia el sobrecargo de sus abundosas carnes.

Un momento despues, se presentó sobre el último escalon del primer tramo de escalera que había en el fondo del salon, una vision maravillosa. Era una jóven vestida de blanco, cuyos largos cabellos destrenzados cubrian toda la espalda y parte de la falda á la altura de las corbas. No cabía duda, ó salía de la cama, ó del tocador donde estaba haciéndose el peinado.

A la vista de lo que pasaba á sus piés en el espacioso salon de la posada, la encantadora jóven frunció sus cejas y con voz imperiosa y breve, y entonacion varonil, que nadie hubiera sospechado tras aquellos labios frescos como una flor lozana, y que hizo temblar á aquellos hombres enfrascados en su inhumana ocupación.

—Señor Vicente Tarquino, dijo. ¿Es así cómo respetais la casa en que yo estoy? ¡A ver cómo cesa este cándalo!...

Sin aguardar respuesta, sin cuidarse de reparar si se cumplían sus órdenes, volvió la espalda y se retiró á su habitación.

Vicente Tarquino quedó con la espada en el aire y la cabeza baja en actitud muy ridícula seguramente para un hombre como él.

Los soldados quedaron encogidos é inmóviles como si viesan desplomarse sobre ellos la bóveda de un templo.

Los cuitados mercaderes, aprovechán, dase de la inesperada tregua, salieron por donde les fué posible, unos por la puerta y otros por las ventanas; que tal era la prisa que les infundía el miedo de que pudieran romperse de nuevo las hostilidades no las treguas que tan en vano habían solicitado, y para que ellos en nada habían influido.

Cuando ya no quedaba uno de los apaleados vecinos del barrio de los Mercados, que tan pasivo papel habían jugado en la posada bataola, Vicente Tarquino mandó volver las espadas á la vaina.

—Canta alto la picarutela, murmuró mirando hácia el descansillo de la escalera...

No hay mas que callar... el conde está loco por ella, y además la necesitamos.

—¡Sabéis, Vicente Tarquino, murmuró uno de los estorbados campeones de la pasada reñiega, que si el señor conde nos hablara como lo hace esa chichuda, ¡las espadas solas habían de salir de la vaina!

—Pues amigo mio, lo que yo aguanto siendo vuestro capitán, bien podeis sufrirlo vosotros que sois mis soldados.

—Yo no soy mas que soldado, y vos capitán, es verdad, respondió el soldado mirando intencionadamente á su jefe; pero hay entre los dos la diferencia de que yo soy francés, y vos sois solo italiano.

El descolorido rostro del flamante señor de Brens se puso encendido como una grana, mas se reprimió, y tuvo bastante poder sobre sí para traer sobre sus labios una sonrisa.

—¡Bah! ¡bah! Pedro amigo, respondió en tono jovial; todos somos lobos, y no nos hemos de comer unos á otros. Hay alrededor nuestro sobrados mastines que afilan contra nosotros sus dientes y esperan la ocasión.

—Ahora, hablando con formalidad, compañeros, repuso; yo no sé si me engaño, pero se me figura que la atmósfera de París se va haciendo pesada para nosotros... Hay algo aquí que no me gusta... Y qué queréis; tengo por de muy mal agüero el oír, como todos habeis oído, hablar recio á la turba indolente de los mercaderes de París; la clase media huele á lo lejos la caída de los gobiernos, como los buitres y los chacales comedores de cadáveres, huelen desde lejos la muerte de los hombres... En nada mejor que en su voz se puede tomar el pulso al poder, y el pulso del poder le encuentro muy decaído en los momentos actuales.

—¡Qué! ¿vamos ahora á echar nosotros un párrafo de filosofía?... exclamó Raoul, soldado al servicio de madama Ana. Por ahora, lo que falta es vino en ese garrafón; que poderosos á quien servir nunca han de faltar... Por mi parte, solo pido á Dios

no tener mi vaso vacío mas tiempo que el que haya de estar vacante el trono.

—¡Venga vino! dijo el italiano á la Pavot, que pasaba á la sazón.

—Pues qué, ¿sabéis algo de nuevo, señor Tarquino? preguntó Pedro, uno de los soldados.

—Lo que yo sé es que el rey es mayor de edad hace ya mas de tres años, respondió Tarquino con aire preocupado... Lo que sé también es que nuestros dias están contados, señores, y al decir nuestros dias, he querido decir nuestros dias buenos, los que nos quedan para jugar nuestra partida. Todos los que estamos aquí, quedaremos hechos unos pelagatos, si nuestro amo el señor de Gravelle no reúne la paria-ducado de Nemours á su condado de la Marche.

—Pues que lo añada, replicó Raoul.

—El tiempo se pasa, prosiguió el italiano, que parecia recitar un monólogo. Todos los dias veo al rey, tan débil como es, subir un escalon del trono... y cada escalon que sube, lo baja la princesa regente, y esto es muy natural. Y ahora os digo que si el conde de la Marche no es duque y par antes de que acabe la regencia, en su vida lo será.

La Pavot llegaba á la sazón con otro garrafón de vino.

—¡Bah! la verdad es que ya no queda ningun Armagnac... y es preciso que alguno tome la herencia que dejaron vacante.

Al atravesar el salon, despues de haber dejado el garrafón lleno de vino en la mesa, la Pavot, meneando la cabeza, iba refunfuñando.

—Allá se verá.

—Nuestro amo, continuó el italiano, en vez de emplear los pocos dias que le quedan del modo que le tendria cuenta, se ha enamorado como un barbilindo de madama Blanca, no hace mas que locuras... y agota sus recursos en hacerla agasajos extravagantes.

—Mejor que mejor, interrumpió de nuevo Raoul, que, por lo visto, era un opti-

mista inapeable, si nuestro amo se hace amar de la señora Blanca, y se casa con ella, como que es la heredera de Armagnac, nuestro amo será, como es consiguiente, duque de Nemours.

El italiano bajó la cabeza, y no respondió.

No convenia, por lo visto, hacer penetrar á los subalternos en el fondo de las intrigas tenebrosas en que se agitaba el alma condenada de su amo, y colaborador en todas sus iniquidades.

No queria decirles que habia una especie de compromiso entre la conciencia honrada, aunque débil, de los jueces reales, y la ambicion desmedida del conde de la Marche.

Veamos ahora cuál era la situacion de este bajo el punto de vista de su fortuna política.

Conservaba, como siempre, el favor de madama Ana de Francia, que hecha duquesa de Borbon por la muerte sin sucesion del condestable, habia desdeñado la herencia de Nemours. Este era el gran apoyo de Graville.

Una vez concebido el pensamiento de elevarse al rango de duque el antiguo objeto de su ambicion, se habia hecho indiferente á sus ojos. El enorme y opulento conde de la Marche no le parecia ya si no un bocancho bueno para enganar su sério apetito. Mas entre él y el objeto de su ambicion, se levantaba la justicia, que reusaba declarar abierta la sucesion del último Armagnac.

Se le habia podido dar el condado de la Marche, perteneciente á la rama estinguida de Borbon; mas en cuanto al ducado de Nemours, decian los jueces que habiendo muerto como asesinado Santiago de Armagnac, era á su hijo Juan, á quien de derecho correspondia la herencia.

A esto respondió Graville, sostenido por madama Ana, que habiendo sido nulo por parentesco el matrimonio del duque Santiago y madama Isabel, Juan de Armagnac era bastardo y no legítimo.

Juzgado este punto, el tribunal decidió contra él y por la legitimidad del heredero.

Graville ofreció probar despues que madama Isabel habia dado á luz una niña, y que Juan era un niño supuesto. Ya sabemos que hacia mucho tiempo se habia estado preparando para este caso, y que todas sus medidas estaban bien tomadas. Sin embargo, los jueces reales le desairaron de nuevo, no obstante el falso testimonio de Guillermo de Soles y la proteccion decidida de la regente.

En este estado, el señor de Graville se presentó á los jueces, y les dijo:

—Aun suponiendo que Blanca de Armagnac, no sea, como lo afirmo bajo juramento, hija y única heredera del duque de Nemours; aun suponiendo que el heredero de este desgraciado señor sea realmente ese Juan, cuyos derechos ha creido justo sostener el tribunal, os denuncio la muerte de ese Juan y la de su madre la duquesa Isabel.

Los jueces estaban cansados de su propia resistencia. Blanca llevaba el nombre de Armagnac y con este nombre era recibida en la corte, y tenia, como se dice en derecho, la *posesion de estado*, lo que fué siempre una cosa muy importante y atendida en todos tiempos y países. Por otra parte, en los quince años que habian trascurrido desde la muerte del duque, nadie habia oido hablar de la viuda ni de su hijo.

¡Nadie! si no habian muerto ambos, se habrian escondido bajo la tierra.

En consecuencia, los jueces reales quebrantados, respondieron al señor de Graville que mantendrian á madama Blanca en la posesion de estado, si se les presentaba un acta firmada por dos caballeros antiguos vasallos de Armagnac, dando testimonio de la defuncion de la duquesa Isabel y su hijo.

Thibaut de Ferrieres y Guillermo de Soles habian partido para la Gascuña á recoger las firmas.

Este era el estado de las cosas: Olivier de Graville se hallaba á punto de triunfar.

Mas Vicente Tarquino decia muy bien, que algunos dias de retardo podian dar al traste con todos sus planes.

Quién podia decir que nueva fuerza de resistencia podia dar á los jueces el advenimiento del joven rey al trono. Se sabia que la caída de madama Ana seria la señal de llamamiento del duque de Orleans; y Luis de Orleans habia sido el mejor amigo y el hermano de armas del último Armagnac.

El viento vibraba; el único hombre que habia encontrado gracia hasta entonces en el ánimo del joven monarca, era el obispo de Antun, que venia de Mirande y habia sido el confesor y amigo del último Armagnac.

Vicente Tarquino tenia mil veces razon: el tiempo urgía, y era ser pródigo en demasía el malgastar un minuto.

No hay ya Armagnac, es verdad, dijo el italiano, y ese es el lado bueno de nuestro asunto. Por mi parte, hace quince años que ando buscando á ese mocito, que en otro tiempo se llamaba en el palacio de la Marche monseñor el duque, y como tengo buenos ojos, me parece que si existiera hubiera dado con él.

Y sin embargo, dijo Pedro el hombre de armas; allá en el condado de la Marche hay muchos que pretenden saber que madama Isabel y su hijo han de volver cuando sea tiempo.

—¡Ah! exclamó Raoul, yo he conocido á un monge anciano que aseguraba que Carlo-Magno no habia muerto... No es fácil ocultarse de ese modo, por espacio de quince años, mas que en el cementerio.

Vicente Tarquino estaba pensativo.

—Compañeros, dijo con el codo en la mesa, la mano en barba y dando vueltas con la otra á su vaso medio vacio, creo que el emperador Carlo-Magno está muerto y muy muerto. Mas si tuviera motivos para temer su vuelta, velaria. Haria por bajar al panteon de Ana la Chapelle, y veria lo que hay entre las tablas de su ataud... Mientras tanto, la mejor pluma de nues-

tras alas es madama Blanca, y aplaudo los esfuerzos que hace nuestro amo por agrardarla... pero hay en todo un punto de que no se debe pasar, y yo, en lugar del noble conde de la Marche, creo que ya me habria casado con ella.

—¡Bah! repuso Raoul con un movimiento de cabeza, enérgicamente dubitativo; con que la señorita Blanca hace lo que quiere de nuestro amor...

—Es que tiene ya mas de un pelo blanco en su cabeza, añadió Pedro.

—¿Y crecis que mañana tenga menos que hoy? preguntó el capitán. Si mi señor quiere seguir mis consejos muy leales y muy desinteresados, el baile de esta noche ha de servir para los desposorios. Y os repito que es tiempo ya... porque la hermosura de la señorita Blanca atrae á su alrededor una muchedumbre de apasionados, que no trabajan en nuestro beneficio... Hoy mismo, para no ir mas allá, nos hemos visto obligados en Fonteneblau y Corbeille á ojear los tallares para dar caza á ese saltimbanquis que nos seguia como nuestra sombra.

Las cejas del italiano se fruncióron, y parecia pensar mas que lo que queria decir.

—La fisonomía de aquel jovencuelo atrevido, no me agrada mucho que digamos, añadió con aire de mal humor.

—Pues bien, no me sucede á mí así; y siento no estar tampoco de acuerdo en esto con mi capitán: á mí me parece un rostro hermoso el de ese muchacho... No lleva, es verdad, los atavíos de un príncipe, pero me atreveria á apostar la cabeza que corre sangre ilustre por sus venas... ¡Diablo!... ¡Cómo se ha burlado de nosotros! Creíamos tenerle acorralado en el valle, y le repente le vimos caracoleando con su aballejo por las alturas. Y yo no sé por qué, cuando pasaba al lado de Mme. Blanca el viento levantaba siempre una punta de su velo, lo que sin duda la hacia sonreír.

—¿Estás seguro de lo que dices? pregun-

tó Vicente Tarquino, cuya frente se cubrió de una nube mas sombría.

—Oh! ¿y qué habia en eso de extraño? ¿que mal de ello nos puede venir? replicó Raoul.

El italiano se habia puesto en pie.

—No creo en apariencias ni en fantasmas... decía hablando consigo mismo, pero hay extraños y rarísimos parecidos... ¡Oh! si llego á poner la mano encima á ese vagabundo, le aseguro que no le ha de quedar ganas de burlarse de nadie.

El italiano paseaba aceleradamente por el salon de la posada. La conversacion paró; el garrafon estaba vacío, y los compañeros de Tarquino empezaron á bostezar á duo y hasta en coro.

—A fé, capitán, exclamó Raoul con voz soñolienta y entre bostezos, que esta noche no lo hemos hecho del todo mal. Hé aquí, dan las diez en el reloj de San Eustaquio, y Mme. Blanca no estará lista hasta las dos. Si la venerable madre Pavot nos diera unas camas, ó siquiera unos brazos de paja fresca, aun tendríamos tiempo para echar un buen sueño, antes de vestirnos para el baile.

—¿No ha visto ninguno de vosotros á Juan Roaul esta noche? preguntó el italiano en vez de responder.

—¿A Juan Roaul? contestó Pedro. Por lo visto no tiene sud cuando viene á París. Tendrá algunos amoríos en la chola, pero me parece que eso no lo hará entibiarse.

—¡Hola, buena madre! exclamó Vicente Tarquino.

Y cuando la Pavot se hubo presentado, añadió:

—¿Hay algun buen cuarto para nosotros?

—No le hay suficientemente capaz para todos, señores míos, respondió la Pavot...

—Pues en ese caso, buena mujer, que se nos traigan unos fujos de paja fresca, y nos echaremos aquí.

La Pavot hizo un gesto de disgusto.

—El gran salon de la *Urraca* no es nin-

gun establo, refunfuñó á media voz la posadera.

—Vengan ustedes conmigo, señores, añadió haciendo una cortesía. No me gusta negar nada á gente de pró como vos, y voy á ver si encuentro una habitacion acomodada para todos.

Los soldados pusieron boca abajo el garrafon y se dirigieron hácia la puerta en pos de la madre Pavot.

—Buena mujer, la dijo Vicente Tarquino antes de salir de la habitacion; si viniera un jóven con la escarapela de la Marche, que se llama Juan, tendreis la bondad de llamarme.

—¿Juan á secas? preguntó la Pavot.

—Juan á secas, ó Roaul, replicó el italiano; él se cuida muy poco del apellido de su familia.

La Pavot le prometió despertarle si venia el señor Juan Roaul, y los soldados desaparecieron.

Tan luego como el salon quedó desocupado, la Mirette, lista y cuidadosa, se puso á arreglar el mueblaje. El desorden en que estaba era grande; porque de resultas de la desigual pelea entre los soldados y los honrados vecinos del barrio de los Mercados, de que el salon habia sido campo, andaban rodando bancos, taburetes, tajos y aun dos mesas que habian servido de estribo á otros tantos honorables mercaderes para saltar por las ventanas.

Era una alhaja en toda la estension de la palabra, aquella hija de los amores del matrimonio Pavot: morenita de color claro y sonrosado, de ojos vivarachos y sonrientes, y de un talle tan reducido como airoso.

Con cuyas circunstancias realizadas por un curioso traje de su clase, airoso, de colores brillantes llevado con garbo, Simonot, el cuitado camarero de la posada estaba sin sentido y hasta sin sed y sin apetito, es decir, enamorado perdido.

No era el mozo del todo despreciable, y por añadidura habia heredado algunos escudos de su padre, y á no haber estado tan absorbido por su amor, hubiera podido

ser tan buen muchacho como otro cualquiera. (Pero lo estaba de tal manera!

Su rostro era juvenil, quizás colorado en demasia; sus cabellos eran rubios, y una sonrisa infantil, si no hubiera sido tímida, ponía al descubierto una boca fresca, aunque grande como el hocino de un pajar.

Era hijo del buen Nicolás, aquel correo de la casa de Armagnac, que vimos en otro tiempo en todo buen predicamento al lado de la madre Pavot, cuando la madre Pavot ahí empuñaba el cetro de su modesto hotel, y no habia sido solfeada todavía por su rebelde ministro responsable.

Al acordarse del apuesto correo Nicolás, habia quien sostuviera la legitimidad de su destronamiento. Mas esto no pasaban de malicias; hablaban que nuestros lectores no podrán menos de apreciar en lo que valen, tratándose de la honradez de la honradísima hostelera de la Marche, hoy posadera de la *Urraca*.

Simonot, hijo torpísimo de un padre despejado y listo, seguía los pasos de Mirette y procuraba ayudarle lo mejor que podía. Mientras que la Mirette, mañosa como una hada, parecia hacerlo todo sin más que intentar. Simonot, al contrario, con solo tocarlo se descompónia todo.

Era su manera ordinaria de ayudar á la Mirette, y ayudándola de este modo, suspiraba de lo mas hondo de su pecho; él amor le ahogaba.

Cuando la Pavot, despues de haber guiado á los hombres de armas por los pasillos del interior, volvió á la sala, quedó un instante absorta contemplando el extraño contraste que hacian la querida Mirette con su desparpajo y el interesante Simonot con su torpeza.

—¿Y que digan algunos que los hombres de ahora valen mas que los que les precedieron... murmuró... si llegamos á hacernos viejos, vamos á ver todavía el fin del mundo. Ahí está el hijo de un truan que se juntaba solo para recoger á las muchachas, á quien no le ocurre una palabra siquiera que decir á la que le tiene sorbidos los sesos.

—Mira, Simonot, continuó luego en voz alta adelantándose hácia la interesante pareja, vete á acostar, porque es bien poco lo que haces, si es que no valiese más que no hubieras hecho nada... y antes de dormirte, pide al santo de tu mayor devocion que te dé un poquillo siquiera de maña y de desparpajo.

—Buenas noches, señorita Mirette, balbuceó Simonot, colorado como la cresta de un gallo, de resultas del mandato de la madre Pavot; que duerma usted bien, porque ya ve usted lo que me dice la mamá.

—Adios, Simonot, le contestó la Mirette sonriendo.

Simonot cruzó sus manos sobre el pecho, y quedó allí como estupefacto.

—¡Andando! añadió la posadera.

—Buenas noches, señora Pavot, murmuró el pobre simplon volviéndose para emprender la marcha hácia donde se le mandaba.

—Abre esas ventanas mientras voy yo á echar la llave y barra de la puerta, dijo la posadera á su hija. Siempre que vienen aquí gentes de armas queda un olor á suegra vieja, como si hubieran estado desaparejando en la sala los caballos del servicio del rey.

Levantó en seguida sin gran trabajo la pesada barra de hierro que servia de contracierra á la puerta, mientras que Mirette hacia girar las fallebas de las contraventanas.

El gran salon de la posada de la *Urraca* tenia ventanas á dos aires: unas al Este sobre las callejuelas de los Mercados; las otras hácia el Oeste á un bosquecillo cercado, cuyos muros la separaban del cementerio de los Inocentes.

En el momento de abrir Mirette las ventanas que daban al bosquecillo, se sobresaltó y dejó escapar una exclamacion de terror.

—¿Qué te pasa? la preguntó su madre.

—No lo sé, mamá, replicó la chica temblando... pero me ha parecido ver...

—¿Qué dices que has visto?... preguntó

la Pavot acercándose á donde estaba su hija, despues de haber cerrado como hemos indicado la puerta.

Los hermosos colores de la Mirette habian desaparecido: estaba pálida como una muerta.

En vez de responder estendió el brazo hacía el bosquecillo, y señaló un objeto en la sombra.

La Pavot se echó á reír.

—Todo el mundo se vuelve loco á lo que veo. ¿Con que el árbol, junto al cual has pasado todo el dia sentada, te parece ahora un ladron ó un fantasma?

—No, mamá; allí... á la derecha del árbol, balbuceó Mirette, ¿no ve Vd?

La Pavot miró con todo cuidado.

—Que me aspen si tú no estás alucinada, dijo: ni á la derecha ni á la izquierda del árbol se vé cosa alguna. Y además, esta noche hay en casa, á Dios gracias, bastantes hombres de armas, que nos defenderán contra todos los endriagos y aparecidos que pueda haber en los cementerios de París y de veinte leguas á la redonda que se presentasen.

Y despues de decir esto la cariñosa posadera dió un beso en cada mejilla á la aprensiva niña.

—Mirette, mi querida hija, repuso con tono de sensibilidad pensativa, que no le era habitual; nos amenazan grandes desgracias, y aun podria decir que está preñada de desgracias la atmósfera que respiramos... No pierdas ni malgastes tu valor en tener por fruslerías infundadas aprensiones: ven aquí, que tengo que hablar contigo sobre cosas muy formales.

Esto diciendo echó mano á un taburete en que se sentó, é hizo sentar en su falda á la temerosa jovenzuela.

—Dime, Mirette, la preguntó: ¿te casarías tú con ese simplon de Simonot?

La forma de la pregunta era tan estraña, que la muchacha soltó el trapo á reír.

—No creas que me chancoo, hija mia, prosiguió la Pavot con aire muy formal. veo venir los tiempos de las borrascas en

que todo lo que es de suyo débil necesitará un arrimo que la ampare y proteja... Y yo te puedo asegurar, hija mia, que no es del todo bueno eclharse un marido que pueda y sepa mas que una... No me refiero en esto á mi esposo, que es tu padre, que no es ni fuerte ni entendido por demás; pero yo me entiendo, y te vuelvo á preguntar, ¿tomarías tú por marido á ese simplon de Simonot?

—De modo... que si no hubiera cosa mejor... contestó la pudorosa niña muy formal y encendida como una amapola.

—En cuanto á eso, yo te aseguro que novios no te han de faltar, interrumpió la Pavot con orgullo; la hija de tu madre los tendrá á porrillo en que escojer... Pero con Simonot el ama serías tú, y además te repito, Mirette, que no hay que dormirse, porque vamos á ver cosas... Yo bien sé lo que son esas cosas, porque he vivido en tiempos muy parecidos á estos, en que nadie puede decir, mañana haré esto, ó aquello, porque con ese mañana nadie puede contar.

Mirette escuchaba sin comprender del todo lo que su madre queria decir, ni á dónde iria á parar. Si algo, por el pronto, la hacia temer, era lo que ella habia visto ó creído ver en el bosquecillo contiguo al cementerio de los Inocentes: una forma humana escurriéndose lentamente entre los troncos negros de los árboles.

—¿Oiste tú, hija mia, repuso la Pavot pensativa, lo que decian aquellos mercaderes sentados á esa mesa, y lo que luego han hablado los hombres de armas que bebían en esa otra?

—Oí algunas que otras palabras sueltas, contestó Mirette: hablaban, como todo el mundo, del rey nuestro señor, de madama la princesa regente, y de Sir Olivier, conde de la Marche.

—Y nada mas? volvió á preguntar la posadera.

—No sé mas, mamá, respondió la Mirette.

—Pues qué ¿no has oido á los unos y á los otros, á los mercaderes y á los hom-

bres de armas, mentar á Santiago de Armagnac, conde de Nemours?

—Sí, mamá; me parece haber oido pronunciar ese nombre, contestó la jóven.

—Y eso, ¿no te ha entristecido, Mirette? ¿Será que hayas olvidado la historia que tantas veces te he referido?

—No señora, la tengo muy presente, y compadezco con todo mi corazon los infortunios de la noble duquesa Isabel... pero como yo no la he conocido como Vd... y despues de todo, mi imaginacion se pierde en ese laberinto, y acabo por no comprender ni siquiera una palabra... ¿Y cómo es que vos que respetais y amais con todo vuestro corazon el recuerdo de madame Isabel, por qué me habeis dicho que ama y quiera á la señorita Blanca?

—¿Pues qué no amas tú, Mirette, á la señorita Blanca?

—¡Oh! sí, señora, daria mi vida por ella, respondió la jóven con viveza.

—Tú tienes razon... tienes razon, murmuró la buena mujer que parecia perderse en el laberinto de sus reflexiones... Nosotros somos vasallos de Armagnac, y es preciso que amemos á todos los que lleven este nombre ilustre y querido... Pero tambien tienes razon para decir que no comprendes nada, mi pobre hija, porque yo que soy ya una pobre vieja á tu lado; yo que he visto todas esas cosas, me encuentro en el mismo caso que tú, me devano los sesos en pensar en esas cosas, y no comprendo mas.

Y al decir esto se pasó la mano por la frente.

—Era un niño y no una niña, continuó diciendo la pobre mujer. Era un niño el que habia en el palacio de la Marche... un niño hermosísimo y encantador, que tuve muchas veces en mi regazo, como te tengo á tí ahora... En la noche horrenda en que cayó la noble cabeza de Armagnac, la madre y el hijo desaparecieron. Aquel hombre de quien te he hablado, que daba misericordia y compasion, era un ángel bajado del cielo, ó un diablo escapado del infierno... estoy viendo todavía su mirada

úmida y apagada, que de repente se hizo feroz, sanguinaría y ardiente como la de un tigre... ¿los salvó ó los despedazó?...

—Y él mismo, ¿qué se hizo? ¿qué ha sido de él?...

—¿Y por qué no se resiste á mi corazon, dijo por fin despues de una breve pausa, dar el nombre de Armagnac á esa criatura, cuyo nacimiento es un misterio para mí?

La Mirette miró de nuevo hacía la ventana, creyendo haber oido ruido de hojas secas, como si alguno anduviera por el bosquecillo.

—¡Si tú supieras, hija mia, continuó de nuevo diciendo la Pavot, cuánto se parece Mme. Blanca á la duquesa Isabel!... Una idea me ha ocurrido. Cuando la volví á ver despues de cinco años, me dije á mí misma: hay quien disimula su sexo; este es el niño de la duquesa disfrazado bajo el traje femenino... Mas ha crecido con el tiempo, y es tan hermosa, que no es posible confundirla con un hombre, y luego, yo no te lo he dicho todo: se parece tambien á otra mujer que era el retrato vivo de la duquesa Isabel: una pobre mujer que murió muy jóven, por cierto, cuyos restos descansan en el cementerio de nuestro pueblo Mirande.

La Pavot calló y siguió un momento de silencio.

La Pavot estaba absorbida enteramente por los recuerdos que habia evocado: su hija escuchaba atenta, temerosa de oír algun otro ruido en el bosquecillo.

—Tienes razon: exclamó la buena mujer dirigiéndose á su hija, mas en realidad respondiéndole á sus propios pensamientos.

—¡Oh! es imposible... ¡por todas partes misterios! la imaginacion se pierde, no se entente una.

En esto se levantó bruscamente.

—Estate aquí, la dijo. Cuando madame de Armagnac esté en casa de la Pavot, es preciso velar... porque si llamara y no se presentase á servirle mas que un criado ó una criada, tendria mil razones para quejarse... tú velarás hasta media noche,

Mirette, y despues yo vendré á relevarte. Toma la ruca si quieres ó bien reza, pero no dejes de pensar en lo que te he dicho acerca de ese simplon de Simonot.

Y en esto dándola un beso en cada mejilla, se marchó con ese paso firme y decidido peculiar de las mujeres que no han sido zurradas hasta la edad de cincuenta años.

Mirette quedó sola en la sala baja.

Llenaban su cabeza. Tan profundamente preocupada estaba, que no vió palidecer á su querida hija y temblar como una azogada cuando la dijo:

—Tú velarás hasta media noche.

Ella se ha retirado sin desconfianza alguna, sin la menor sombra de recelo.

Y sin embargo, las doce de la noche y el sitio en que estaba construida la posada de la *Urraca* entre las ruinas gigantescas que enmascaraban los Mercados y el antiguo cementerio de París, eran la hora y sitio preferidos por las apariciones y los endriagos para hacer sus escursiones.

Nunca como en ese siglo XV se vió París atormentado por las ideas del otro mundo; época en que de cada tres hombres era uno, al menos, hechicero ó brujo. Se quemaba alguno que otro de vez en cuando, pero la mala yerba se había estirpado, que no bastaba esto para estirparla.

Los que no se sentían con vocacion especial ni aptitud muy marcada, se hacían hechiceros, como en nuestros días se hacen representantes del pueblo, fundadores de sociedades anónimas ó empresarios de bailes campestres.

Los hijos de familia que habían prodigado imprudentemente la herencia de sus padres, aprendían el oficio de endriagos.

No exageramos: era un cuerpo del Estado. Toda la parte oriental de la campiña de París, las riveras del Sena, los alrededores de Vincennes, el camino de Fontainebleau y el espacio que ocupa ahora el jardín de plantas, estaban infestados de tal modo de aparecidos y fantasmas, que se hubiera hecho pedazos á los soldados

de servicio, antes de hacerlos pasar por cima del palacio de Saint-Paul.

Se conocía al gran Boca-negra, que celebraba su sábado en la llanura en el sitio donde se vé ahora la estación del camino de hierro de Orleans.

Este Boca-negra tenía dos toesas de largo, á quien Satanás había comido las orejas antes de hacerse amigo y compadre suyo.

Por la noche era endriago en las calles de la ciudad, y el día lo pasaba durmiendo en un ataúd que tenía; no sé en qué iglesia.

II.

LOS ENDRIAGOS.

Todo el mundo sabe lo que son esas horas, en que el espíritu vacila, se extravía la imaginación y se llena la cabeza de fantasmas. Se sueña con los ojos abiertos, se representan las visiones mas horribles, y si la vista se detiene en algun rincón sombrío, se figura uno ver enormes espectros tendidos.

Son esas enfermedades de niños y de mujeres á que también algunos hombres están espuestos.

Si la cariñosa Pavot hubiera sabido en qué disposición de ánimo dejaba á su querida hija, hubiera preferido pasar la noche entera en vigilia á dejarla abandonada de este modo á sí misma.

Pero ni siquiera se le pasó por la imaginación. Era una noche aquella en que también la pobre mujer soñaba despierta, sólo que eran recuerdos, y no con endriagos ni aparecidos, ni con Vampiros que devoraban algunas muchachas bonitas.

No había que decir que el tal Boca-

negra no existía, porque á la mañana siguiente amanecía estrangulado en su cama el incrédulo. Si, por desgracia, se detenía uno fuera de su casa á deshoras de la noche, y se veía de lejos riolar en el agua la luna entre las zancas del gigante, había que volver la espalda para no ver, encomendándose al mismo tiempo á su santo patrón. Si se gritaba, indefectiblemente ocurría alguna desgracia; si se huía, al instante era el imprudente tirado al suelo y arrastrado por el lodo, durante la noche entera. Si quería la fortuna que se llevase encima un frasquito con agua bendita, se podía hacer huir al monstruo por los tejados y desvanecerse transformado en un vapor sulfuroso y sofocante.

Hubo al decir de las gentes, á mediados del siglo XV, una asamblea de endriagos en la llanura de Vincennes en pleno mediodía, en la cual se discutía largamente sobre los intereses de la clase, y cuando se hubieron terminado los debates, como que ya era de noche oscura, los que fueron á la mañana en dos piés, se separaron andando en cuatro patas, convertidos en lobos licaones.

Porque era el destino fatal de los endriagos convertirse en cuadrúpedos en cuanto se ponía el sol.

La historia dice, que concurren á aquella célebre sesión ciento cincuenta individuos de uno y otro sexo, lo que prueba que el bello sexo no era extraño á la corporación, y que había también lobas licaonas y endriagas.

Los hechiceros aparecidos y fantasmas nocturnas fueron ganando terreno hácia lo interior de la ciudad, porque no todo eran contras en el oficio.

En cuanto al toque de la queda, se cerraban las tiendas, talleres y portales con triple refuerzo de barras, cerrojos y cadenas; la ciudad quedaba á disposición de estos industriales misteriosos que desaparecían con la claridad del alba, y aunque había también algunos ladrones, eran gentes testarudas aferradas á los antiguos usos.

A últimos del siglo XV, los famosos Eccequiel, Trefouilleux y Pauvre-Louise hubieran sido indefectiblemente de la honorable orden de Licaou.

En las calles desiertas se oía de pronto ruido de pisadas, y no se veía al que lo producía; porque los endriagos tenían la facultad de hacerse invisibles, sin mas que ponerse al cuello un palito de cierta forma. No se veía nada mas que de repente se sentía uno cogido del pescuezo, á punto de ser ahogado; se perdía el conocimiento encomendando su alma á Dios, y á la mañana, volvían en sí en algun lodazal, sin capa, sin gorra, sin calzado, y sobre todo sin bolsa.

La ciudad estaba aterrada por espantosas visiones; en la sombra profunda de los pórticos de las iglesias, los santos de piedra se movían en sus ornacinas, los mascarones y monstruos que pendían de los techos de los edificios góticos exhalaban de rato en rato siniestros quejidos; se distinguían lúgubres resplandores al través de las lucernas de las capillas, y las danzas diabólicas no acababan en torno de la cruz de los ajusticiados.

No son para espasados los ruidos extraños que se sentían en las calles solitarias, y los que volvían á su casa habiendo tenido que pasar junto á los desportillados muros de los cementerios; pasaban la noche con el temblor de una cuartana al lado de sus acongojadas esposas.

Entre los sitios frecuentados por estas extrañas criaturas que formaban la población nocturna de París, hay que contar las inmediaciones de los Mercados que los tenderos abandonaban al toque de las oraciones y las del osario de los Inocentes.

Tan bueno era uno como otro sitio; entre las ruinas y malezas que rodeaban á los Mercados, estrangulaban ó maltrataban á los transeuntes y á las inmediaciones del osario y cementerio de los Inocentes, se podía oír, mientras duraba la noche, grandes y angustiosos quejidos.

La pobre Mirette tenía la cabeza llena

de lúgubres historias de este género que helaban su sangre en las venas en cuanto se hacia de noche, y se encontraba sola. Su alegría infantil se desvanecía con la luz del sol. La noche era para ella como un tiempo de ensayos en que era fuerza entrar por buenas ó por malas, bajo el dominio horrible del pavor. En cuanto se encendian luces, la pobre muchacha solo se encontraba bien al lado de su madre, á quien no perdía un paso; ni se creía segura sino cuando de cualquier modo estaba en contacto con la buena mujer.

Esta noche se encontraba sola, sin saber cómo, y sin haber podido rehusar la misión que se la habia confiado, porque se trataba de madama Blanca, á quien amaba con pasión, y que era para ella tan buena y tan hermosa.

Mas estaba sola, enteramente sola, en aquel salon tan alto de techo, tan ancho y tan largo como una iglesia.

Los pasos de su madre se habian perdido en los corredores... ¡Oh! ¿qué no hubiera dado la pobre Mirette entonces, por tener á su lado á uno de aquellos armados pendencieros, cuya sola vista la hacia antes escarriarse.

Habia, es verdad, mucha gente en aquella posada, que era aquella noche una posada de la ópera cómica, donde se encerraba todo el personal de un drama complicado, desde el soldado comparsa, hasta la princesa prima donna.

Pero toda aquella gente dormía, excepto tal vez la princesa, que no tenia quizás bastante con la mitad de la noche para arreglar su tocado, porque como pronto vamos á verlo, tenia que ser muy esmerado el tocado para aquella noche.

En todo caso, estaba muy lejos de allí la cama donde velaba la princesa con sus doncellas; y por consecuencia, la tímida Mirette se encontraba sola, y para colmo de desventuras, las ventanas estaban abiertas de par en par.

Terrorificas ventanas eran aquellas, pues una daba á las ruinas solitarias y la

otra daba entrada á los aires fúnebres de cementerio.

Era por la primera por donde ella habia visto escurrirse la sombra cautelosa, indecisa de un hombre, y moverse luego bajo las sombras pavorosas del bosquecillo contiguo.

Si se hubiera atrevido á cerrar las malhadadas ventanas, hubiera tenido una mitad menos de miedo. ¿Pero cómo se hubiera atrevido á ir á cerrarlas la cuitada criatura que no tenia ni aun el valor necesario para mirar hacia ellas?

Habia ido á sentarse al lado de su torno temblorosa y encogida; habia tomado la rueca cargada de lino, y queria hilar, porque es de saber que la Mirette hilaba con un primor, que la misma Penélope hubiera envidiado, si en el mundo, y al lado de Mirette hilando hubiera estado. Mas aquella noche fatal todo eran nudos y desigualdades en la ebra que salía de sus primorosas manecitas.

Su madre la habia encargado tambien que rezara las acostumbradas oraciones: indudablemente, las oraciones á que se referia eran las de la noche y se le habian olvidado.

—¡Oh! sus ojos se llenaron de lágrimas. Es sabido que los niños cuando tienen miedo cantan, y Mirette tambien probó á cantar. Mas el eco de su voz, repetido en las bovedillas del espacioso salon, duplicó su espanto, y le pareció que el chicheo de una lechuza respondía á su vez desde el campanario de San Eustaquio. Tiritaba la infeliz y sus dientes castañeteaban á punto de hacerse pedazos, y hubiera sidolástima, porque si perlas nacarinas puede producir la especie humana, ningunas de mejor oriente podían darse que los dienteitos de la atribulada criatura.

En tan aparados momentos, se invoca siempre á algun santo. ¿Qué vision fué la que se ofreció á los desconcertados ojos de Mirette? ¿Llamó á su madre? ¿Vió á su padre anho de espaldas y barrigudo como el despensero de un convento de Gerónimos? ¿Fué siquiera á aquel pobre Simonot, tor-

pe y gordinflon, que seguia siempre huella de sus pasos, suspirando como un ternero que van á degollar?

Sin duda la Mirette vió algo de todo esto, porque ¿qué es lo que se ve en tales situaciones? De muy buena gana hubiera perdonado ella tres ó cuatro dias de baile, por ver á su lado á su padre ó á su madre, y aun en aquellos momentos supremos, no hubiera despreciado los auxilios del estúpido Simonot.

Mas es fuerza decirlo, no eran ni Simonot, ni su padre, ni aun su madre, los que ella evocaba en el fondo de su corazon; habia en medio de su espanto una especie de vaga esperanza, y en la turbacion de su espíritu una luz, y en su angustia algo parecido á una sonrisa ó un consuelo.

Mirette tenia diez y seis años, y es á esta edad siempre cuando empiezan las novelas. Al través de aquella espantosa falange cerrada de fantasmas que asediaban á la pobre niña, sin que pueda yo explicar cómo, veía ella otra aparicion menos terrible; era una cabeza erguida y sonriente, noble, aunque tambien traviesilla, una cabeza, en fin, de paje tan apuesta, cual ninguna lo fué.

Bózo que apunta, mirar vivo é intrépido, cabellera negra de bucles impacientes y movedizos, talle esbelto, cogido en una casaca de terciopelo negro, gorrilla insolente, echada al lado y levantada á lo alto la punta de su rizada pluma.

Hé aquí lo que Mirette entrevia por entre los claros de la fantástica nube de endriagos que forjaba su imaginacion: ¿y quién podrá decir que aquella encantadora aparicion no tuviese alguna misteriosa relacion con la famosa sombra que Mirette habia apercibido por la ventana entre la oscuridad del follaje?

Habia temblado la cuitada al ver aquella sombra.

Mas hay muchas maneras de temblar, ó al menos muchas causas muy poco parecidas que producen ese efecto en las niñas de diez y seis años.

Y yo me atrevo á afirmar, conociendo

tan á fondo como conozco el carácter de la interesante Mirette, que sin esa segunda vision que la sonreía detrás de la lúgubre nube, la pobrecilla se habria muerto de miedo.

Porque la noche avanzaba, y con ella venian todos esos ruidos estraños, que no se saben explicar ni se pueden definir; el cementerio lloraba con quejumbrosos ayes; las ruinas amenazaban desplomarse, crugiendo con sordos crugidos, y Mirette estuvo á punto de desmayarse y quedar sin sentido cuando el reló de San Eustaquio anunció con metálica y vibrante voz las diez y cuarto.

Otra cosa fué cuando al través del monótono ruido de su torno creyó oír como un paso tímido que vacilaba sobre el pavimento del espacioso salon.

Se santiguó por de pronto, y temió que su última hora hubiese llegado.

—Buenas noches, señorita Mirette, dijo una voz balbuciente á su espalda.

Mirette soltó la rueca y se ocultó con sus dos manos la cara.

Aquella voz tímida y entrecortada estalló á sus oídos como la mas ruidosa de las charangas.

—Si me vuelvo, decia para sí, voy á echarme á la cara un gigante monstruoso descarnado, con uñas afiladas y largas como puñales, y ojos enormes, hundidos, sin pupilas.

—¡Oh, señorita! yo no venia con ánimo de asustaros de ese modo...

Una idea le ocurrió entonces á la asustada muchacha, idea que al pronto le pareció muy descabellada y audaz. Esta idea era la de si aquel gigante, que ella temia, no seria el simplon de Simonot.

Volvióse, pues, muy despacio, como si los músculos de su cuello fueran de vidrio quebradizo y temiera romperlos; miró al soslayo por entre sus manos combadas, y en seguida, poniéndose en pié de un salto, echó sus brazos al cuello de Simonot, estupefacto.

—¡Oh! mi pobre Simonot, cuánto me

alegre de verte, exclamó saltando de gozo.

El hijo del interesante Nicolás no se había visto en otra que se pareciese á esta ni á quinientas leguas, y así fué que su primer impulso al ver una acogida tan benévola y expansiva como desusada, fué el de retroceder; porque hay que acostumbrarse aun á la felicidad para que no coja de sorpresa ni nos haga mal. Mas ya que hubo tomado el gusto á la felicidad el bueno de Simonot, tomó una cierta actitud de desenfado y vivacidad al través de la que se distinguía una deleitosa fatuidad.

—Bien me figuraba que con esto os había de agrandar, señorita Mirette, la dijo tendiéndola el brazo por la cintura con insolita desenvoltura.

La Mirette se escurrió de entre sus dedos como una anguila, y Simonot volvió á quedarse de nuevo cortado y confuso.

La muchacha estaba á dos pasos de él, y le medía con su mirada de los pies á la cabeza, entre asombrada y disgustada por tan inconveniente osadía.

El buen Simonot había saltado de la cama en el traje sencillo y llano de un camarero de posada que se echa á dormir: se había puesto los calzoncillos por temor al frío de la noche sin duda, porque en su bonhomía no le ocurrió que sin ellos podría incurrir en una inconveniencia de marca mayor. En lo demás iba cubierto con una camisa de tela que había servido antes á la madre Pavot, y la cabeza poblada de espesos cabellos negros, la llevaba envuelta en una cofia, que como la camisola, debía á la munificencia de la posadera.

Mme. Pavot amaba al hijo del galante correo Nicolás, hasta el punto de hacerle único heredero de sus desechos.

Bajo tales atavíos y en traje tan llano, el buen Simonot presentaba una figura tan grotesca y tan original, que la Mirette no pudo menos de prorumpir en una homérica carcajada despues de un instante de contemplacion.

Simonot no la tradujo por burla, puesto que la dijo aproximándose á ella:

—Me felicito, señorita Mirette, de haber conseguido poneros de tan buen humor, porque hace un instante no me parece que estábais tan dispuesta á reir.

Mirette perdió en un instante su hilaridad y cubrió su frente un viso de palidez.

—Es verdad, murmuró, no estaba de humor para reirme.

—Naturalmente, tiene que estar triste el que está solo, replicó el mancebo. También estaba yo triste, y muy triste en mi cama á punto de serme imposible dormir... Y me he dicho á mí mismo... pues, que yo estoy pensando siempre en la señorita Mirette, ¿por qué la señorita Mirette no ha de estar pensando en mí?... Como yo me aburro y me fastidio aquí, ella debe aburrirse y estar fastidiada allí... Aprovecharé, pues, el momento en que su mamá duerme, y voy á hacer un rato la corte á quien sé yo muy bien que... perdonad si no sé explicarme con la claridad y propiedad que quisiera.

Hubo con este motivo un momento de risa y de expansion.

—¡Pobre Simonot! replicó la Mirette, no era en tí en quien pensaba, ni á cien leguas...

La alegría del pobre mezancon iba en aumento, porque su simplicidad no le había impedido llegar á entender que las mujeres no confiesan eso al primer tiron, y así lo dijo en tono sentencioso, y en seguida añadió:

—Estaba yo á vuestra espalda, y os he oído suspirar como yo suspiro... y eso ¿no es una prueba de que me quereis? confieso que no sé lo que me digo... Y sino, ¿por qué os mostrásteis tan contenta en cuanto que me visteis?

—No pensaba ni en tí ni en otros, te digo con toda formalidad: lisa y llanamente te confieso que me estaba muriendo de miedo.

—¿De veras? exclamó Simonot con aire alarmado.

—Y cuando se tiene mucho miedo, bien lo sabes tú. Simonot, la vista del primero que llega proporciona siempre una gran satisfacción.

Esto no podía pasar ya ni aun en el ánimo de Simonot, por un subterfugio femenino para ocultar sus sentimientos, y además, Simonot no estaba ya en su propósito de empresas amorosas.

—¿Y por qué tenéis miedo? preguntó con visible inquietud.

Al decir esto miró todo en torno con ojos de espanto mas marcado que el que pudieran espresar los de la misma Mirette.

—¿Se sabe, por ventura, qué es lo que se teme en tales casos? exclamó Mirette que evidentemente estaba en momentos de valor. Cuando se está así, sola, absolutamente sola, cerca del cementerio y osario de los Inocentes por un lado, y por otro de las ruinas de los Mercados de París, una mosca que vuela, el timbre de la campana que dá las horas, el viento que mueve las ramas...

—Segun eso ¿no habeis visto nada? dijo Simonot interrumpiendo bruscamente á su interlocutora.

—Gracias á Dios, es poca cosa lo que he visto; cuando aun estaba aquí mañana, ví, ó me pareció ver, una sombra como de un hombre que marchaba por entre la espesura.

—¡Un hombre!... repitió Simonot, abriendo sus ojos todo lo que podía.

En seguida, con voz alterada ya por el miedo, añadió:

—Mirad no fuese algun endriago, señorita Mirette.

La encantadora niña aun ensayó una sonrisa, mas se sintió sin fuerzas para ello considerando que era Simonot tan mal auxiliar contra el miedo como para los quehaceres del servicio.

El mancebo dió dos pasos á retaguardia, á fin de poner á Mirette entre la ventana y él.

—Pues qué, ¿no sabeis lo que se dice?...

Bocanegra ha andado por nuestro barrio todas estas noches.

—¿Cómo! ¿crees tú tambien, Simonot, en la existencia del tal Bocanegra? le preguntó Mirette bajando la voz.

—Que si creo en el gran Bocanegra... exclamó el meticuloso mancebo. ¿Y quién sino se ha comido al niño de la Luisita, que era tan bonito y estaba tan gordito?... ¿Quién se ha llevado á la tumba al señor Antonio de Graves, caballero ilustre, señor de Pontoux? ¿Quién ha quitado la cruz de oro que estaba en el campanario de la santa capilla? ¿Quién si no él se mete en las habitaciones que imprudentemente se dejan abiertas?

Y al llegar aquí, se cortó su palabra para continuar con un aire y tono que revelaban un estado indescriptible de terror.

—Como esta... señorita Mirette.

—Como esta... repitió la Mirette.

Ya sin saber cómo se hallaba al estrecho del salón, bajo la csealera que conducía á la habitacion de Blanca de Armagnac. Todo el valor que la vista de un hombre la infundiera se había desvanecido, y el buen Simonot tenia diez veces mas miedo que ella.

El miedo, por su índole, es contagioso; y la compañía del pacato Simonot, en vez de aliviar á la pobre Mirette, aumentaba en lo sucesivo su terror.

—No hablemos de eso... murmuró.

—¡Oh! dijo Simonot, díra mi salario de un mes por encontrarme cerrado en mi cuarto. ¿Pero quién atraviesa ahora ese corredor tan largo á oscuras?

—Escuchad, dijo interrumpiéndole; se había puesto mas descolorida que un papel. ¿El qué? preguntó Mariette aparentando confianza.

—¿No habeis oído?... era algo parecido al ruido que hace un hombre que agoniza.

—¡Oh, desventurado de mí! juro por el santo de mi nombre no volver á dejar mi cama por nada del mundo.

Mirette escuchaba con las dos manos

estendidas y la cabeza inclinada hacia adelante.

—¡Escuchad!... dijo ella á su vez.

Simonot se llevó ambas manos á los oídos.

—¿Habeis oido algo? balbuceó en seguida con espanto.

—Me ha parecido que alguno andaba por allí, dijo señalando hacia el bosquecillo.

Simonot no estaba en disposición de oír lo que decía la Mirette, porque con sus manos apretaba los oídos, á punto de hacer estallar los tímpanos; pero lo que presumía era diez mil veces mas horrible que la realidad misma. Su voz se ahogaba entre sus labios húmedos y descoloridos, y sus dientes tiritaban convulsivamente, mientras que balbuceaba de una manera ininteligible.

—Ha entrado el otro día en casa de maese Chocard, el sastre, así... por las ventanas... Ha dejado por muerto al aprendiz sobre el pavimento; al aprendiz, que era de mi edad... Ha agujereado con sus uñas el pecho de la hija del maestro, y la ha sorbido hasta la última gota de su sangre.

—¡Se marcha! se marcha... sí, estoy segura de ello, exclamó Mirette, que se sentía desfallecer.

Como viese que Simonot no la oía, agarró sus dos brazos, y de un fuerte tirón, le quitó las manos de los oídos.

—Escucha, le dijo con un resto de energía... tú eres hombre... ayúdame; no nos queda quizás otro medio de salvación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el espantado mozo vertiendo un mar de lágrimas... Cuando uno trata de defenderse de él, hace sufrir mil muertes... cuando alguno no se mueve, suele á veces contentarse con romperle los brazos y las piernas; yo prefiero no moverme.

Mirette le sacudió, empujándole con todas sus fuerzas; se oían realmente pasos de la parte de afuera.

—¡Harás lo que yo! exclamó la niña con

voz imperiosa; mientras yo cierro una ventana tú cierras la otra.

Simonot levantó las manos al cielo en ademán suplicante, mas la Mirette le arrastró con el vigor y la decisión de un hombre.

—¡Ah! si la hora de la muerte ha llegado, perdóneme Dios mis pecados, decía el pobre muchacho, mas muerto que vivo... mas encargáos vos, Mirette, siquiera de la ventana que da al cementerio.

Mirette no respondió; le empujó hacia la ventana que miraba á los Mercados, y se dirigió resueltamente hacia la que caía al Cementerio.

III.

JUAN MORENO Y JUAN RUBIO.

Era el puesto de honor y de peligro el que la Mirette había escogido para sí; era por aquella ventana por donde había visto la sombra que se movía entre los árboles y matas del bosquecillo, y por allí era por donde se sentía el ruido de pasos que traía el viento glacial del cementerio.

El pobre corazoncillo de la Mirette latía con ímpetu; y en cuanto á Simonot, seguros estamos de que ningún poder humano le hubiera podido obligar á arros-trar los peligros de aquella terrible brecha; era ya demasiado para él acercarse á la otra.

Cuando Mirette le soltó el brazo, empezó á marchar pausadamente mirando á cada instante atrás, como si temiese que por la espalda le hubiera de sorprender la terrible mano del enariago. A medida que la distancia que le separaba de la Mirette iba haciéndose mayor, sentía que le iban

faltando las fuerzas, y á punto estuvo mas de una vez de empezar á gritar, pidiendo socorro.

—Date prisa, mostre con, le dijo la valerosa joven, pugnando ya por terminar la peligrosa operación que se había propuesto; despáchate, digo, porque esta contraventana es demasiado pesada para mí, y no puedo cerrarla.

Simonot cogió con precaución la cuerda que hacía girar la ventana, y en seguida retiró la mano, como si la cuerda le hubiese quemado los dedos hasta los huesos.

Iba á emprender de nuevo la operación, cuando una bocanada de viento se engolfó en el derramo de la abertura, é hizo con-móver y sonar las vidrieras.

Al mismo tiempo saltó un hombre por el antepecho, y Simonot creyó, por su parte, que era el torbellino que le había arrebatado.

—¡Oh! ¡Bocanegra! exclamó dando un grito epiléptico, y cerrando los ojos con toda la fuerza de sus párpados, por no ver el vestiglo.

En esta actitud, ciego y turbado, se lanza por huir, echando á rodar mesas, taburetes y bancos hacia donde estaba la Mirette, á quien consideraba como su único auxilio.

Vió entonces en pié sobre el antepecho otro hombre, otro Bocanegra, algo de tan prodigioso y estupendo, que él mismo no sabía cómo no había quedado muerto de espanto.

—¡Ah, sehorite Juan! exclamó la dulce voz de Mirette.

Mas Simonot no pudo oírlo, porque el segundo Bocanegra saltó á piés juntos dentro del salón, apoyando ambas manos en la espalda de Simonot para disminuir en otro tanto la altura de la caída.

Simonot quedó petrificado y tendido cuan largo era. Mirette estaba recostada contra la ventana, llena de emoción y con los ojos bajos.

Mas aquí empieza otra historia: los endriagos que habían entrado á la par cada

uno por su ventana, se vieron repentinamente, y desenvainaron al mismo tiempo dos espadas que á Simonot le parecieron de mas de dos varas.

Se embistieron uno á otro con furor, sin mas esplicaciones ni preámbulos, y comenzaron á tirarse estocadas y mandobles como dos furiosos.

Si el hijo del malogrado correo Nicolás se hubiese encontrado en estado de filosofar, hubiera deducido, en consecuencia, que dos endriagos no pueden encontrarse á gusto ni sin reñir, al menos en la sala baja de una posada.

Pero el desdichado tenía tres cuartas partes de muerte, y solo oía confusamente el crugido de los aceros que chocaban, cosido al suelo boca abajo, tin poder apenas resollar.

La Mirette, al primer golpe de las espadas cruzadas, había echado á correr, pidiendo á gritos auxilio.

Los dos vestiglos peleaban en tanto como furiosos, y Dios sabe que aprovechaban el tiempo bien; porque los golpes llovían como el granizo, y con tan buena intención, que en menos de un minuto estuvieron hechos girones sus casacas y capillas.

La Mirette conocía, por lo menos, á uno de aquellos dos vestiglos, á quien había llamado señorito Juan, como si fuera un cristiano. Y aun añadiremos, que al cruzar la sala para ir á pedir auxilio, la picaruela se había vuelto á mirar mas de una vez, como si temiese por la vida de uno de los dos combatientes.

El enigma irá apareciendo menos oscuro cuando se sepa que los dos endriagos que habían puesto al pobre Simonot en tan triste situación, eran, ni mas ni menos, que dos lindos jóvenes, el mayor de los cuales no podía pasar de veinte años.

Mejor diríamos de muchachos, porque apenas sombreaba su labio superior un bozo sedoso y luciente, que con el tiempo podría hacerse bigote formal.

Uno de ellos se parecía mucho á la encantadora visión de Mirette; era aquel ros-

tro de paje atrevido y resuelto que sonreía bajo los bucles de sus cabellos de ébano.

¿Por qué sonreían los dos interesantes maucebos al tirarse estocadas capaces de agujerear una armadura del mejor templado acero? No cubrían su pecho sino paño ó terciopelo, y al ver los golpes que se asestaban, se hubiera dicho que necesitaban romper el escudo de Ajax, el hijo de Telamon, forrado con siete pieles de oro.

El rostro del otro combatiente era un poco mas grave, mas dulce y mas noble. Cuando tiró lejos de sí la gorrilla que le ubría y sacudió la cabeza, como un león en el primer asalto, los bucles ensortijados de una cabellera rubia, sedosa y lucente como la de una mujer, inundaron sus espaldas.

Pero no era una mujer, porque había jurado como un veterano al presentar la punta de su enorme espada al rostro de su contrincante.

Preciso era que el símplon de Simonot estuviese muy alucinado por el miedo para haber confundido aquellos dos querubines radiantes de belleza y de juventud, con dos asquerosos endriagos.

Lástima era también que su combate no tuviese testigos que pudieran apreciar su mérito, porque se presentaban encantadores y soberbios, blandiendo sus armas, como héroes familiarizados con los combates.

Se los hubiera visto saltar de un lado á otro del salón enorme de la *Urraca*, cargando, avanzando, retrocediendo, dando y quitando golpes, para volverse á cargar, embestir, defender y atacar, lijeros, vigorosos y erguidos. Sus espadas describian anchos círculos de fuego á la luz de la lámpara que los alumbraba; y si no se habían rajado ya de arriba á abajo veinte veces en los diez minutos de combate, es porque hay un Dios que protege á los jóvenes atrevidos que esponen así su vida en el juego horrible de los combates.

Al cabo de los diez minutos, ya empezaban á mostrarse agitados y las toscas

espadas á hacerse pesadas á sus brazos juveniles: el sudor brillaba ya en sus frentes descuidadas y tranquilas, y la respiración de ambos era mas acelerada.

—¡Hola! ¡hola! dijo el pajecillo de los ojos negros, manejaís, camarada, ese espada como un arcángel.

—¡No mejor que vos, á lo que veo, mi valiente contrario! respondió el de los cabellos rubios,

—¡Cuidado! exclamó el primero, porque vais á tropezar en ese mostrencó que yace ahí tendido por el suelo.

El consejo podía ser caritativo, pero llegaba ya un poco tarde; el hermoso joven de la rubia cabellera había ido cejando al ataque de su contrario, y su pié izquierdo se había travado en los pliegues del enorme camison de la madre Pavot, demasiado ancho para el hijo del buen Nicolás.

Vaciló y echó una rodilla á tierra para no caer de espaldas.

El otro, aprovechándose de la ocasión, avanzó un paso y le presentó la punta de la espada en la gola.

Mas en lugar de huir, mostró en su franca sonrisa toda su hermosa carrera de dientes alabastrinos, y le dijo:

—Compañero, os ofrezco el desquite si es vuestro gusto.

Las cejas del interesante joven de los cabellos rubios, se frunciéron ligeramente.

—Sea como gustéis, replicó.

Apartó de un quite la espada, que continuaba siempre amenazando su garganta, y levantándose ligero como un rayo, cargó sobre el paje, que cejó á su vez, y un momento despues yacia boca arriba al lado de su espada, que había saltado de su mano á alguna distancia.

—Ahora, amigo mio, soy yo quien os ofrece el desquite, le dijo el de los cabellos rubios á su adversario desarmado, haciéndole una graciosa cortesía.

El paje se levantó un poco confuso, no estaba de muy buen humor que digamos, sin saber si había de reirse ó incomodarse.

Los dos jóvenes quedaron de este modo suspensos por un instante; uno frente á otro.

—¿Será posible, mi buen camarada, que me tengáis rencor? dijo el vendedor sonriendo... Me habeis vencido en el primer asalto, y yo os he vencido en el segundo... Si pasamos al tercero, será solo porque vos queráis.

Sus miradas francas y leales se cruzaron, y aunque no se habían visto hasta entonces, era evidente que iba y venia de uno á otro una corriente abundosa de simpatía.

—En verdad, amigo mio, dijo el paje tendiendo el primero la desarmada mano, que tiempo tendremos para empezar si fuese preciso.

El hermoso joven de la rubia cabellera tomó la mano que se le ofrecía, y la estrechó con cordialidad.

La aturdida Mirette, que estaba detrás de la entornada puerta, pálida y conteniendo la respiración, exhaló un profundo suspiro, dando gracias á Dios de lo íntimo de su corazón, por el felicísimo desenlace de tan reñida pelea.

—Un poco ligeros hemos andado para echar mano de las espadas, dijo el paje, y no me ocurrió al pronto preguntaros una cosa, de que pende la conclusion de nuestra contienda. ¿Tendreis la bondad de decirme por quién venís aquí?

Un tinte sonrosado vino á colorear las blancas mejillas del joven de los cabellos rubios.

—¿Y eso qué os importa? respondió con sombría fiereza.

—Será preciso entonces que apelemos por tercera vez á la suerte, dijo el paje recogiendo tristemente su espada.

Mirette, un momento antes tan gozosa, empezó á temblar de nuevo de piés á cabeza. La pobre criatura había permanecido allí, detenida por esa curiosidad picante que oprime el corazón y encadena los piés.

La pelea había empezado nuevamente con tanto ardor por una y otra parte, que

la voz de Mirette había quedado pegada á su garganta despues del primer grito. No se había movido del sitio en que estaba, y había séguido anhelosa y fascinada los círculos flamantes que describian las mortíferas armas. Mas ahora estaba bastante repuesta para despertar, si era preciso, á toda la posada, á fin de que aquel espantoso combate cesara de una vez.

El paje había cejado un paso, y puesto de nuevo en guardia. Esta vez no se sonreía.

—No es una vana curiosidad, amigo mio, la que me ha movido á dirigiros esa pregunta, dijo con tono sério y grave; solo que quizás no he acertado á formularla con bastante claridad ó en términos convenientes, y voy á ver si soy esta vez mas afortunado. Vuestros sécretos os pertencen, y yo los respeto; como los míos son míos, y así solo os pregunto, ¿si es por esa joven que estaba aquí ahora por la que habeis penetrado en esta posada de la manera que lo habeis hecho?

La Mirette, al oír esto, llevó ambas manos á su corazón:

—¿Y he sido yo la causa de esta contienda? se dijo con los ojos preñados de lágrimas. ¡Por mi aventuraba su vida de este modo!

No oyó siquiera la respuesta del hermoso joven de los cabellos rubios, que replicaba con un acento lleno de franqueza:

—No, amigo mio, no es por esa bella joven que estaba aquí por quien he venido yo á esta posada.

El rostro del paje se iluminó con un rayo de alegría; envainó en seguida su espada con marcialidad, y en seguida se precipitó en los brazos de su antes rufo adversario.

—¡Ah! creed, añadió, que tengo en ello mas satisfacción que si en este acto me encontrara con un despacho de capitán de parte de la princesa regente... Por mi santo patron, mi querido camarada, que hemos de ser dos amigos inseparables, si quereis dispensarme ese honor.

Y sin esperar siquiera la respuesta, se dirigió hacia la mesa mas inmediata donde habia quedado, por descuido de Simonot, un jarro, con que empezó á golpear, hasta que quedó mas abollado que el viejo morrion de un soldado.

—¡Vino aquí! gritaba el paje, ¡qué están muertos todos en esta casa, cuerpo de Satanás! ¡vino!... ¡qué traigan vino aquí!...

Mirette habia cerrado la puerta, y no creyó prudente salir ella á servir.

Simonot continuaba haciéndose el muerto, con la cara pegada á los ladrillos.

—Es preciso que bebamos juntos, continuaba el paje golpeando al mismo tiempo con el jarro de laton, hasta que lo dejó hecho una plasta; quiero que sepais mi historia, y que vos me refirais la vuestra... ¡Posadero! ¡patronal! ¡voto á Cribas! ¡pronto aquí vino! ¡vino!

—¡Pues qué no podriamos conversar sin beber?... preguntó el gallardo jóven de los rubios cabellos.

—¡Oh! eso no, de ninguna manera lo consiento.

—¡Hola! tú, mandria, repuso dirigiéndose á Simonot; ¿no valdrás si no para hacer tropezar á los caballeros que defienden lealmente su vida? ¡Arriba, villano! ¡A ver si traes aquí vino... pronto!

Simonot no se movió.

El paje se adelanta hacia él, y le aplicó un sendo espaldarazo por bajo de los riñones.

El hijo del buen correo Nicolás saltó como una trucha, dando ahullidos espantosos.

—¡Arriba! te digo, repitió el paje.

Simonot obedeció entonces: la presencia de los dos jóvenes que vió al levantarse, le animó un poco, y se puso á mirar todo en torno, no sin temblar como un azogado.

—¿Dónde se han ido? balbuceó el cuidado.

—¿Quiénes? preguntó el paje.

Simonot recorrió por última vez con

su vista toda la sala, fijándose particularmente bajo las mesas, para asegurarse de que no estaban por allí los objetos que tanto terror le habian infundido.

—¿Quiénes? preguntó él á su vez, como para contestarse á sí mismo; los dos endriagos que se introdujeron por las ventanas.

El paje soltó una carcajada ruidosa, porque se habia figurado desde el principio lo que pasaba en la imaginacion de aquel mentecato.

—Este caballero, le dijo, ha matado al uno y yo al otro.

Simonot abrió los ojos con expresion de espanto y de admiracion á la par, y miraba nuevamente bajo las mesas.

—¿Es de veras? murmuró, yo he oido, no hay duda, ruido de armas, como si peleáran dos escuadrones de armados. ¿Pero dónde están sus cuerpos?

—¡Majadero! ¿ignoras acaso que los endriagos no tienen cuerpo? Cuando se los mata, vuelan par el cañon de la chimenea. Con que así, no tengas miedo, mostrenco, y tráenos pronto del mejor vino de la cueva.

Y al decir esto, le dió un empujon, que le hizo dar, mal de su grado, mas de un tras pié.

Simonot, bajando á la cueva, iba refunfuñando, y decia:

—Tiene razon, soy un bestia. Los endriagos no tienen cuerpo.

—Pero lo que puedo decir tambien, añadió estremeciéndose, es que sentí perfectamente sus manos sobre mis espaldas cuando cayó y me derribó al suelo como si se hubiera desplomado encima de mí la torre de San Eustaquio.

Unos momentos despues volvió con un jarro lleno de vino y dos tazas mas que regulares, que dejó sobre la mesa.

Nuestros dos esforzados campeones estaban sentados uno frente de otro, y conversaban en la mejor amistad del mundo.

—A vuestra salud, señorito Juan, pues

que así os llamais tambien, decia el paje.

—¡Señorito Juan, á la vuestral respondió su interesanse interlocutor llevándose a taza á los labios.

—¿Cuál es vuestro apellido? preguntó el primero.

—Lo ignoro absolutamente; ¡y el vuestro?

—Me encuentro en el mismo caso que vos respecto á eso. El señor de Graville, á quien sirvo, me ha hecho inscribir en la lista de sus compañías con el nombre de Juan Rolánd. Mas ese es un nombre propio añadido al de pila, y no respondo si no á los que me llaman Juan á secas.

—Pues, en ese caso, nos veremos embarrullados muchas veces, camarada. Yo os llamaré Juan, y Juan me llamareis vos á mí, y el diablo se divertirá á cuenta de eso con ambos.

—Podemos, sin embargo, arreglar ese punto muy bien, repuso el paje; yo tengo el pelo negro como el carbon, y seré *Juan Moreno*... tú le tienes dorado como un Apolo, y serás *Juan Rubio*.

—Justamente. Es esa una idea feliz, dijo Juan Rubio riendo de todo corazón; es negocio convenido.

—Y bebamos, añadió *Juan Moreno*, en forma de *conclusion*.

Y diciendo esto, vació de un solo trago, y en un santiamen, la anchurosa taza, mientras que su compañero bobia parca y pausadamente pequeños sorbos.

Hay que repetirlo: eran dos muchachos encantadores, que se presentaban doblemente interesantes uno al lado del otro, por el contraste que hacia resaltar mas y mas sus gracias. Juan Moreno habia vivido mas y quizás mas felizmente; habia visto el mundo, y sus labios habian gustado en edad temprana el fruto del árbol misterioso que perdió á nuestros primeros padres. Era un jóven precoz, criado entre esa gente corrompida, apasionada, pendenciera, que poblaba las casas de los opulentos magnates; sabia de todo, pero, por fortuna su-

ya, creia tambien un poco en todo, y su corazón resistia á las burlas del escepticismo, que queria enseñorearse en su alma.

De todo esto habia indicios en su rostro despejado, atrevido hasta rayar en el descaro: burlon, pero franco: travieso, pero bueno.

Era de madera propia para soldado. Lo que hubiese de ser á vuelta de doce á quince años, nadie es capaz de decirlo; pero por el momento se puede asegurar que era el paje mas amable que haya podido figurarse una imaginacion feudal.

Juan Rubio era mas grave, mas reservado, menos entendido en las cosas que todo el mundo sabe, ó cree saber. Se hubiera dicho á veces que salia de un cláustro, y mejor aun de la celda de un ermitaño. Tenia la sencillez y naturalidad de un niño, que jamás ha pisado las calles de una ciudad. A menudo su frente se mostraba como pensativa y sombreada por esas nubes que hacen creer en la predestinacion: su mirar no era provocativo, ni menos aturdido y ligero como el de su camarada; pero cuando levantaba sus párpados bajo una impresion de sorpresa ó de indignacion, habia en su pupila el orgullo severo del hijo de un rey.

Pobre Juan Rubio: sus hermosos bucles dorados como los del sol flotaban sobre una capotilla de paño liso, bastante ordinario y raído: el pomo de su espada era de hierro pelado, y se veia perfectamente la urdimbre al través del vello de su gorra de terciopelo.

Neccitaba toda la elegancia de su talle y maneras, y el aire distinguido de su fisonomía para realzar un poco la humildad de su traje.

Juan Moreno iba vestido con la mayor elegancia, y si su casaca de terciopelo verde blanqueaba un poco hacia los codos, es porque se frotaba con mucha frecuencia en las mesas de las tabernas.

Cuando hubo bebido, tendió la mano á Juan Rubio, que la estrechó rudamente.

—¡Oh qué hermosísima, qué blanca y

—Si tal; y que es hermosa, noble y santa cual puede serlo mujer...

—Así me gusta, dijo el paje cogiéndole ambas manos con una emoción que no le era habitual. Así es como se habla de una madre... ¡vive Dios! y por eso os amo desde ahora mucho más, mi querido amigo Juan. Seguid, si os place.

—Desde la edad á que mis recuerdos alcanzan distintamente, prosiguió el interesante jóven, mi existencia toda ha pasado en esa soledad... Se me estaba diciendo á todas horas:—No te apartes nunca de nosotros, hijo querido! ¡tienes muchos enemigos! en ese tono en que se dice á los niños, ¡Si no eres bueno vendrá el lobo y te comerá!... Así es que apenas salía de la choza donde nuestro amigo me enseñaba á leer, á escribir y á rezar.

—Y á otra cosa por lo que he visto, dijo el paje tocando con el dedo el pomo del espadon de su compañero, que levantaba sobre la mesa cerca de una cuarta.

El gracioso mancebo, cuyo semblante habia tomado una espresion de melancolía, se echó á reir con buen ánimo al oír tal observacion.

—¡Buen Dios! exclamó mi pobre amigo, ¡profesor de esgrima!... ¡Ah! no: el infeliz no sabe más que hojear sus roídos mamotretos y buscar con la ayuda de Dios el medio de transformar el plomo en oro.

—¡Calla!... con que es un investigado de la piedra filosofal...

—Es un buen cristiano, que tiene sus ilusiones como vos y como yo, camarada. En cuanto á esto, prosiguió tocando á su espada, lo he aprendido de contrabando... Nuestro pobre amigo y mi excelente madre ignoran aun que yo haya tomado en las manos un estoque:—Como á dos leguas de la casuca en que vivíamos, no lejos de la falda del bosque, habia un magnífico castillo. Era aun niño cuando encontré en una de mis escapatorias á un soldado armado de pies á cabeza que me hizo montar en su caballo, y que me dijo que me parecía mucho á un niño á quien él habia querido de todo corazón... Le rogué entonces que

me enseñara á manejar las armas como hacen los caballeros; y desde entonces, mi buen soldado venia dos dias á la semana á cierto escampado, donde ya no me volverá á ver á lo que entiendo, y me daba lecciones como valiente y diestro soldado que es.

—A fé que sí, exclamó Juan Moreno; porque yo que soy el discípulo favorito y más aventajado de un hombre que no te me en este mundo más que el bote reservado, infernal, napolitano de mi patron Vicente Tarquino... yo, que soy el primer discípulo de Geromo Ripaille.

Juan Rubio se puso en pié de un salto.

—¿De Jeromo Ripaille habeis dicho, compañero?... Vaya, ¡parece un cuento lo que á los dos nos pasa. Geromo Ripaille es el nombre de mi amigo y maestro de armas.

La taza que en este momento llevaba el paje á los labios, quedó á la mitad del camino.

—¡Calla! exclamó, ¿á que vuestra misteriosa cabaña estaba en el condado de la Marche?

—Junto á las riberas del Creuse, respondió el interesante mancebo.

—¿Y el noble castillo de que hablais?

—El de Benevent, donde residia el señor Olivier de Graville, conde de la Marche.

—Y donde tambien se dignaba habitar, añadió el paje, el alto y poderoso señor Juan Roland ó Juan Moreno, paje de la señora de Armagnac.

Juan Rubio volvió la cabeza al oír este nombre para ocultar la palidez súbita de su rostro.

Pero Juan Moreno tenia muy buenos ojos.

—Con que es decir que hemos vivido una porcion de años juntos, uno al lado de otro, como quien dice, para venir á encontrarnos de hocicos en la posada de la madre Pavot... ¡vaya, que esto es muy singular!

Al hablar así, estaba como pensati-

vo, y miraba á su interlocutor de rabo de ojo.

—Y entre los que habitaban el castillo de Benevent, ¿no conociais más que á Geromo Ripaille?

—Absolutamente á nadie más.

—Pues se me figura, dijo el paje, se me figura, ahora que pienso en ello, que he visto una casaca de paño pardo parecida á la vuestra escurrirse por entre la espesura cuando pasaba la cacería, á riesgo de hacerse agujerocar por un venablo... y aunque fuese fácil cchar un remiendillo en la casaca, compañero, no lo era tanto el componer la piel.

—¿Y por qué no lo he oído decir?... ¿no os he referido ya que mi pobre cabeza está llena toda de grandes recuerdos y de mayores aspiraciones?... ¡Ay! en cuanto llegaba á mis oídos los ecos de los clarines, abandonaba el pobre techo que nos cobijaba é iba por veredas y vericuetos con el corazón oprimido y la frente abrasada; buscaba á la divertida tropa, y cuando la veía, aumentaba mi desesperacion... Me parecían tan dichosos todos aquellos caballeros, y aquellas cazadoras eran tan hermosas, tan interesantes, y se ostentaban tan satisfechas!... Sí, sí; yo me ocultaba en la espesura para ver pasar toda aquella gente... Miraba, y mis sienes y mi corazón latían, y cuando por la noche volvía al solitario albergue, donde encontraba á mi buena madre alarmada; la buena señora me decia: ¿qué te ha pasado Juan? ¿donde has estado, que te han hecho Horár?

—Un dia... empezó á decir con el énfasis de quien va á hacer una gran confianza. Mas se interrumpió, y sus ojos se fijaron en el suelo.

—¿Qué sucedió ese dia?... preguntó el paje.

El jóven de los cabellos rubios permaneció mudo.

—Seré yo entonces quien continúe la relacion, dijo Juan Moreno... Pues aquel dia, mi amado compañero estaba más triste y más preocupado que de costumbre...

porque hay dias así que Dios proporcione á los jovencuelos que van á enamorarse...

Juan Rubio escuchaba en la actitud que hemos indicado, es decir, con la cabeza baja y la frente cubierta de un soprosado tímido y púdico.

—¡Hijo mio! exclamó el paje, no vale ocultarse en el fondo de los bosques, porque la hora llega lo mismo bajo las copas de los árboles gigantescos, y en el recinto de las cabañas humildes, que entre los muros dobles de los castillos más fuertes y los artesonados espléndidos de los regios alcázares. Pues aquel dia, amigo mio, Juan Rubio suspiraba dulcemente sin saber por qué. El eco del clarín le despertaba... y vió pasar como en un sueño agradable aquellas cazadoras tan hermosas y tan satisfechas, que arrastraba en sus alas el torbellino de la diversion... Mi amigo Juan Rubio quedó loco perdido... y algunos dias después, quizás algunas semanas, ese Juan Rubio huía de la pobre choza donde su madre le llora, y venia á París, siguiendo de lejos los pasos de una de aquellas hermosas cazadoras.

Todo esto lo decia el travieso paje en un tono y con maneras imposibles de traducir, en que la emoción iba confundida con la jovialidad, y bajo la chunga burlona de sus palabras, envuelta una esquisita sensibilidad.

Era todo un muchacho sensible y de corazón de oro aquel travieso Juan Moreno.

Y era además adivino, porque el pobre Juan Rubio horaba á lágrima viva oyendo recitar su propia historia.

—¡Madre mia! ¡mi buena madre! murmuraba enjugándose lágrimas con el dorso de la mano.

Más en seguida, frunciendo el entrecejo, preguntó: ¿Quién os ha dicho eso?

—Mi dedo miñique, respondió Juan Moreno, y luego un poco de filosofía que he aprendido de aquí y de allí andando por el mundo. Me habeis dicho que no habeis entrado aquí por Mirette, y vos sois incapaz de mentir; en esta casa no hay más

que Mirette, su madre y las cazadoras de la selva de Benevent. Ya veis, no siendo la linda Mirette; había que escoger entre la madre Pavot y las hermosas cazadoras... Y ya he visto, compañero, que aunque selvático, tenéis muy buen gusto para que pudiera dudar.

—¡Oh! estáis, por lo que veo, en todo mi secreto, murmuró; y sin embargo, yo no os lo he confiado... Habéis adivinado hasta dónde llega mi locura. Vos sabéis, y Dios solo sabe quien puede haberos revelado ese misterio; vos sabéis, digo, que yo, el pobre, desgraciado, sin fortuna y sin nombre, amo, y con amor irresistible e insensato, a madama Blanca de Armagnac, heredera del ducado de Nemours y prima del rey nuestro señor.

Juan Moreno estuvo á punto de caer de espaldas; dejó sobre la mesa la taza llena de que estaba para beber un trago, y se puso en pie.

—No á fé, os lo juro por mi nombre, amigo, exclamó dejando caer sus brazos al costado... Muera sin confesión ahora mismo, si yo había adivinado ni aun pasándoseme por la imaginación siquiera semejante cosa.

La confusión del interesante manco de la cabellera rubia iba en aumento, y miraba á su camarada con aire de recelo, y ya de enojo.

—Por lo que hace á vuestro secreto, repuso el paje llevándose la mano al corazón con energía; está aquí, y de aquí no saldrá; yo os lo aseguro á fé de soldado. Pero ¡Dios nos asista! ¿Ignoras acaso que Blanca de Armagnac, mi nobilísima señora, es la prometida esposa del señor conde de la Marche?

—¿Lo habia oido, respondió Juan Rubio con aire abatido.

—Que el conde de la Marche la ama como un loco; y que aun cuando no la ama, se casaría con ella porque es ambicioso y quiere, á toda costa, ser duque de Nemours.

—¿Madama Blanca, murmuró el joven, ¿le ama?

—¡Oh! mi pobre Juan, mi desventurado amigo, exclamó el paje con acento de verdadera pesar; ¿qué os importa eso? Yo os creía lisa y llanamente enamorado de alguna de las damas de su comitiva, y aun eso me parecía mucho atrevimiento. ¡No os incomodeis! en nombre de Dios os lo pido, amigo mio, ni echéis mano á vuestra espada! Como os hablo á vos, hablaría á un hermano que se encontrara en vuestro caso.

En esto se levantó de la mesa, y fue á colocarse al lado de su interlocutor.

—Escuchad, continuó de ese modo es como se va pasando y aun consumiendo la vida. Yo no puedo deciros por qué os tengo ya un cariño entrañable. Juan, mi desgraciado Juan. Mas si para traeros á la razón hay que daros algunos espaldarazos, ó que recibirlas de vos, por el santo de mi nombre os digo, que estoy dispuesto desde luego.

Habia en esta amenaza un acento de afecto tan fraternal, que el hermoso joven de los cabellos rubios le miró con ojos preñados de lágrimas y la sonrisa en los labios.

—Pues qué, ¿será imposible? preguntó.

—Decidme que queréis coger la luna con las manos, replicó el paje, y yo os ayudaré del modo que pueda... Mas no os empeñéis en amar á Blanca de Armagnac, ó tomemos en seguida el camino del río para ceharos en él de cabeza con una piedra al cuello.

—Mas si yo fuera noble tambien, tan noble como ella, y si el porvenir me hiciera tan poderoso, exclamó Juan Rubio, cuyos ojos brillaron de repente con un fulgor singular; ¿seria entonces imposible?

—No os entiendo, contestó el paje.

Entonces empezó á desabrocharse apresuradamente la solapa de su raída casaca, y mientras sus trémulas manos se enrollaban en las agujetas de sus vestiduras, Juan Moreno se arrojó de hombros y refulguraba:

—Por fuerza me habeis hechizado, ami-

go mio, puesto que voy tomando por lo serio vuestra locura. ¿Es acaso algun talisman el que vais á descubrir á mis ojos fascinados?

Juan Rubio cortó la última lazada con la hoja de su puñal, y entreabrió su camisa con un gesto violento.

El paje pudo ver en su pecho descubierto, precisamente sobre el corazón, un escudo dibujado con limpieza, con todas sus piezas y sus esmaltes. Su rostro tomó una expresión de curiosidad y de asombro, y acercó la lámpara para mirar mas de cerca y mejor.

El hermoso joven de la cabellera rubia estaba satisfecho de la impresión que había causado á su compañero; sus ojos brillaban con expresión de triunfo.

—De plata con leon de gulas, murmuró el paje.

Y en seguida añadió apoyando su frente en la mano:

—¡Es extraño! ¡muy extraño! por vida mia.

—Ahora bien, ¿qué decís de esto, compañero? Hé aquí la señal que se ha grabado en mi pecho cuando era niño. Mi madre no ha querido nunca darme la explicación de esto. Pero nuestro amigo, que es un hombre sencillo y fácil de adivinar, ha dejado escapar algunas palabras que descubrieron á mis ojos todo un mundo.

Juan Moreno recapacitaba y repetía: ¡Es extraño! ¡muy extraño!

Por de pronto, el gallardo manco creyó que había ganado la batalla y se decía: Esto le hace pensar, y va á cambiar de parecer.

—Y bien, compañero, le preguntó por segunda vez, ¿qué decís de esto?

—Digo que es muy extraño, repuso. Digo que muchas gentes verian en esto un milagro ó una brujería. Digo que hay entre nosotros un lazo misterioso que el tiempo aclarará tal vez.

Juan Rubio escuchaba con todos sus sentidos; pero cada una de estas respuestas se presentaba á su imaginación como un enigma.

—Digo, por último, continuó Juan Moreno, que si no tenéis otro motivo ó razón para esperar, que me atengo é insisto en lo del río y de la piedra al cuello.

Esto diciendo, desabrochaba apresuradamente su casaca de terciopelo, y en menos tiempo que el que necesitamos para decirlo, entreabrió su camisa y descubrió su pecho.

Juan Rubio miró; dió un grito, y quedó estupefacto.

En el pecho de Juan Moreno, justamente sobre el corazón, había un escudo esmeradamente dibujado, con todas sus piezas y sus esmaltes. Este escudo, enteramente igual al que exaltaba las esperanzas romancescas de nuestro joven, tenía tambien campo de plata y el leon rapante de gulas.

Juan Moreno continuaba sentado á la mesa pensativo y triste delante de su taza llena—Juan Rubio se paseaba aceleradamente á lo largo de la sala espaciosa de la Urraca.

—Sí; tenéis mucha razón, decía en un estado de violenta agitación; me habeis probado con toda evidencia que mis esperanzas no tienen el menor viso de fundamento, que mis sueños son elucubraciones de una cabeza enferma... todo eso es imposible... imposible... Entre ella y yo háy un abismo que nos separa... Ella es grande... poderosa... es una princesa. Yo soy pobre, débil, que no conozco ni aun el nombre de mi padre.

Se detuvo delante de Juan Moreno, y se cruzó de brazos con despecho.

—Todavía no he dicho bastante... ¿no es verdad? preguntó con amargura. Seria preciso encontrar otra palabra que imposible para expresar mi situación. Juan Moreno trató de cojerlo por las manos para calmarle. Mas su interlocutor retrocedió un paso, se cuadró con la cabeza erguida, sus ojos brillaban con fulgor desconocido y en su frente se veía como un rayo de fuerza indomable.

—Pues bien, exclamó; yo conozco algo mas imposible todavía que eso... algo mas

extravagante todavía... y es la idea de hacerme renunciar á mi amor.

Juan Moreno le miraba, y en sus ojos se retrataba una compasion afectuosa que crecia al paso que la exaltacion de su improvisado amigo.

—Sí, esclamaba Juan Rubio, cuyos ojos cargados de lágrimas se elevaban al cielo: es una locura y mas todavía que locura, una crueldad, querer matar en el alma este sentimiento, que es obra de Dios... este sentimiento que me ha dado una nueva existencia, que me ha hecho nacer á la esperanza, que me ha enseñado á tener fuerza y valor.

—¿Pero contra quién te estás batiendo, desdichado Juan? murmuró el paje con du zura.

Toda la asaltacion del jóven se amortiguó al oír de estas sencillas palabras: ¡Dios mio! continuó diciendo el paje, que esta vez consiguió apoderarse de las manos de su interlocutor á quien pudo atraer á sí: que hay un lazo misterioso, un vínculo estrecho que nos une, es para mí una cosa inquestionable. No puede ser la casualidad la que nos haya dado el mismo nombre y estampado el mismo sello en nuestro pecho y sobre el mismo sitio. Quizás somos hermanos, y yo me felicitaría mil veces por ello... Mas si no somos hermanos por la sangre, lo seremos por el corazón, ¿no es verdad, mi querido amigo?

El interesante jóven estrechó la mano de su interlocutor con expresion de asentimiento.

—Pues bien, yo te digo, continuó el paje, y ahora hablando ya como hablaría á mi hermano: soy tuyo, todo tuyo en cuerpo y alma... Creo que vales mucho mas que yo, pero te doy todo lo que tengo, y no puede pedirseme mas... La prudencia no es mi fuerte en ninguna parte, he sobresalido por mi mucho juicio, y te he ofrecido y dado consejos de prudencia, porque mi pobre juicio casi es grande al lado de tu enorme locura... Ahora voy á hacerme loco, no te incomodes: voy á hacer todo lo

que pueda por complacerte, porque en suma, este papel me sienta mejor.

Cogió en esto la ya de tiempo olvidada taza de vino, y se la echó al cuerpo de un solo trago.

—Queda, pues, convenido entre nosotros, continuó diciendo, que dejaremos á un lado lo que parezca racional, para lanzarnos á cuerpo perdido en todo lo que sea insensato, loco ó imposible... En horabuena: se patoga en eso, como en cualquier otra parte... Tú has abandonado á tu madre, cuyo solo recuerdo basta para que te llenen los ojos de lágrimas, por seguir un fuego fatuo: veamos de recogerlo entre los dos... Cuando se juega á estos juegos, lo mas seguro es caer en el chapatal... pero no importa; caeremos los dos juntos. Has hecho un largo viaje desde el condado de la Marche á París; has atravesado la Turena, el condado de Berry y el Orleansado y la Solanas: Has venido hasta aquí, yo no sé cómo; pero esto es ya mucho, y sin embargo, ahora mismo ignoras para qué te ha servido tanta fatiga... Yo voy ahora á hacerte dar todavía algunos pasos. Hay esta noche en el palacio de la Marche una fiesta portentosa, como no se habrá visto jamás, ni espero que vuelva á verse en el reino de Francia. El señor Olivier de Graville ha gastado, segun se dice, veinte mil escudos torneses, con lo que habria para rescatar á diez caballeros. Tú asistirás á la fiesta, mi querido amigo Juan, y si Dios te da valor para ello, podrás hablar á tu dama.

Juan Rubio habia escuchado sin decir una palabra: en seguida se echó al cuello del paje y le abrazó con exaltada efusion.

—¡Gracias! esclamó: te doy mil veces gracias, tienes razon... tu eres mi hermano: después de mi madre y de Mad. Blanca, á nadie amo ya en el mundo como á tí.

Y en seguida el enamorado jóven cayó aplomado sobre el banco y perdió la expresion de alegría que iluminaba su rostro, porque estaba sugeto á estas bruscas transiciones.

—Tendré valor?... murmuró.

—¿Per qué no? repuso Juan Moreno: el capellan de Beneveut me estuvo leyendo el otro dia todo un librote enorme, donde se referian cosas mucho mas portentosas. En el tal libro todos los pajes se casaban con princesas... todos los reyes cerraban los ojos para no ver á las señoras nobles, y se iban por los prados en busca de las pastoras ante quienes doblaban la rodilla... Tú eres jóven, muy jóven... hermoso como un Adonis... y valiente como un Cid, ¿quién sabe lo que te está reservado?...

—¿Tendré valor?... repitió Juan Rubio cuya mirada pensativa se perdía en lo vacío.

En seguida movió su hermosa cabeza como para sustraerse al influjo de su preocupacion.

—Tú has hecho mi historia exactamente, hermano mio.

—Yo la he seguido porque una fuerza irresistible me ha arrastrado... Yo no sabia á donde iba, y así hubiera seguido hasta el fin del mundo. Cuando á la caída de la noche he visto á Mad. Blanca y á su comitiva entrar en esta posada, me he quedado fuera porque no tenia ya ni un misero ochavo en mi misera bolsa... Durante dos horas mortales he andado rodando entre las informes ruinas y los escuetos paredones cargados de yedra... Luego he divisado esta ventana abierta; he intentado asaltarla, yo no sé por qué, sin mas objeto que el de estar mas cerca de ella.

—Pero ¿por qué Mad. Blanca y su comitiva, preguntó interrumpiéndose, se han detenido en esta posada á dos pasos del palacio de Orleans, que la regenta ha regalado á Olivier de Graville, y á un cuarto de legua del palacio de la Marche que tambien debe el Sr. Olivier á la munificencia real?

—Aquí es donde va á comenzar tu educacion, mi querido hermano Juan, respondió el paje, mi contestacion va á hacerte entrar de rondon en el mundo de los civilizados... En casa del conde de la Marche, nadamos como ves en un mar de galanterias. Los caballeros de la mesa redonda y sus damas tan adornadas no eran nada al

lado de nuestros caballeros y las suyas... Si Blanca de Armagnac no ha hecho alto en el palacio de Orleans, es porque del palacio de Orleans no quedaban en pié mas que los muros y las ruinas de piedra. En el emplazamiento del antiguo palacio, hace levantar mi señor Olivier de Graville un palacio encantado, donde ha de habitar su bella inhumana. Se dice que las maravillas de Babilonia no eran nada al lado de las magnificencias prometidas á este nuevo paraíso... Pero en tanto, la lluvia y el sol se disputan el palacio de Orleans que no tiene techumbre, y Mme. Blanca no hubiera podido encontrar ni un cuartucho de cuatro piés por lado donde hacer su toilette.

—¿Su toilette?... repitió Juan Rubio.

—¿Pues qué... te figurabas que estábamos aquí para dormir? Te digo que estamos metidos hasta el cuello entre encantamientos. No parece sino que los escudos no cuestan nada al señor Olivier de Graville segun la prisa que se da á esparramarlos, como si sembrara trigo á voleo. El palacio de la Marche está tan imposibilitado como el de Orleans. En el palacio de Orleans no hay techumbre; y en el de la Marche hay cielos de azul sembrados de estrellas de oro fulgentes: paredes convertidas en verdes florestas por el pincel de los italianos mas famosos: un templo construido en dos noches, segun el modelo de que aquel sabio rey Salomon tardó veinte años en edificar, púrpura de Tiro, oro y perfumes de Ophir, esclavos negros, cunucos, guerreros, ídolos, y qué se yo qué mas, sin contar con las setecientas mujeres legítimas, y las trescientas concubinas del ilustre hijo de David.

Juan Rubio abria sus ojos con asombro, y procuraba formalmente comprender lo que oia; pero no quedó al fin mas enterado que si le hubiese hablado en griego.

Tú te figuras sin duda, hermano mio, que yo me burlo; querido hermano, repliqué el paje, á quien iba volviendo el buen humor, que le era natural. Tú tienes ra-

zon; pero has de saber que no soy yo quien delira, pues quien aquí hace locuras tales es mi señor Olivier de Grayville. Cuanto acabo de decirte, y muchas mas cosas aun, reunidas á costa de gastos inmensos, que ocupan todo el castillo de la Marche, deben servir para la farsa espléndida, inaudita, milagrosa, que ha de empezar esta noche á las dos y ha de acabar Dios sabe cuándo.

La princesa Ana estará allí para representar el papel de mujer principal de Salomon, que mandaba á las otras seiscientas noventa y nueve, y que era la hija mayor de Pharaon; los señores de la corte se disfrazarán de levitas, de guerreros, de fariseos y de jueces; otros de amoreos, tebuseos, fereccos y otros infieles.

Guillermo de Soles, de quien quizás hayas oído hablar, porque era el gobernador del castillo de Bonevent, desempeñará el papel del traidor Adonias; y por cierto que no pudo escogerse figura mas triste para desempeñar ese triste papel; porque el tal Guillermo de Soles, que era, segun fama, uno de los hombres de confianza de los antiguos Armagnac, á quienes vendió por yo no sé cuantos dominios entre el Vouise y el Tardes, cuya iniquidad parece le haya aprovechado mucho, porque además de no haber obtenido la cuarta parte de la recompensa estipulada, anda siempre tan taciturno y tan melancólico, que se le tomara por un Prometeo, ocultando el bultre que le devora las entrañas bajo su coraza.

—Y madama Blanca, ¿no tiene tambien algun papel que desempeñar en la farsa? preguntó Juan Rubio.

—El rey es el único que no ha sido convidado y que no tiene papel... respondió el paje. Pero ¿cómo no has adivinado que el misterio, la farsa, ó como quieras llamarla, está dispuesta en obsequio de madama Blanca, y que ella ha de hacer el papel principal? En estos momentos, madama Blanca está rodeada de sus doncellas y camareras, disfrazándose de reina Saba.

—¿Y ha aceptado ella espontáneamente ese papel? preguntó aun el jóven, mostrando en su acento una ligera emocion.

—Hermano mio, replicó Juan Moreno, que ya no podia contener su lengua. Quizás no sabia aun que esto te podría desagradar.

Juan Rubio le echó una mirada de reconvencion.

—Ya enticado, está bien, exclamó el paje mordiendo los labios. Veo que he hecho mal; tú estás demasiado gravemente enfermo para que sea conveniente jugar con tu enfermedad. Dispénsame, hermano mio, no lo volveré á hacer. Madama Blanca ha aceptado ese papel, porque no podia menos de aceptarlo, ó quizás porque el traje de reina Saba es deslumbrante, y las jóvenes gustan de todo lo que brilla. Lo malo es que ahí puede haber discusion, mucho me lo temo entre la esposa principal y legítima del rey Salomon, que es madama Ana de Francia, y esa reinocilla aventurera que viene desde tan lejos á coquetear en torno del sabio monarca.

Juan Rubio estaba muy pensativo.

—¿La reina de Saba no se desposó con Salomon? preguntó.

Esta vez, por mas que el paje quiso reprimirse, no le fué posible contener la carcajada.

—En verdad te digo, hermano, que no sé lo que sucedia entonces. Pero, en todo caso, desposorios no son bodorrios, y si madama Blanca no se disfrazaba de reina de Saba, yo no podria disfrazarte á tí con el traje de alabardero sabéo, que me estaba destinado. No te quejes ya, por tanto, de la fortuna, y vamos á dormir un rato, mientras llega la hora solenne de la representacion de la famosa farsa.

IV.

EN HORA MALA.

Como la posada estaba llena, el pobre Simonot se vió precisado á ceder su tabuco á tres otros dos buenos perillanes, y á volver al salon teatro para el de tantos sustos y prolongado martirio. Aleccionado por la experiencia, cerró lo primero de todo las ventanas, temiendo aun que los enormes endriagos, hechos pedazos por los intrépidos mancebos, reaparecieran con sus cuerpos encolados, ó que se presentarían á reemplazarlos otros vestigios, que aunque menos estupeados, siempre serian bastante para darle algun mal rato, y sandas rabotadas, pareciéndole poco probable que agudiesen en su auxilio otros dos tan valientes campeones que los ahuyentaran.

Cerradas las ventanas, revisados los rincones y registradas cuidadosamente cuantas habitaciones, á cuya sombra suelen agruparse los misteriosos y terribles huéspedes, tendióse él sobre una mesa para ver si con el sueño reaparecia la serenidad de su espíritu tan profundamente perturbado por las escenas pasadas.

Pero no contaba él con que aquella noche estaba destinada para probar de todos modos su fortaleza. Porque aun no habian pasado diez minutos desde que habian abandonado la escena los dos lindos actores, que habian acabado por apoderarse de su modesta cama, ni un minuto hacia que él se habia colocado en disposicion de esperar la mañana ó la hora en que á los huéspedes les parecia bien ponerse en movimiento; cuando al son de los relojes

que empezaban á dar las once en las iglesias vecinas, empezaron á dar en la puerta golpes furibundos.

El buen Simonot, alarmado por el anuncio de una nueva aventura, hizose, por de pronto el sordo, ya porque reflexionase sobre lo que habia de hacer si eran, como podia suceder algunos endriagos nuevos que quisieran ser prenderlo de aquella manera usual entre los cristianos, ya porque las ordenanzas de policía de aquellos tiempos prohibian terminantemente abrir las puertas de las casas públicas, despues del toque de la queda.

Los que habian llamado, esperaron como unos doce á quince segundos, y la puerta cedió de nuevo á los reiterados golpes de la impaciencia de los que querian pasar adelante.

Mirette asomó su linda cara un poco pálida y pensativa á la puerta que habia bajo la escalera de fondo que conducia á las habitaciones principales del segundo piso.

Mirette habia tenido tiempo de reflexionar, y la hora ansepasada no le habia parecido larga, porque durante ella habia estado pensando en el lindo paje que desde dos dias antes revoloteaba en torno de ella.

Veinte veces, al menos, le habia visto ya en los Mercados cuando salia con su madre á hacer el repuestio de la posada; el domingo anterior en misa en la iglesia de San Eustaquio, estando ella muy recogida y arrodillada le habia visto tambien, ligeramente apoyado en el gran pilar con su casaca de terciopelo que ceñia, y aun realzaba su garboso talle, y con su hermosa cabellera de ébano cogida en rizados que orlaban el rostro mas expresivo y agraciado que habia visto en el mundo: le habia visto tambien en la calle, en los sopertales que hay á la vuelta del osario vecino, bajados árboles gigantescos del pasado, le veia, en fin, por todas partes.

Por eso en el momento aquel se preguntaba mas bien con enojo que con curiosidad, quien podria ser el que llamaba

á hora tan intempestiva. Mirette no pensaba mas que en su lindo paje, y la incomodaba todo lo que pudiera distraerla de tan gratos pensamientos. Simonot mismo le parecía ya doblemente feo, doblemente estúpido y doblemente despreciable que lo que era en realidad.

Simonot no veía á Mirette; se figuraba estar solo y se encontraba muy confuso, cuando no tambien acongojado. Los golpes redoblaban con ligerísimos intervalos y siempre creciente violencia, que no eran bastantes para ahogar los votos y taos redondos con que los acompañaban y hacían conocer á éfen leguas mas allá de donde Simonot estaba, que eran gentes de armas los que pedían ingreso en la posada de la *Urraca*.

Mirette llamó á Simonot, cuyo primer movimiento, como de costumbre, fué el de escapar, mas la intrépida niña se le presentó oportunamente para volverle el ánimo, y le dijo:

—Encáramate sobre el taburete y observa por la mirilla del tragaluz de encima de la puerta.

Simonot obedeció temblando y vió á la luz del farol, colgado ante la muestra de la posada dos grupos diferentes; el uno que ocupaba los umbrales casi de la puerta, y el otro á alguna distancia. El primero lo formaban un caballero y dos soldados.

Segun Simonot, estos dos golpeaban como sordos desaforados, mientras que el caballero, que podría decirse de la triste figura, permanecía cabizbajo, meditabundo y cruzado de brazos.

—Los conoces? preguntó Mirette.

—Me parece haber visto alguna vez este señor cara de trapense, replicó Simonot. Mas hé aquí los soldados que piden la entrada en nombre de la *Marche*, amenazando prender fuego á la casa.

—No abras, dijo Mirette, que voy á llamar á mi madre.

El otro grupo que se mantenía mas retirado, entre las sombras de la calle, lo

componían dos personas solas: un hombre y una mujer.

Si los ojos de Simonot hubieran podido distinguir las facciones del hombre, de cierto que le hubiera parecido de tan triste figura como el señor largo y macilento, que permanecía inmóvil detrás de los dos soldados.

Este hombre tenia, además, un porte pobrísimos y humilde: era alto, llevaba la cabeza cubierta á medias por una especie de solideo que dejaba escapar por todos lados mechones lasos de cabellos; iba vestido con un balandran, ó sotanilla sin cinturón, de modo que caía recto de los hombros á los talones.

La mujer que le acompañaba aparentaba ser una campesina humilde, y aun podría decirse que una simple payesa.

—¡Hola, ¡voto á Urribas! gritaban los soldados: si nos dais lugar á que saquemos el eslabon, váis á ver qué pronto hacemos de la casa una famosa hoguera en que calentarnos y salir todos como zorros á que dan humazo.

—¡Santo Dios! murmuraba Simonot: ¡Pues no andan recogiendo por ahí hojarasca para empezar la operación!

—Muy cansada estoy, decia la payesa, que se apoyaba contra el voladizo de una tienda cerrada.

El hombre de la sotanilla juntó sus manos y levantó los ojos al cielo.

—¡Por qué no quistateis crearme, mi noble señora? replicó en voz baja.

—Hubiéramos podido quedarnos en alguna aldea entre Corbeil y Paris, y por la mañana temprano habiéramos emprendido nuestra marcha.

—No podía ser, replicó la desconocida con un movimiento de impaciencia. Nos adelantaría cada día un poco, y no lo podríamos alcanzar jamás.

Empezó á oírse el chasquido del eslabon en el pederhal, y un momento después las barras de hierro que aseguraban la puerta de la posada.

La desconocida y su compañero se aproximaron: los soldados trepaban ya los

dos escalones que daban entrada á la posada. Simonot, Mirette y la Pavot se encontraban unos frente de otros á derecha é izquierda de la puerta que acababa de abrirse.

—¡Ah patronal! dijo uno de los soldados, bien habeis hecho en abrir, porque hé ahí un buen fajo que estaba esperando un poco de yesca encendida para empezar á arder á mas y mejor.

—Hay por fortuna en casa, amiguitos; lo necesario para responder á tales alharacas, replicó valientemente la Pavot. Un buen caldero de agua hirviendo tiene la virtud de apagar el fuego y la de ahuyentar al mismo tiempo á los atizadores... No son, á fé, vuestras amenazas las que han abierto la puerta de la *Urraca*, sino el nombre de la *Marche*, á quien la hija de mi madre será siempre respetuosa y fiel.

Los soldados estaban ya en lo alto de los escalones, bajo el umbral, mientras que el caballero de la triste figura permanecía inmóvil y de pie en el mismo sitio como un santo de madera. El viandante, vestido con el balandran, llevando á su compañera de la mano, ponía el pié en el primer escalon del ideado vestíbulo de la posada de la *Urraca*.

La Pavot, despertada por sorpresa, se habia levantado de muy mal humor. Simonot la tocó el brazo, diciéndola al oido:

—Esos dos no venian con los soldados.

—¡Hola! exclamó la mujer casi contenta con encontrar alguno sobre quien desahogar su mal humor. ¿Qué es lo que se les ofrece?

—Nosotros pedimos, señora, un cuarto en que descansar, dijo tímidamente el hombre del balandran.

Los soldados que iban á entrar se volvieron.

—¿Qué hacéis, nuestro amo Guillermo? ¿pensais pasar la noche ahí?

El caballero levantó la cabeza lentamente y dejó caer ambos brazos á lo largo de sus costados.

—A otra parte, el vagabundo y su digna

compañera, decia en este momento la Pavot. Mi casa está siempre llena de gentes honradas y no hay en ella sitio para gentes de vuestra estofa.

La pobre paisana exhaló un profundo suspiro bajo el sayon que la cubria.

—Mis buenos señores, exclamó el del balandran dirigiéndose á los soldados: haced que nos dejen entrar en vuestra compañía... os lo pedimos por Dios.

—¡A otra parte he dicho! repetía la Pavot.

—¡Señor! repuso el hombre del balandran juntando sus manos en ademán de súplica y dirigiéndose esta vez al que los soldados habian llamado nuestro amo Guillermo.

La mujer que le acompañaba hizo un movimiento para detenerle.

—Mamá, decia Mirette, estos desgraciados vienen, á lo que parece, muy cansados, recibidlos por caridad.

—Que vayan al Mirlo Blanco, en la calle de Traince, respondió desabonadamente la Pavot; ó sino al Jarro de Estaño en la Trecandevie, donde se encontrarán con sus iguales.

Y en seguida, tocando rudamente en la espalda á uno de los dos armados, añadió:

—Ea, compadres, pagadme la bienvenida; aventando de aquí á esos dos mendigos que obstruyen el paso.

—Eso es lo de menos, dijeron los soldados; y esto diciendo saltaron los escalones, y uno de ellos cogió del cuello al pobre diablo del balandran, mientras que el señor Guillermo agarraba del brazo al soldado y lo rechazaba bruscamente.

—Cuidaos de lo que os importa y no os mezcléis en negocios ajenos.

Al propio tiempo mostraba á sus subordinados la puerta de la posada, en donde entraron obedientes á la indicacion de su jefe.

—No os faltará esta noche albengue, dijo el señor Guillermo al desconocido y á su compañera.

Y en seguida, bajando la voz, y volviendo la espalda á la puerta, añadió con

acento extraño, lleno de angustia y suplicante:

—Si sois cristianos, acordados de mí en vuestras oraciones.

Tomó de la mano al hombre y a la mujer, y los introdujo él mismo en la posada.

Los soldados le miraban y se reían en sus barbas.

—Hé aquí al señor Guillermo, que se cree siempre en la hora de la muerte, y que no pierde ocasión de hacer obras de caridad en descargo de sus pecados pasados.

La escuálida figura del hombre del balandran radiaba de debilidad y entraba en la posada como en terreno conquistado. La payesa, al contrario, parecía en cierto modo que se dejaba llevar a la fuerza; y su mano temblaba en la del piadoso caballero; su rostro iba enteramente cubierto por el capuchon de su manto.

El señor Guillermo campaba entre ambos con su cara macilenta y descolorida, sus ojos hundidos y sus facciones descompuestas por los padecimientos. Parecía jóven aun; y sin embargo, sus cabellos eran blancos, apenas podía reconocerse en él al robusto y galante Guillermo de Soles, en otro tiempo escudero de madama Isabel.

Habia cometido una horrible felonía, y su traicion no le había aprovechado sino a medias; había quedado, como antes, un pobre caballero bajo el punto de vista de su fortuna, porque el señor de Graville, vencedor, había hecho dos partes de la recompensa estipulada; se había reservado los castillos, bosques y tierras fértiles y objetos de valor, y había dado a Guillermo las landas estériles que se estienden entre los ríos el Vouise y Tardes.

Peró esto era lo de menos; un mal extraño, cuyo nombre no conocia ningun médico de aquellos tiempos, consumia a Guillermo de Soles; su cabeza había encanecido; sus carnes se habían consumido y su estremada demacracion le daba cierto parecido a un esqueleto. No había perdido

en proporcion de sus fuerzas, y podia manejar aun su lanza; pero a ciertas horas, parecia que toda la sangre ajena del corazón a la cabeza, que sentia abrasarsele; se creia a punto de morir; una desesperacion inexplicable se apoderaba de su alma, y tenia miedo.

Y entonces le aparecian los espectros de Santiago de Armagnac, de su esposa y de su hijo, ensangrentados y bajo las formas mas horribles, pidiéndole cuenta de su infame traicion.

No se atrevia a arrojarse, pidiendo a Dios perdon, mas pedia la limosna de una oracion a todos los que creian, que podian dirigir a Dios sus plegarias.

Todos los hombres de armas de Armagnac sabian esto muy bien, y todos se burlaban de él y le escarneaban.

Cuando hubo llegado al centro del salon, soltó la mano de sus compañeros; la payesa se alejó de él precipitadamente, mientras que el hombre del balandran se deshacia dándole gracias.

—¡Orad por mí!... ¡pedid a Dios por mí! murmuraba Guillermo de Soles.

Y en seguida, volviéndose a la Pavot, añadió:

—Llevadnos adonde estén los que nos aguardan.

La Pavot se dirigió en el acto hacia el lado de la puerta abierta bajo la escalera; los hombres de armas la siguieron, y Guillermo de Soles iba detrás con su paso tardo, y como abrumado por sus padecimientos.

Para llegar al fondo de la sala, necesitaba pasar junto a la payesa, que hizo al pronto un movimiento para no tocarlo, y en seguida se aproximó a él y le cogió del brazo.

Un instante permaneció indecisa y muda, mas Guillermo no hacia por desbarazarse de ella.

Se vio a Guillermo inclinar la cabeza y a la payesa decirle una palabra al oido. Guillermo retrocedió dos o tres pasos, y sus blancos cabellos se herizaron sobre su frente livida.

—Así lo haré, murmuró.

En seguida, sin volver la cabeza, acentó su marcha vacilante y desapareció en el sombrío corredor.

Antes de salir la Pavot, dijo en voz alta, que todos pidieron oír:

—Vé a arreglar esas mesas y bancos, Mirette. Cualquiera diria que ha habido aqui otra pelea como la pasada. En cuanto acabes, te marcharás de aqui, porque niñas como tú no es bueno que estén entre tales compañías.

Era implacable la madre Pavot cuando estaba de mal humor.

Mirette y Simonot se pusieron a arreglar la sala por segunda vez aquella noche.

—La madre Pavot, señorita Mirette, no se ha apercibido de lo que parece, de la terrible pelea que aquí ha pasado a nuestra vista, decía el pacato mancebo. ¡Ira de Dios! y qué de buena gana se daban, y qué ruido tan enorme hacian con las espadas!

Mirette miraba con ojos de compasion a aquella pobre mujer, tan duramente tratada por su madre, y que, sin embargo, no se quejaba. El hombre del balandran habia ido a sentarse al lado de su compañera.

—Si no he oido mal, esos niños hablaban de una riña habida en esta sala, murmuró. Si nuestro querido Juanito llegara a encontrarse envuelto en escenas de este género, ¡qué seria de él, Dios mío, ahora que no nos tiene a su lado para protegerle!

—Juanito se ha escapado, llevándose el caballo del colono, respondió la payesa con aire pensativo, y se ha traído la tosca espada que pendia del pilar de la cabecera de su cama.

—Se la ha llevado, es verdad, mi noble señora; pero a Dios gracias, el niño ni siquiera sabe desvainarla.

—Es una vergüenza a fé, exclamó la payesa con un cierto tono de reconvencion, que el hijo de su padre no haya aprendido

aun a defender su vida como un soldado.

El hombre del balandran dió un profundo suspiro.

—¡Oh! mi noble señora, murmuró; no era yo, demasiado bien lo sabeis, quien podia enseñarle eso.

—Ya que todo queda arreglado, Simonot, vámonos a acostar, señorita Mirette, para no comprometernos con esta compañía.

Mirette quiso taponarle la boca.

—Pues la madre Pavot lo ha dicho, repuso Simonot; en tal compañía, poco es lo que se puede ganar, y por lo que a mí hace, me largo.

—Dispensadle, mis buenas gentes, dijo al pasar para retirarse a su vez, al lado del hombre del balandran y de su compañera; es un mentecato, y nadie hace caso de lo que dice.

—Gracias, niña, murmuró la payesa.

Mirette salió, mas el tono y la inflexion de voz de esta mujer, al decir aquellas dos solas palabras: *Gracias, niña*, se le quedaron impresas en su imaginacion; y como que ya no veia el manto de bayeta burda que la cubria el rostro, le pareció que ni su semblante, ni sus palabras, ni la inflexion de su voz eran de lo que aparentaba, y sí de una señora muy principal.

Mucho mejor lo hubiera dicho si hubiese permanecido un instante mas en el salon, y visto a la payesa desaharazarse del capuchon que la sofocaba, ya que se encontraba al abrigo de las miradas indiscretas.

Mirette se habia encontrado muchas veces al paso de princesas, y aun habia visto cara a cara a la princesa regente al salir de su palacio de Tournelles, pero hubiera tenido que confesar, al ver el aspecto y maneras de la supuesta payesa, que en su vida habia contemplado un rostro mas noble, mas agradable, mas lleno de dignidad y de valentía, ni nunca vistose ante un conjunto mas respetuoso.

La duquesa Isabel habia salvado ya los

mites de la juventud, porque además de sus treinta y cinco años, pesaban sobre ella con peso abrumador antiguas y terribles desgracias. Pero hay frentes cautas, que conservan su aureola hasta en los tormentos.

La duquesa de Nemours era hermosa como en otro tiempo, soportaba su estrechez con resignación heroica, y los años de dolor y luto que habían seguido al asesinato de su esposo no habían podido hacer más que echar un velo de tristeza sobre el conjunto armonioso de sus facciones.

No tenía la sonrisa de la juventud, como madama Blanca de Armagnac, la reina de la belleza en la corte de Francia; pero en sus rasgados ojos, llenos de melancolía y de resignación, había puesto Dios un atractivo encantador, y ese atractivo subsistía.

En aquellos quince años, la duquesa había dormido muchas noches sobre el duro suelo, y pasado otras muchas a caballo, y cuando la encarnizada y constante persecución de sus enemigos remitía un poco, había llorado durante muchas otras.

En medio de sus acerbos dolores, tenía un consuelo inefable, en el fondo de su desaliento una esperanza que le sostenía; veía crecer á Juan de Armagnac, que se parecía á su padre.

Lo que ella había hecho por salvar el último retoño de esta familia proscrita, podría formar una larga historia; solo teniendo por único compañero al pobre hermano Tranquilo, que no era siempre el hombre más á propósito para semejante tarea, había pasado la vida nómada llena de tribulaciones y de peligros de la proscripción.

Los religiosos de la abadía de San German de los Prados, sus vecinos, fueron los primeros que la dieron asilo en la noche horrible en que Tristan Lhermite decapitó el cadáver de Santiago de Armagnac en la plaza de los Mercados.

Mas aquel refugio no podía menos de

ser temporal. Al cabo de unos días, al oscurecer, salieron de la Abadía de San German, Isabel, su hijo, el hermano Tranquilo y el soldado Gerónimo Ripaille, para dar principio á su vida de aventuras peligrosas.

Se dirigieron primero al Oriente para ver si podían penetrar en los estados del duque de Borgoña. Mas Graville y madame Ana lo habían previsto y tenían cogidas las fronteras con un cordon de gente armada.

En vista de esto, Isabel consultó con sus dos únicos servidores. Gerónimo Ripaille, á pesar de la gravedad de las circunstancias encontraba siempre modo de beber bastante para estar medio ebrio de la mañana á la noche.

Tranquilo no bebía mas que agua, pero su pobre cabeza siempre andaba á pájaros, y Dios sabe que la desventurada duquesa tenía en ellos muy medianos consejeros.

Propuso dirigirse á Gascoña y retirarse á alguna de las posesiones de Armagnac.

Gerónimo Ripaille, que sabría el alrirse paso por todas partes con su buena espada, y el hermano Tranquilo no podía ser de opinión distinta de la de su noble señora.

Atravesaron, pues, toda la Francia para llegar despues de un mes de fatigas y de peligros sin cesar renacientes, al país de Armagnac que encontraron lleno de emisarios y exploradores enviados por la regente y por el señor de Graville. La protección de Dios y la fidelidad de algunos vasallos salvaron los escasos restos de la casa de Armagnac de una catástrofe segura, porque era imposible sujetar la lengua del valiente Geromo que iba pregonando por todas partes el nombre de la duquesa Isabel y la categoría del niño.

En aquel tiempo aun tenían los fugitivos algunos recursos: la duquesa vendía á los judíos ambulantes las alhajas con que se había adornado para celebrar la vuelta á su casa y libertad de Santiago de Armagnac: sus recursos, al fin, se agota-

ron, la impaciencia y la constancia de sus enemigos, es decir, de Graville y de la regente, no se quebrantaban. Dia hubo en que Mme. Isabel y su hijo abandonaron su refugio sin saber á dónde irían á pasar ni qué sería de ellos en lo sucesivo.

Gerónimo demostró en aquella ocasión que era todo un hombre honrado y leal; puesto que pasó sin beber vino, mas no pudo pasar sin hablar, y en cuanto los fugitivos tenían un instante de reposo, las malditas fanfarronadas del soldado atraían á los mastines de Graville.

Una noche se había quedado la desdichada caravana en una choza de pastores en las landas de Angamois. Gerónimo Ripaille despertó por la mañana un poco mas tarde que de costumbre, y no vió á nadie en la cabaña; Mme. Isabel, el niño y Tranquilo habían desaparecido.

Gerónimo Ripaille se vistió sin decir palabra, se ciñó su enorme espada y anduvo de este modo dos buenas leguas con la cabeza baja y la frente ardiendo.

Estuvo triste toda la mañana hasta que á eso de las doce encontró á un hombre de armas del nuevo conde de la Marche, que le pagó dos ó tres medias azumbres de excelente vino de Anjou. A la tercera media azumbre ya había recobrado su buen humor habitual, y á la cuarta ya había quedado concertada entre él y el hombre de armas una convencion, en virtud de la cual Gerónimo emprendió el camino de la Marche para entrar al servicio del señor de Graville.

Por lo que veo, aun hay gentes que no desdennan mi compañía, se decía al poner el pié en el estribo.

Graville ocupaba desde entonces el castillo de Benevent, en las riberas del Creuse, y fué allí donde Geromo vino á parar.

Al Oeste del castillo de Benevent había un bosque extenso y espeso que se dilataba hasta las fronteras de Berry, en el cual habitaba un pobre carbonero sin otros bienes que su choza cubierta de harida. Allí fué donde encontraron asilo y se establecieron, hasta que Dios fuese servido.

Mme. Isabel, que tomó el nombre de señora Marta, su hijo y su servidor, despues de haber apurado todos los medios de salvación y de conservación que les quedaban, y sin saber ya á qué santo encomendarse.

Cerca estaban del nido del búfalo: Graville y sus compañeros de caza llegaban á menudo hasta allí en sus escursiones, mas nunca se dice está uno mas seguro que á la sombra del tejado de su enemigo.

Diez años vivió Mme. Isabel en aquella choza de un carbonero; Graville y Mme. Ana de Beajeau cubrieron materialmente la Francia de emisarios y agentes para averiguar el paradero de los restos de la casa de Armagnac, y ni uno ni otro pensó en aquel bosque de Benevent, que las bulliciosas cabalgatas del nuevo conde de la Marche recorrían en todas direcciones.

En tanto había en el castillo mismo de Graville un hombre que había descubierto el gran secreto, y este hombre se llamaba Geromo Ripaille, ascendido á escudero de Graville y hecho discreto.

Tres días á la semana iba el buen Gerónimo á dar lecciones de esgrima á un mozo, que por casualidad había encontrado en el bosque, y á quien de pronto y por pura simpatía había tomado un cariño entrañable.

Jamás le ocurrió preguntar á este muchacho ni su nombre, ni el de sus padres, ni el sitio de su residencia, y por eso hemos dicho que él siempre honrado y leal Geromo Ripaille, se había hecho tambien discreto.

El reconoció muy luego al hijo de su señor, y le agasajó de la manera que pudo; pero como se reconocía bien á sí mismo, en lo cual alcanzó con su buen sentido natural lo que tantos filósofos intentaron en vano desde que Sócrates los bautizó con este nombre, se dijo para su capote: el modo de no hablar es no saber nada; que cuanto mas se aprietan las mandíbulas para tener la boca cerrada, mas pron-

to viene la necesidad irresistible de bes-
tezar.

Por otra parte, Gerónimo no diremos
que fuese un héroe; era un soldado ni mas
ni menos, un soldado raso, liso y llano, y
por añadidura borracho.

Habia servido mucho tiempo á la casa
de Armagnac para no tener simpatías há-
cia el vástago de tan ilustre trono. Mas
se encontraba muy bien en el castillo de
Benevent, y quizás tenía el primer impul-
so de su corazón, que le hubiera arrastra-
do á ofrecer sus servicios á madama
Isabel.

En esto no había traición, puesto que
madama Isabel había rehusado sus servi-
cios ó le había despedido del modo que
sabemos.

Le parecía mejor el papel de protector
casual, y su buen sentido le decía que en
la posición que ocupaba, su buena volun-
tad y oculta simpatía podían ser mas
útiles que sus servicios á los restos de la
casa de Armagnac.

En la pobre cabaña del carbonero, los
fugitivos pasaban la vida tranquila, ya que
no felizmente, viendo crecer á su hijo,
aquél noble niño que sus sueños de madre
no habían podido pintar ni mas hermoso ni
mejor en todos conceptos; la duquesa Isa-
bel no podía defender su corazón contra
las seducciones de la esperanza; aquel hijo
de valientes, que tenía el alma y las trazas
de los héroes, no podía menos de estar re-
servado para grandes cosas por Dios, que
le había libertado de tantos peligros y de
tan pertinaces enemigos.

La duquesa Isabel pensaba estas cosas,
y no pocas veces brotabán de sus ojos co-
piosas lágrimas, considerando los trabajos
y penalidades que pronto iban á sobre-
venir á aquella criatura tan frágil y tan
delicada.

Fray Tranquilo era el ayo de Juan de
Armagnac en la cabaña del carbonero, co-
mo lo hubiera sido en el palacio de la
Marché. Trataba de enseñarle el latín y al-
go de teología; á cuyos conocimientos es-
peraba agregar un día los elementos de

metafísica y controversia, el griego, la dia-
léctica y alguna tintura de la ciencia filo-
sófica.

Mas hay que decir, en honor á la ver-
dad, que Juan de Armagnac ó Juanito á
pecaes, porque nada se había hablado de-
lante de él que pudiera hacerle adivinar
el apellido de su padre, no se prestaba de-
masiado á la enseñanza, que mordía con
poco gusto el pan duro de la ciencia. El
latín no le gustaba: le hacía rabiar la me-
tafísica con sus sutilezas trascendentales y
grotescas; respetaba la teología, pero le
hacía miedo su balumba; y en cuanto al
griego y á la piedra filosófica, hubiera pre-
ferido dar diez vueltas á la redonda al in-
menso bosque de Benevent, á estar cinco
minutos seguidos con un libro de los que
Fray Tranquilo le proporcionaba.

Entré las cosas que su sabio maestro
podía enseñarle, una sola era la que le
apasionaba la historia: mas solo en la parte
que describía las grandes batallas y las
hazañas caballerescas.

Pasaban á veces en torno del fuego del
hogar del carbonero escenas singulares, á
que daba un carácter interesante dramáti-
co y cómico, á la par la posición de los
personajes.

Tranquilo insistía con frecuencia so-
bre los acontecimientos de los últimos
reinados, y entre los héroes que servían
de texto á sus lecciones, escogía con pre-
ferencia al condestable Bernardo de Ar-
magnac y Santiago de Nemours, su hijo:
recitaba con verdadera complacencia sus
hechos de armas y todos los pormenores
de su vida pública.

El entusiasta pedagogo comparaba con
mucho gusto sus batallas con las de Ale-
jandro el Grande y César: los semidioses
de Homero, no le parecían mas valientes
que Bernardo y Santiago de Armagnac. La
duquesa escuchaba encantada: jugaba con
los recuerdos de su amor y creía que
Tranquilo tenía razón.

Mas á Juanito no le parecía así, y sos-
tenía que había muchos otros héroes á
quienes tomar por modelo. Bernardo y

Santiago de Armagnac se habían revelado
contra su rey, y ambos habían capitaneado
las facciones que desolaron y ensangren-
taron á la Francia durante muchos años.
A Juanito le gustaban mas Lahire, Dunois,
Pothon de Xaintrailles y la santa doncella
de Orleans.

La discusión se animaba: Juanito de-
fendía su opinión, que tenía por buena,
con la vivacidad y el ardor de la juven-
tad: una palabra se venía á los labios de
su madre, que nunca se determinaba á de-
cirlo, y volvía su cabeza para ocultar las
lágrimas que anegaban su rostro... Pero
lo que había que reparar en el grupo, era
al ordinariamente tan pacífico y calmoso,
exaltarse hasta el furor, colorado como un
pavo. Perdía la paciencia y su habitual re-
serva; mil palabras incoherentes salían de
sus labios y acusaba al niño de insensí-
ble desnaturalizado y desobediente á los
mandatos de Dios.

Juanito, si no convencido, callaba ad-
mirado ante el extraño espectáculo de
aquel hombre tan sencillo y tan cariñoso
siempre para con él, descompuesto enton-
ces y enojado hasta increparle con tanta
dureza: la señora Marta, á quien él tanto
amaba, procuraba sonreírse, y el exaltado
pedagogo se salió á tomar el aire fresco
del monte para apaciguar su exaltada
bilis.

Fuera de esta manía de no querer que
se pudiese en duda la gloria de Armagnac,
el pobre hombre era tan bueno, tan esce-
lente, cuidaba de la señora Marta con tan-
ta solicitud, con tan asiduo y respetuoso
afecto, que Juan le quería de todo cora-
zón y le llamaba siempre el bueno y que-
rido amigo.

Nuestros lectores podrán figurarse muy
bien, que un niño de la penetración, talen-
to é inclinaciones de Juanito, no omitiría
medio para ver de penetrar el misterio de
su nacimiento: no interrogaba á su madre,
á quien solo conocía por el nombre de se-
ñora Marta, porque cuando había procu-
rado interrogarla sobre este asunto, solo
le había contestado con enigmas y los ojos

arrasados en lágrimas, y por consecuencia,
todos sus ataques se dirigían á su buen
amigo.

Juanito, ya lo hemos dicho, tenía un
talento perspicaz, delicado, casi sutil, y
buscaba mil caminos para llegar á su ob-
jeto.

El hermano Tranquilo, tambien hemos
visto que no era hombre de gran inventi-
va, y nunca sus labios se mancharon con la
mentira.

Mil veces hubiera sucumbido en la
lucha empeñada, sino hubiera tomado el
partido de responder simplemente: hijo
mio, preguntásete á vuestra madre.

El niño se enfadaba, pero tenía que
conformarse.

Su madre era para él algo de ado-
rable y de divino: la amaba como el
mas ferviente cristiano pudiera amar á
Dios.

Hubiera dado toda la sangre de sus ve-
nas por ahorrarla una lágrima.

Esto sucedía antes del día fatal, y tan
grato al mismo tiempo, en que oculto en
la espesura del bosque de Benevent vió
pasar, como un sueño, la deslumbrante
belleza de Blanca de Armagnac.

¡Qué queréis! los jóvenes son así: algu-
nos meses despues abandonaba la pobre
cabaña del carbonero á costa de destrozar
el corazón de su madre. ¿La quería menos
por eso?... ¡Oh! eso no. Mas le arrastraba
la demencia del primer amor y seguía en
pos de los hermosos ojos de Blanca de
Armagnac, como la pobre mariposa fasci-
nada se precipita en la luz que ha de acabar
con su belleza y con su vida.

V.

LA CENA DE FRAY TRANQUILO.

Quando Fray Tranquilo y Mme. Isabel se encontraron solos en el salon de la posada de la *Urraca*, la duquesa dijo á su compañero de peregrinacion:

—Amigo mio, ¿habeis reconocido á ese hombre de cabellera cana, que nos ha pedido que oremos por él?

—No, señora, respondió Tranquilo, que siempre el mismo, estaba distraido y como ciego sin ver lo que pasaba alrededor de sí. No le he reconocido.

—La que llaman Blanca de Armagnac, volvió á decir la duquesa, está aquí en esta posada.

Tranquilo hizo el inventario de sus recuerdos desde el momento que puso el pié en el salon de la posada, y entre ellos no habia ninguno que se refiriese, ni aun remotamente á Blanca de Armagnac. Esta no podia ser, en efecto; ni el hombre de la triste figura, ni los dos soldados, ni la posadera, ni el camarero ó mozo de servicio.

Bien habia reparado en la linda Mirette. Mas Fray Tranquilo habia encontrado algunas veces en el bosque á Blanca de Armagnac, y era imposible confundirla con la Mirette.

No sabiendo ya á qué atenerse, volvió sus ojos distraidos y pensativos hácia la duquesa, y la dijo:

—¿Me será permitido, mi noble señora, preguntaros cómo habeis podido adivinar eso?

—Ese hombre de los cabellos blancos,

respondió Mme. Isabel, es Guillermo de Soles, mi antiguo escudero.

—¡Oh señora! exclamó Tranquilo con acento de infantil incredulidad: no penseis en semejante cosa; el señor de Soles es todavia un jóven, y sus cabellos son negros como el azabache.

La noble viuda de Armagnac no pudo menos de sonreirse.

—Tú hablas de quince años, mi pobre Tranquilo, y son cabalmente esos quince años los que nos proporcionan nuestra seguridad y nos sirven de salvaguardia: los que nos han visto entonces, no nos reconocen hoy.

—Teneis razon, señora, no habia caido en ello, repuso Tranquilo para volver en seguida á lo mas profundo de sus distracciones.

—Y además, continuó la duquesa, no tenia necesidad de ver á Guillermo de Soles para estar segura de que habia de encontrar aquí á esa jóven... Todo á lo largo del camino hemos venido oyendo hasta rompernos los oídos, que el traidor Graville disponia una gran fiesta en la morada misma de mis padres. En la pobre posada, donde hemos descansado un instante antes de entrar en París, he oido á gentes con librea de la Marche que se citaban para la posada de la *Urraca*, entre el palacio de Orleans y los Mercados. Uno de ellos dijo: el señor conde está en el palacio de la Marche desde ayer; á cosa de las dos de la noche tenemós que hacer la escolta de Mme. Blanca, que saldrá de casa de la Pavot para la funcion.

—Lo que es á la Pavot, bien la he reconocido... murmuró Tranquilo. Mas su posada estaba situada en otro tiempo fuera del recinto de la poblacion, y tenia por muestra el escudo de Armagnac. De las conversaciones de los soldados, no he entendido ni siquiera una palabra. Réstame ahora preguntaros, mi noble señora, porqué hemos de venir siguiendo á esta jóven, en vez de buscar, sin distraernos en nada, á nuestro pobre Juanito?

La duquesa se le quedó mirando entre

asombrada y risueña, porque aunque estuviese muy acostumbrada á las inocentadas del buen Tranquilo, habia dias en que su simplicidad la sorprendia tanto como si le viera por primera vez.

—¿Es posible que no hayas adivinado que Juanito ama á esa jóven? le preguntó.

Tranquilo hizo un ademán de sorpresa, que revelaba lo impensado y nuevo que era para él semejante pensamiento, y en seguida se echó á reir.

—Juanito enamorado!... exclamó. ¿Cómo podiais figuraros, mi noble señora, que yo hubiese adivinado semejante cosa?

Y lo decia con tal aire de seguridad, con tan profunda conviccion, que la duquesa no encontró una palabra que decirle.

—Es un niño, señora, prosiguió; un niño en toda la estension de la palabra. Cuando yo le acompañaba por el bosque, no pensaba mas que en buscar nidos ó en coger avellanas.

—¿Y cuánto tiempo hace que no le has acompañado? le preguntó la duquesa.

—¡Oh! señora! Se hizo mejor andarín que yo; me cansaba haciéndome bajar y subir cuestras, y una vez saltó el arroyo de un brinco, como un gamo, señora, dejándome en la orilla con un palmo de narices... De esto ya hace unos tres ó cuatro años.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces siempre va á pasearse solo.

La duquesa entonces le tomó la mano.

—Mi pobre Tranquilo, ¡cuán bueno eres! ¡y cuánto nos amas! Tu adhesion y tu abnegacion te han dado todo lo que pueden dar el cariño y la lealtad mas acendrados: celo, fuerzas, experiencia, y aun á veces prevision y talento... pero no te lisongees de tener ojos tan penetrantes, ni de tanto alcance como una madre.

—Pues os prometo, señora, que si tene-mos la dicha de recobrarle, no le he de

perder un paso, aun cuando supiera revertar de cansancio.

—Lo mas urgente ahora es ver esa jóven y hablarla... dijo la duquesa como si hablára consigo misma. A su edad, el corazón no puede estar pervertido... me oirá y me devolverá á mi pobre hijo cuando le diga: no tengo otra cosa en el mundo.

—Pues, segun eso, exclamó Tranquilo, si no temiese decir una patochada, y ya que vos, mi noble señora, no habeis pensado en ello, me atreveria á decir, siguiendo vuestro razonamiento, que Juanito debe estar aquí, ó mienten todas las reglas de la lógica.

Madama Isabel se estremeció.

—Dices bien, le contestó en voz baja; aquí debe estar, ó muy cerca de aquí. Pero ni aun la voz suplicante de una madre es remedio contra el amor... Necesito el auxilio de esa jóven para recobrar á mi hijo, todo entero, como yo le quiero y como le espero.

—Pues, en ese caso, replicó Tranquilo, voy á buscar á la Pavot, que es una antigua conocida y paisana, y la diré que mi noble señora desea hablar á la señorita Blanca...

Ya habia dado un paso hácia la puerta: mas la duquesa le detuvo violentamente, y todo seria perdido... exclamó. Amigo, mi pobre amigo, dais todo vuestro entendimiento á vuestros sueños, y no pensais en las cosas de este mundo, en que os cabe una tan gran responsabilidad. En el secreto de que sois depositario, va mi vida, y esto no importaria mucho; pero va tambien la vida de Juan de Armagnac.

Tranquilo estaba atónico é inmóvil ante la duquesa, con la cabeza inclinada y los brazos tendidos al costado, en actitud de la mas completa consternacion.

—Si he obrado mal, murmuró, perdonadme, mi noble señora. Preferiria ya morir mil veces en este sitio, á decir una sola palabra á la Pavot, por mas que sea una amiga mia y paisana. Seré un mudo. Pero ¿cómo componernos para que podais hablar á esa jóven?

Apareció una sombra de orgullo satisfecho en la sonrisa de la duquesa.

—Eso corre de mi cuenta, y permitidme que lo reserve, exclamó la disfrazada señora. Mas yo la he de ver, estoy segura de ello, y de hablarla también, aunque fuera preciso seguirla hasta el mismo salón de mi palacio de la Marche.

Tranquilo hizo un movimiento de horror.

—Pero os asesinarían, señora, repuso temblando; vos misma les pondriais en la mano esa preciosa vida que codician con tan incansable afán hace ya quince años...

—Es preciso que yo recobre á mi hijo, repitió la duquesa, cuyo porte en aquellos momentos era más erguido y majestuoso que en los mejores días de su grandeza y de su fortuna; á mi hijo, sí, con todo su corazón, porque mi hijo se llama Juan de Armagnac... y creo que mataría con mi propia mano á la mujer que le cerrara el paso, y le estorbara reconquistar la gloria de sus padres.

—He visto á muchos hombres de armas en mi vida, refunfuñaba la Pavot, que volvía de guiar á Guillermo de Soles y sus compañeros al cuarto donde estaban Vicente Tarquino y los suyos; pero se me figura que los de ahora no se parecen en nada á los de aquellos tiempos... ¡Ah! ¡ah! cuando teníamos verdaderos Armagnac en el castillo, eran unos buenos mozos en toda la extensión de la palabra sus soldados, mientras que los de ahora todos me parecen unos enanos. En seguida añadió:

—Entre todos los que concurren á la casa diariamente, no hay uno siquiera que tenga gracia para decir á una mujer: ¡buenos ojos tienes! ¡me gusta tu garbo! ¡qué piel!...

Se encogió de hombros, y con sus dedos espaviló la luz que llevaba.

—Voy á ver si tengo yo más gracia para poner de patitas en la calle á esa pareja de vagabundos, continuó acordándose de pronto, á lo que parece, del hombre del balandran y de la payesa. Ahora no está

aquí para protegerlos ese maldito viejo Guillermo, de pelos blancos, que el diablo tiñó.

Apretó el paso, y de antemano puso la mano derecha en jarras para presentarse en actitud más resuelta y en forma más solemne.

El corredor ó galería que conducía á los cuartos ocupados por los hombres de armas de la Marche, era largo y estrecho. La Pavot había olvidado cerrar la puerta que se abría sobre la escalera, y había una corriente de aire del salón al corredor, que le apagó la luz.

No le hubiera ocurrido este percance, si en vez de querer hacer imponente en su postura académico-posaderil, hubiera llevado la mano sirviendo de pantalla, con lo que el viento no lá hubiera dejado en la oscuridad.

La Pavot juró y votó como hubiera podido hacerlo el soldado más descocado de entre los que tenía alojados en la posada, y su mal humor subió de punto.

Al llegar á la puerta del salón, llevaba ya la boca abierta para fulminar la furiosa filípica, reiterando al par la orden de salir á buscar acomodo en otra parte más adecuada al sayon del balandran y á su compañera de fatigas.

Pero sus palabras quedaron heladas entre los labios, y ella misma, estupefacta en el umbral de la puerta, contemplando á sus importunos huéspedes.

No había más que una lámpara encendida en el salón, mas su luz daba de lleno en las facciones correctas y nobles de la duquesa Isabel, cubiertas antes por el fósforo sayal de la payesa. Fué para la Pavot como una visión, y cuando su mirada pasó de la payesa al hombre del balandran, apenas le fué posible contener una exclamación de asombro.

—¿Dónde tendría yo los ojos, Dios mío! decía ella para sí.

En aquel momento, decía Tranquilo á su compañera:

—Mi noble señora, no habeis comido desde esta mañana; los proyectos que

traemos entre manos son excelentes; mas para llevarlos á efecto, es necesario vivir, y para vivir, comer; de donde deduzco que lo más urgente ahora es proporcionarnos una buena cena.

—Pero no tenemos dinero, mi pobre amigo, objetó la duquesa.

Tranquilo guiñó los ojos, y respondió:

—Confiad en mí, para obtener crédito, sin necesidad de revelar á nadie nuestro secreto.

Madama Isabel tenía miedo siempre, y muy fundado, cuando Tranquilo se ingeniaba para salir de alguna dificultad.

Pero no tuvo tiempo para replicar, porque la Pavot tosió en el corredor, y entró bruscamente en el salón.

Había oído hablar á sus huéspedes lo suficiente para conocer dónde, por de pronto, les oprimían los aparajos, y no quiso escuchar más tiempo, porque sintió que los párpados la abrasaban, y se había hecho la cuenta de que si escuchaba otra palabra, iba á llorar á moco tendido.

—¡Vaya! dijo en el tono más rudo que le fué posible tomar; la posada de la Urraca es un establecimiento muy decente y muy acreditado para que pueda consentir que las mujeres paseen la noche en el salón de despacho.

La payesa se había encapillado su capuchón en cuanto sintió venir por el corredor á la posadera de la Urraca.

—Me retiraré adonde os plazca, dijo levantándose.

—¡Mirette! gritó la Pavot.

—¿Cómo! señora, ¿consentireis que nos separen? preguntó Tranquilo con inquietud, inclinándose al oído de la duquesa.

Esta le hizo señas de que se callase.

Mirette, medio dispuesto para irse á acostar, se presentó en el umbral de la puerta que conducía desde el salón á las habitaciones particulares de la familia.

—Vé con esta señora á nuestro cuarto, le dijo la Pavot.

—¿Habrá disposición allí para que pueda cenar? insinuó Fray Tranquilo.

—Y haz que cene, añadió la Pavot dirigiéndose á Mirette.

La bondadosa niña estaba asombrada, porque esta orden estaba en manifiesta contradicción con las últimas palabras de su madre, que la había mandado retirarse para evitar su roce con esta mujer.

Esto, no obstante, ella obedeció con mucho gusto, y dijo con graciosa sonrisa á la supuesta payesa.

—Seguidme, señora, que os cuidaré lo mejor que pueda.

En cuanto Mirette y la payesa hubieron desaparecido, la madre Pavot se dirigió hácia un gran armario de encina pintado de negro, ya muy antiguo, colocado á la derecha de la escalera.

Tranquilo no se ocupaba ya de ella, absorbido enteramente en la solución del difícil problema propuesto por la duquesa, de cómo pagar una buena cena sin tener una moneda de poco ni mucho valor, ni cosa que equivaliera.

Por lo que á sí mismo hacía, el pobre Fray Tranquilo tenía un hambre desesperada; pero estaba el infeliz muy acostumbrado á reprimir las intempestivas exigencias de su desdichado estómago.

Entre tanto la Pavot, escudriñando en las profundidades de su buffet, ó si esto parece mucho, de su aparador, observaba al apurado viandante de rabo de ojo. La Pavot podía decir con razón que no había pasado día por él, no obstante los quince años que habían pasado desde aquella noche terrible, en que había apagado la sed que le devoraba, á consecuencia de la pérdida de su hija.

Y tanto era así, que la Pavot se preguntaba si no habría sido la víspera cuando ella le había visto y todo lo que había pasado no era un sueño, ó si ella misma no estaba en el momento aquel soñando.

A los cuarenta años estaba Tranquilo ni más ni menos que á los veinticinco. Si

nos fuera permitido emplear fórmulas tomadas sin rodeos de la sintaxis de monsieur de la Palisse para explicar este hecho, diríamos, esto consiste en que el buen Fray Tranquilo no era menos viejo á los veinticinco años que á los cuarenta.

Su traje no había variado mas que su persona: llevaba su balandran largo, escafido y con el mismísimo número de botones; siendo este el caso: de decir que era en este solo punto en lo que había resistido acceder á las indicaciones y aun órdenes de su noble señora.

La duquesa le había suplicado con mucha insistencia que adoptara un traje menos chocante, porque con el que llevaba era muy fácil ser descubiertos. Pero Tranquilo en este punto se había mostrado inflexible, porque sin duda tenía mas apego á su balandran que á la vida.

Allá, en el fondo de su aparador de encina pintado de negro, había una buena mitad de un enorme pastelón, que los robustos brazos de la Pavot podían apenas levantar con su cazuelon enorme.

—¡Siempre el mismo! murmuraba la bondadosa Pavot: y digo que es un milagro de Dios que los soldados y agentes de la Marche no le hayan cebado mano en tanto tiempo.

Cortó, pues, un buen tasaño de pastel que colocó en una media fuente de estaño con su correspondiente ramito de perejil.

—¡Pero y la señora! ¡mi pobre y desgraciada señora!... se decía también, ¡Ah! siempre con su cara angelical, siempre hermosa por mas que bien manifieste en sus ojeras los sureos abiertos por las lágrimas.

Se detuvo en el momento que iba á levantar la media fuente de estaño.

—Pero ¿y el niño? ¿dónde estará?

Tranquilo estaba meditabundo, con ambos codos en la mesa y la frente cogida entre las manos, al través de cuyos descarnados dedos pendían los mechones de su larga cabellera.

Trabajaba como un desesperado.

—He vendido ya mi *Joannes Tertius*, decía, tres volúmenes en folio manuscritos en pergamino: he vendido mi Nicolás Flamel, impreso en París, según el nuevo arte con caracteres traídos de Alemania: he vendido también los cuatro Tratados del papa Juan... todo, todo lo he vendido ya, y no tengo ni siquiera uno; si al menos pudiera yo decir á esa mujer: soy Andeol, pues... aquel Andeol de Mirande... se me figura que me había de abrazar por amor del país... Pero imposible... La señora me lo ha prohibido... Será preciso que la fascine con promesas... y en rigor, esto no sería mentir: yo he profundizado bastante en los secretos de la ciencia para estar seguro de que he de encontrar la piedra filosofal antes de la hora de mi muerte. Yo puedo prometer una fortuna á esta pobre mujer por su cena... Solo que es imposible fijarle un plazo.

—Yaya, buen hombre, dijo la Pavot con su tono habitual de buen humor, llevando en la mano la media fuente de estaño con sabida; tened la bondad de quitar esos codos de sobre la mesa, que me la vais á agujerear, y hacedme un sitio á vuestro lado.

Tranquilo miró primero á sus codos, luego á la mesa, y por fin á la Pavot.

—Ya la tenemos aquí, dispuesta, como siempre á bromear.

Segun su costumbre el hambriento huésped no había reparado en lo que traía la Pavot.

—Mi buena señora, dijo enderezándose lo mejor que pudo y tomando un aire charlatan, que le cuadraba como pueden figurárselo nuestros lectores: tenéis delante á un hombre que algún día podrá hacerós mas rica que puede serlo la princesa regente.

La Pavot dejó el plato sobre la mesa y dijo para sí:

—¡Cómo! ¿no conoce ya el buen mozo á sus antiguas amigas?

Tranquilo, muy preocupado con la idea de fascinar á la posadera, no había visto el gran tasaño de pastel; pero exhalaban las carnes mechadas y realzadas con

una buena dosis de especias tan escitativo perfume, que el pobre hombre aspiraba con todas sus narices y sentía de tal manera aguzársele el apetito, que sin poderlo remediar, se le hacia la boca agua y tenía que interrumpirse para tragar la que se le venía á los labios.

—Pues si podeis hacerme rica, ¿por qué no os habeis habitado siquiera de un balandran, en cambio del ya ajadillo que traéis? le dijo la Pavot.

Tranquilo se sonrojó un poco, porque él también tenía un poquillo de amor propio.

No es el caso este, señora mia, de discutir ciertas materias no poco sublimes, superiores á vuestro poco ejercitado entendimiento; repuso. Yo os decía eso sin otro objeto que el de rogaros que no nos sonrojeis al salir de vuestra posada; haciéndonos reconvenções inconvenientes por cualquiera causa. El importe de la cena que habeis ofrecido á mi compañera de viaje, que no podré pagaros hoy por no tener un cuarto ni cosa que lo valga por la mayor casualidad, os será satisfecho algun dia con cien tantos de aumento.

La Pavot hizo un gesto.

—No me gusta esa moneda, dijo en voz alta.

Y al reparar con mas detencion en el aire que había tomado Tranquilo, dijo para sí.

—¡Se habrá vuelto loco este infeliz!

Tranquilo se animaba y proseguía:

—Cuando digo con cien tantos de aumento, es por espresarme de algun modo para que se me entienda... Centuplicad esa suma, y aun no será bastante... porque podré llenar vuestra bodega de oro y de brillantes, porque puedo convertir en oro los canalones de vuestro tejado.

La Pavot soltó el trapo á reír, diciendo:

—¡Vaya!... Mas vale así: se trata solamente de la *grande obra* como en otro tiempo, y el pobre hombre no está mas loco que estaba.

Al ver Tranquilo que no se daba crédito

á sus palabras, se cruzó su balandran y se quiso levantar.

La Pavot le hizo recobrar su posición apoyándose sobre su hombro con mano fuerte.

—Y si pensais llenar mi cueva de oro y de brillantes por la cena de la señora, dijo: ¿qué me pensais dar por esta?

Tranquilo se volvió siguiendo con sus ojos la dirección del dedo, que le hizo notar la media fuente de estaño con su gran tasaño de pastel, flanqueada por una libreta de hermoso pan Blanco, de dorada corteza, y un jarrito de vino, que siempre tendría su media azumbre.

El pobre hombre se quedó con la boca abierta y con los ojos á medio cerrar, y haciéndole la boca agua.

Estaba como un niño á quien se le ponen delante los dulces y juguetes que le dejaron los Reyes al pasar en el balcón.

No encontraba palabra que decir, á fuerza de ser tan grande el apetito que le aguijaba, y el sentimiento de satisfacción que experimentaba con solo pensar en lo bien que le vendría aquel succulento refrigerio.

—Vaya, mi buen Tranquilo, mi querido primo, empezad por comer, y despachar esa racioncilla, que tiempo tendremos para hablar despues.

El primer impulso del hambriento pedagogo fué lanzarse sobre aquella provisión que le deparaba tan inopinadamente la divina Providencia, y tanto, que habiéndose apoderado del cuchillo, cortó un buen pedazo de la mechada carne que se llevó á los labios.

Mas en el momento de ir á descargarlo en su ya abierta boca, le sobrevino un escrúpulo de conciencia que le hizo detenerse.

—¿Por qué me habeis llamado Tranquilo?

—¡Ahora salimos con esas? exclamó la buena Pavot, que como sabemos, no era mujer de mucha paciencia: ¿Será que pretendas ahora burlarte de mí, sucarronazo de Satanás? Pues qué: ¿no eres tú Andeol,

¿a quien conocemos todos los amigos por Fray Tranquilo?

El pedagogo continuaba siempre con la tajada al alcance de sus labios, ó al menos á la mitad y mas de la distancia que le separaba del plato; pero pensaba en la prohibicion terminante de la duquesa Isabel.

—Buena mujer, le dijo, por lo visto estais alucinada, y me tomáis por otro. Mi nombre no es Andeol, y si me apurais un poco, os convencereis cuán sin razon me habéis tomado por Fray Tranquilo.

—Pues en ese caso, dijo la Pavot sin alterarse, lo errado no es contado, y puesto que veo, por lo que decís, que yo me he equivocado, tened la bondad de dejar esa tajadilla en el plato, y dormid, si podeis, hasta mañana en ese banco. Yo me figuraba que tenia que habérmelas con un amigo antiguo, y puesto que no es así, buen hombre, dispensad...

Tranquilo saboreó en su imaginacion por via de despedida aquel envidiable tasajo, porque el infeliz no habia comido desde por la mañana al desayuno, y el desayuno se habia reducido á un mendrugo, no grande, de pan duro como un guijarro... Pero Mme. Isabel lo habia mandado, y Tranquilo dejó con harto pesar el bocado de pastel que tanto habia lisonjeado su apetito, con un sentimiento de pena que hubiera acabado por arrancarle un torrente de lágrimas si no le hubiera parecido indigno de un hombre que se dedicaba como él á la ilustre profesion.

Tenia el pobre tanta hambre... que con el bocado dejaba la mitad de su alma.

Quedó allí, sin embargo, inmóvil y cariamente mirando aquel maná que no habia ya de gustar, y en seguida cerró los ojos para evitar el suplicio de Tántalo.

La Pavot le estuvo contemplando de reojo durante un medio minuto con la esperanza de que capitularia.

Pero Tranquilo permanecía inmóvil como un Dios terminal, y cuando se mo-

vió, fue para llevarse las manos al estómago que cantaba el Miserere.

—¡Votó al chapiro! exclamó la Pavot, movida á compasion y reprimiendo su enojo: si hiciese yo lo que debía, quedarías allí rablando de hambre como un perro vagabundo, mi buen primo... Mas yo tengo un corazon demasiado compasivo para consentir en que seas ó no Fray Tranquilo, ese pedazo de pastel vuelva al armario de donde salió... Con que así, buen ánimo y buen provecho, y luego aunque te lleve el diablo.

Tranquilo abrió los ojos, y sin acordarse del cuchillo por innecesario, empezó á comer á dos carrillos y ambas manos.

Durante cinco minutos el salon de la posada permaneció en profundo silencio, ó al menos sin otro ruido que el que hacian las maniobras del pobre pedagogo para engullir y masticar á la ligera el succulento refrigerio.

Y eran buenas á fé las mandíbulas del cuitado pedagogo segun la fuerza y actividad con que funcionaban pues un bocado enorme sucedia á otro mayor aun no deglutido, á punto de hacer pensar á la Pavot en cómo no se atragantaba con uno solo.

Al cabo de cinco minutos, Fray Tranquilo hizo un alto y dió un prolongado suspiro de satisfaccion.

La Pavot no pudo menos de seguir su ejemplo, no sabemos si de satisfaccion por la obra de misericordia que ejercia dando de comer al hambriento, ó de anhelo y desahogo al ver pasar el peligro de que la hiciera cómplice ante Dios de un suicidio por sofocacion, porque temia formalmente verle atragantado.

Nosotros nos decidimos, por quien fuera lo primero, al ver cuánto tenia de comunicativo ó contagioso el sentimiento de placer que aquel hombre experimentaba al satisfacer la preciosa necesidad que le afligia.

Efectivamente, su rostro revelaba un bienestar indescriptible, y cuando echó mano al jarro para echar el primer trago, que esperaba ya su estómago con no me-

nos ansiedad que antes la comida; la Pavot no pudo menos de pasarse la lengua por los labios, por un movimiento de pura simpatia orgánica.

—¡A vuestra salud, buena mujer! dijo el feliz gastrónomo con mucha urbanidad, al ir á llevar á sus labios el repleto jarro que quedó temblando.

Estas breves palabras fueron la explosion con que se inaugura el desthielo de una corriente tajada despues de un largo temporal de invierno.

Hacia ya mucho tiempo que la excelente Pavot habia olvidado su mal humor, viendo devorar al pobre hambriento, hácia quien tenia tan antiguas simpatías.

—Ahora bien, mi buen hermano, ¿qué os va pareciendo el pastelitillo?

—¡Oh! excelente, contestó Tranquilo, que al dejar el jarro, volvía con nuevo ahinco á la carga.

La Pavot le dió una palmadita en la espalda, con espresion de franca y antigua benevolencia.

—Teneis un diente admirable, prosiguió; no podeis figuraros cuánto gozo oyendo hablar á un buen muchácho como vos, así con la boca llena... y no tengo la menor duda de que ahora vamos á cambiar de tono. ¿A qué vendrían ahora las gazmoñerías? Bien sabéis que la Pavot ha tenido siempre en su corazon á los Armagnac... decídmelo: ¿cómo están los negocios de nuestra querida señora? Y del niño, ¿qué me decís? ¿Estará hecho un buen mozo, ¿no es verdad?... ¿Podemos confiar en que vuelvan pronto los buenos tiempos?...

Tranquilo escuchaba y callaba; pero no por eso perdia ripio; su hambre estaba muy lejos aun de su satisfaccion, y al observarle, hubiera visto un ojo algo ejercitado, que se hallaba apenas en ese estado de apetito agudo, que apenas deja distinguir todavía los sabores de los manjares.

—¿Sereis capaz de desconfiar de mí? repuso la posadera con cierto tono de convencencion.

—A vuestra salud otra vez, mi buena

mujer, repitió Tranquilo dando un nuevo tiento al jarro.

—¡Por San Diego, mi patron! esclamó la Pavot, á quien de nuevo empezaban á calentársele las orejas. En otro tiempo, primo mío, eras un moceton, mas veo que te has maleado y hecho un socarronazo... Mi desgraciada señora vive, puesto que mis ojos han tenido la dicha de acañada de ver... y mi corazon me dice que el niño no ha muerto; y si tú tienes confianza en mí, primo, cuanto haya en la casa, desde la bodega á los colmos, será para la viuda y para el hijo de Santiago de Armagnac.

Tranquilo, á estas alturas, habia empujado una buena mitad del enorme pedazo de empanada, que tan generosa como oportunamente le habia sido presentado, y el pan y el vino no habian salido mas desairados de sus manos, y por consecuencia, ya pensaba en irse reservando para prolongar su satisfaccion y bienestar. No se podía acusar al pobre hombre de pecador de la gula; mas el hombre le hacia parecer gloton en subido grado, y aun estando seguros de que el tan cobarde y tan insensitivo de suyo, se hubiera batido con una legion de armados por el resto del pastel, que habia aun en la media fuente de estaño.

Sin embargo de esto, no levantaba los ojos de la mesa.

La madre Pavot, á su lado, frunciendo el entrecejo, y ya en vez de mirarle compasivamente, le ponía de peor humor cada bocado que desaparecia en la boca enorme de Tranquilo.

—¡Gran bribon! le dijo ya apurando su paciencia ¿Es así como agradeces mis favores de hoy y mis atenciones de otro tiempo? ¡Ah! tú no tienes ni entrañas ni cabeza, entendimiento ni voluntad, cómo así puedes olvidar á tu mejor amigo y desconocer los sentimientos que en tu corazon rebotan!

Tranquilo levantó los ojos al cielo, pero como no por eso dejaba de comer, la Pavot le tenia de costado, no pudo decirle

VI.

LA GRANDE OBRA.

Era ya la una de la noche: la Pavot, vencida por el obstinado silencio de Tranquilo, había abandonado su presa y los restos de su excelente cena estaban sobre la mesa, al lado de la lámpara moribunda. Tranquilo, solo ya en el espacioso salón de servicio, se hallaba sentado en el gran sillón de madera de brazos esculpidos, trono ordinario de las dueñas de la posada, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás.

Procuraba dormir. Su reposado semblante no revelaba ya aquella violenta angustia que experimentaba mientras que la implacable posadera se esforzaba por hacerse pagar la cena á espensas de la nunca desmentida fidelidad.

Dios había concedido á aquel pobre hombre un asilo envidiable contra la tristeza devoradora del alma. Tranquilo era un visionario, y así como los reyes saben prescindir de los negocios y dar de mano á los cuidados para entregarse al llegar la hora deseada, á todos los placeres; y como eran niños afortunados á quien los dorados sueños sorprenden en medio de sus mayores apuros; del mismo modo, Tranquilo tenía el raro privilegio de poderse sustraer á sus pesares y nacer como de repente á un mundo de encantos y de maravillas sin más que cerrar los ojos.

Decimos que Tranquilo era un visionario, mas de aquellos visionarios que toman por lo serio sus desvarios, y para

quienes sus sueños son otras tantas realidades.

Su naturaleza infantil y sencilla le seguía aun en medio de ese mundo imaginario que creaba en sus sueños. No eran los de un enamorado, ni los de un ambicioso, ni aun los de un poeta: eran simplemente los de un niño que la ciencia iluminaba con extraños reflejos.

Aparte de la ciencia, hay pocas cosas mas parecidas entre sí, que los procedimientos de un niño y los de un sábio.

Tranquilo había penetrado hasta el fondo de los secretos de la Alquimia, había levantado la envoltura del cuarto misterio, del lado de allá, del cual está el gónesis metálico y el parto de Hórmés.

Había acumulado en su memoria, que para esto era prodigiosa, así como su inteligencia sutil y activa para todo lo que concierne á las ciencias físicas, el inmenso repertorio de recetas y fórmulas recogidas por sus predecesores.

Había dejado atrás á Tertius, Nicolás Flamel y al mismo Raimundo Lulo, había dado un paso mas que el mismo papa Juan, á quien se tenía por inspirado de la Divinidad.

La fé inquebrantable que guardaba en el éxito mas ó menos pronto de su obra, era un escudo que le defendía de la duda y un confortativo, siempre nuevo, que le preservaba del cansancio. Tranquilo no podía desesperar.

En el momento que le encontramos abandonado á sí mismo en el gran salón de despacho de la *Urraca*, ya se había desvanecido de su imaginación la idea del martirio, y mil ilusiones á cual mas dulces vagaban en torno de su frente.

Echado de espaldas, como hemos indicado, su rostro, que sonreía vagamente, presentaba un aspecto extraño al través de sus labios y negros mechones, y algo parecido á un rayo de beatitud iluminaba sus facciones profundamente demacradas.

Cuando la moribunda luz de la lámpara desollaba con alguna mas viveza y proyectaba una claridad mas viva, parecía

destacarse de entre las sombras aquella enorme cara que no tenía ya nada de nuestro mundo.

Si de vez en cuando sus labios se agitaban, no era ya para modular una queja. No sabemos si la excelente media cena que había hecho contra su costumbre, daba á nuestro héroe sueños mas gratos que los acostumbrados; pero el caso es que su rostro manifestaba el sentimiento del bienestar y de la mas completa felicidad.

Cuando el sueño iba apretando sus pliegos, murmuraba:

—El día se acerca, ¿quién sabe?... quizás mañana sonará la hora... Dios es omnipotente: el hombre ha sido hecho á su imagen y semejanza, y hasta cierto punto también es creador... Los santos lo han dicho, y los concilios no lo han negado... Después del cuarto misterio, no quedan ya sino las puertas de la gloria.

Una sonrisa entreabrió sus labios.

—No quiero para mí todo ese oro, continuaba pensando; yo no necesito oro, ni conozco siquiera los goces que él proporciona... Es para ella... es para él... para ella que ha llorado tanto... para él, en cuya cabeza sentará tan bien la corona ducal... Todo se compra con el oro... Compraré la provincia de Armagnac, el condado de la Marche y el ducado de Nemours... y otros mil señoríos, si aun quisieran mas... Yo contemplaré desde abajo su felicidad, y seré feliz también viéndolos á ambos dichosos.

Una sombra pasó sobre sus facciones, y se contrajo ligeramente su ceño.

—¡Aun esta vez he pensado en ellos los primeros!... exclamó como descontento de sí mismo... El primer oro tiene que ser para mis hijos... Yo buscaré, removeré cielo y tierra... y como nada resiste al oro, los encontraré.

Su sonrisa se hizo mas alegre, y su cabeza, cansada, se inclinó mas aun hácia la espalda.

—Pero, ¿qué simpleza la mía!... pensaba él, mientras se entregaba todo entero al sueño: no habrá ni primero ni último...

Yo nadaré en oro, todo lo que quiera se hará al mismo tiempo; tendré la barita de los géneos... Mis hijos y mis señores... mis señores y mis hijos, y diré: yo quiero que sean felices alrededor mio, ¡todos á la par, todos juntos!

La sonrisa se fijó en sus labios inmóviles: se había quedado dormido.

Poco tiempo después todo estaba en movimiento en la posada de la madre Pavot, donde nadie debía dormir mucho aquella noche. El ruido mayor se sentía del lado de las cuadras, llenas materialmente de caballos.

Además de los personajes que hemos tenido lugar de ver en el salón de la posada de la *Urraca*, se encontraba toda la comitiva de M^{me}. Blanca de Armagnac: doncellas y camareras, escuderos y pajes que se habían acomodado lo mejor que fué posible, y que se estaban ataviando ya para la gran función de aquella noche.

Todos habían de desempeñar su papel, puesto que no eran papeles los que podían faltar en la gigantesca farsa de la *Corte de Salomón*, si no actores que los desempeñaran.

El señor Olivier Grayille, conde de la Marche, había determinado que la farsa fuese completa, y al efecto, que tuviese su prólogo en la puerta misma de su palacio.

Los diversos personajes debían ir llegando en su traje bíblico al puente levadizo, donde los habían de recibir los guardias del rey Salomón.

Eran ya las dos menos cuarto, y hacia un buen rato que los palafreneros aparejaban los caballos, cuyos arneses había sido preciso cambiar, para ponerlos á la altura de las circunstancias, es decir, con la propiedad que el asunto requería.

Empezaron también á oírse las voces de los escuderos y hombres de armas, llamándose unos á otros por las ventanas y por los patios. La posada, en suma, des-

pertaba en el momento mismo que Tranquilo cogía el sueño.

Pero como el pobre hombre no había descansado mejor que comido, durante su largo viaje, se había quedado profundamente dormido.

Hubieran sido necesarios para despertarle otros ruidos que los que podían llegar al salón desde los patios, al través de las puertas y ventanas cerradas.

En lo alto de la escalera hubiera podido oír voces de mujeres que se cruzaban confusamente: pues había tumulto en el improvisado gineceo á causa del retraso de los quehaces de tobador. Iban unas, venían otras, todas dándose prisa recíprocamente, pidiendo auxilio á las desocupadas y negándose estas á prestarlo á protesto de que les ocarria retocarse. En una palabra, estaban todas embarulladas.

—Ea, dijo Juan Moreno que abría la puerta situada bajo la escalera, entra aquí, y cuando sea tiempo, arréglate para mezclarte entre los de la comitiva.

Juan Moreno llevaba un lindo bonete llo á la oriental, un manto de mil colores, como José, hijo de Jacob, y un ceñidor de anchas franjas de oro. Representaba sin duda á alguno de los escuderos de la reina de Saba.

Su compañero no se daba mucha prisa á entrar, puesto que Juan Moreno se vió precisado á cojerle del brazo y hacerle pasar al salón.

Su compañero era, como puede suponerse, Juan Rubio, que no tenía ni papel ni traje, y que á duras penas había podido procurarse un manto saléo.

Decir á punto fijo si los felices súbditos de la reina de Saba llevaban ó no mantos, es cosa que traspasa los límites de nuestra erudición, y por lo visto también la del autor de la fastuosa farsa, el intendente del conde de la Marche, que por si acaso había puesto á prevención doce mantos.

La lámpara del salón estaba apagada; mas Juan Moreno llevaba en la mano una

palmaatoria con su vela, que dejó sobre la primera mesa que le vino á la mano.

—Cuando Mmc. Blanca baje, dijó, apaguemos la luz, y tú harás lo que yo. Tu preceptor, que tan bien te ha enseñado el latín, ha debido recitarte muchas veces este verso, de yo no sé qué gran poeta, que dice: *audaces fortuna jubat*, que quiere decir: la fortuna favorece á los atrevidos.

—Pero, ¿qué es lo que veo? Estás temblando... ¿será posible que tengas miedo?

El hermoso jóven de la rubia, cabellera vació un instante antes de contestar.

—Sí, dijo al fin, como avergonzado de hacer semejante confesion. Tengo miedo, hermano mio; no puedo negarlo. A medida que veo aproximarse el instante, me asalan yo no sé qué escrúpulos... No será, efectivamente, faltarle al respeto, introducirme de este modo sin conocimiento suyo, entre los de su comitiva.

—Pues hay un modo de acallarlos: confesó Juan Moreno: te quedas aquí, con tus escrúpulos, y no hay que hablar mas sobre el asunto.

—Por otra parte, repuso el jóven enamorado, me sería tan grato acercarme á ella, besar la orla de su manto, y murmurar una sola palabra á su oído...

—Pues entonces deja á un lado tus escrúpulos, y condúcele como un buen muchacho.

—¿Y si se enfadára?

—Te quedas.

—Si se me proporcionára ocasión en que poderla hablar...

—Te vienes.

—¡Ay, hermano mio! te estás burlando de mi indecision y cortedad, y tienes razon para ello... ¡Pero la amo tanto!... Sentiria tanto disgustarla!

—Viendo estoy, ¡voto á Criba! que si tarda madama Blanca cinco minutos en bajar, vas á perder el juicio. Pero afortunadamente, el enjambre que la rodea empieza ya á zumbar... Escucha atento... ¿te parece que son esas voces capaces de asustar á nadie?

Juan Rubio prestó oído á aquellas vo-

ces dulces y penetrantes que caian de lo alto de la escalera, y tembló mas aun que antes.

—Escucha tú tambien, le dijo; entre todas esas voces, ¿no distingues tú su voz como se distingue el cántico del ruiseñor en los conciertos de la soledad?

Juan Moreno volvió la cabeza, y se puso á tararear una cancion.

—He oido una vez cantar á mi querida Mirette una linda cancion que acababa: *¡cásemonos!* y desde que oí su voz encantadora, nó oigo ni me agrada la de las hermosas damas, ni el dulce cantar del ruiseñor, que nada dicen á mi corazon.

Se detuvo de repente y cogió del brazo á su compañero, que contemplaba con ojos idólatras aquella puerta, tras la cual se ocultaba la belleza de madama Blanca.

—No estamos solos aquí, dijo el paje en voz baja, y quizás hemos hablado demasiado... ¡No sería bueno para tí que el señor Olivier de Graville, nuestro amo, llegára á sospechar tu locura!...

Acababa de ver á Tranquilo, sentado en su sillón de brazos al otro extremo del salón, hasta donde apenas llegaban algunos débiles rayos de la mala vela que ardia en la palmaatoria. A aquella distancia, envuelto en una penumbra densa, Tranquilo dormiente no aparecía sino como una masa informe y sombría. Era necesaria la vista penetrante del paje para poder distinguir que aquello fuese un hombre.

—Me parece que es un cura ó un fraile, dijo Juan Rubio; la posadera le habrá admitido por caridad, y duerme allí como un bienaventurado.

—Pues necesitamos saberlo, replicó Juan Moreno.

Y esto diciendo, cogió la palmaatoria, y se dirigió hácia Tranquilo.

—Por lo visto, dijo á mitad de camino, reparando en los despojos de la famosa cena, el buen hombre ha seguido los consejos de Hipócrates, y no se ha dormido en ayunas.

Llegaba ya delante de Fray Tranquilo,

que roncaba decentemente, conservando en los labios la sonrisa.

Juan Moreno se detuvo: le contempló un instante, se pasó la mano por la frente, y en voz baja dijo:

—¡Juan! ven aquí.

Juan apartó sus ojos con pesar de la puerta bienaventurada, y cruzó á su vez la sala comun.

—El paje prosiguió:

—Hacia mucho tiempo que yo no había hablado á nadie de mis insignificantes asuntos particulares... que no había pensado siquiera en los años de mi infancia, ni en aquel buen hombre que iba á vernos á la cabaña, á mi hermanita y á mí... Será sin duda la historia que te he referido la que me trae estas cosas á la cabeza... pero es el caso que tengo una vision bien rara... Del rostro de aquel buen hombre no me acuerdo... mas de su balandran, ¡oh! sí, ese balandran, hermano mio, le reconozco perfectamente.

Juan Rubio se había aproximado: la luz que el paje tenía en la mano daba de lleno ahora en el rostro sonriente de Tranquilo.

Juan Rubio retrocedió un paso, y un grito de asombro se ahogó en su pecho.

El paje reparó bien que deseaba huir.

—¡Vámonos! exclamó; mi vision se desvaneco, hermano mio; yo comprendo que el balandran ese te toca algo y á mí nada: te le regalo, pues, con el buen hombre que lo lleva con tanta gracia.

—¡Pobre amigo mio! murmuró Juan Rubio, cuya emocion aumentaba visiblemente. ¿Habrá quedado sola mi madre allá?... ¿ó habrá venido tambien? Es preciso que le despierte.

Juan Moreno le contuvo.

—Si el buen hombre despierta, aquí concluirá la aventura.

Juan Rubio se desprendió de la mano de su amigo, y se inclinó sobre Tranquilo dormido.

—Pobre amigo mio!... ¡mi querido amigo!... murmuró. ¡Cuán placida es su

sonrisa... Quizás está soñando que me ha encontrado.

Un momento estuvo indeciso. Juan Moreno callaba y esperaba. Por fin, Juan Rubio pareció decidirse; le dió un beso en la frente, y no le despertó.

Nosotros diríamos que Juan Moreno, el diabólico paje, se había reído en sus barbas, si barbas hubiera tenido el cariñoso joven de la cabellera rubia. Pero, en cambio, tenemos otra cosa que decir.

En el momento que Juan Rubio, haciendo un acomodo poco religioso con su conciencia, imprimía el beso en la frente de Tranquilo, en vez de despertarle, la puerta por donde él y su compañero habían entrado se abrió de nuevo; daba al corredor que conducía al cuarto de las gentes de armas de la Marche; el rostro descolorido de Vicente Tarquino apareció en ella un instante, y miró al grupo vivamente iluminado, que estaba al otro extremo del salón.

—¿Qué os parece esto?... murmuró, dirigiéndose á alguno que estaba envuelto en las sombras del corredor.

—En lo sucesivo, añadió, ya vigilaré yo de cerca á nuestro amigo Juan Roland. Una voz le contestó desde la sombra. Quizás sea una fortuna que esos dos muchachos se hayan encontrado. Juan Roland es un verdadero diablejo... con dos escudos al ojo; se hace de él todo lo que se quiere... y en caso necesario, podrá servir de añagaza.

En esto se sintió un gran ruido en lo alto de la escalera: Vicente Tarquino cerró apresurada y cuidadosamente la puerta, y desapareció en el corredor.

Eran madama Blanca, que habiendo concluido su prolijo toilette, y sus doncellas y camareras que la rodeaban, todas disfrazadas, bajaron la escalera, ensayando, en cierto modo, su entrada en el castillo de la Marche, y escogiendo sus respectivos puestos para la representación.

Faltaban las luces: no había mas que una media docena de bugías, que llevaban lo. de la comitiva. Mas la Pavot, Mirette y

Simonot, que habían corrido al ruido, no estaban por eso menos maravillados.

—¡Oh! ¡qué cosa tan hermosa! exclamaba Simonot con sus ojos abiertos, á punto de rasgarse los lagrimales. No lo tomeis á mal, señorita Mirette, pero os digo que de buena gana me pondría en lugar del conde de la Marche.

—Sin dejar de mirar con toda atención, la Pavot proseguía con Mirette una conversación empezada ya.

Mas, en fin, esa mujer no puede ser una bruja, y no ha podido pasar por el agujero de la cerradura.

—Mamá, yo dejé la puerta abierta, pensando que ibas á volver, respondió la niña.

—Pero ¿me re usted mamá, se interrumpió la muchacha juntando ambas manos; ¡mire usted la diadema de madama Blanca! ¡Cómo relucen esas piedras preciosas y cuán á gusto se debe ir con ellas en la frente!

Se inclinó en seguida ante madama Blanca, que la saludaba sonriendo con un movimiento de cabeza amistoso.

—Veo, mujer, veo, dijo la Pavot inclinándose ante la radiante castellana. Sería preciso estar ciega, y gracias á Dios, mis ojos están muy sanos para no ver el brillo de esos hermosos diamantes y el mas hermoso aun de sus ojos hechiceros. Pero yo te hablo ahora de esa mujer, que me interesa mas de lo que tú puedes figurarte.

—Pues bien, mamá, dijo Mirette, era tarde; tenía sueño, y cerré los ojos en cuanto me metí en la cama; había tendido un colchon en el suelo para la pobre mujer... desperté á muy poco tiempo, porque sentí pasos en la habitación; abrí los ojos, y no vi nada, pues la luz se había apagado. Llamé á la pobre mujer, que no me respondió, y me zambullí bajo la ropa, porque me entró miedo. Si supiera usted, mamá, lo que hemos visto y oído Simonot y yo durante la velada...

La Pavot se encogió de hombros.

—Y luego cuando usted vino, añadió Mirette, la mujer no estaba allí.

La Pavot movió la cabeza como impaciente y preocupada, y se adelantó á la comitiva para ir á abrir la puerta, como era su deber.

Los escuderos y pajes, en traje de sabéos de puro capricho, habían entrado por el entresuelo, y seguían á las damas de la comitiva. Los guardias esperaban á la parte de afuera.

—Sin embargo, ella no ha de estar muy lejos de aquí, dijo para sí la Pavot, al reparar en Tranquilo, repanchigado en su sillón; porque veo aquí á mi bueno é inocentón de primo... Dios me perdone... tiene el sueño tan duro como la cabeza... pues que no basta á despertarle toda esta baraunda.

Simonot, con la boca abierta y los ojos espantados, se mecía ya sobre una pierna, ya sobre la otra, marcando el paso al compás del cortejo. Mirette, fascinada por el brillo de las joyas, seguía á lo lejos á madama Blanca.

Fray Tranquilo oía también alguna cosa en su sueño, porque se movía, y sus labios parecía que articulaban alguna que otra palabra; pero es bien sabido que toda clase de ruidos pueden oírse en sueños; por lo que es de suponer, que el de Tranquilo, en aquellos momentos, se componía de la bataola que pasaba delante de él.

Desde la entrada de madama Blanca en el salón, Juan Rubio estaba como deslumbrado. Juan Moreno le había preguntado si estaba dispuesto á seguirle, y no había respondido.

Cuando el cortejo, marchando á paso lento, se hubo aproximado al sitio donde estaban los dos amigos, Juan Moreno apagó la luz, y Juan Rubio se cosió á la pared.

No era en verdad un enamorado muy emprendedor.

De repente, madama Blanca se detuvo delante de las mujeres de su comitiva, y

levantó á medias su velo con la mano izquierda.

—¡Te ha mirado, hermano!... no me cabe duda, dijo Juan Moreno.

Juan Rubio estaba estupefacto: sabía demasiado que madama Blanca le había mirado, porque sentía saltarse el corazón del pecho.

En el momento que madama Blanca emprendió de nuevo su interrumpida marcha, Juan Moreno, que creía soñar, cogió del brazo á su amigo.

—Hermano, le dijo; te ha hecho una seña, murmuró; sí, te ha hecho una seña, no me cabe duda.

El pobre enamorado había visto también la seña: el cielo se había abierto á sus fascinados ojos; pero continuaba clavado en el mismo sitio, y como abrumado bajo el peso de una felicidad en que no quería creer.

El tiempo pasaba, y madama Blanca se alejaba.

—Hermano, dijo Juan Moreno por tercera vez; se ha vuelto... Con mucho menos que eso hubiera yo pasado ya al través de las llamas de un volcan.

Juan Rubio no se movía: el paje le asió del brazo, y le arrastró hasta la puerta en el momento que madama Blanca iba á cruzar el dintel.

Estaba como ébrio; pero oyó una voz mas dulce para él que la de un ángel que murmuraba en su oído.

—Esta noche, en el palacio de la Marche, cuando me veáis pasar la mano por la frente, os acercareis resueltamente á mí, y me cogereis del brazo, diciendo á mis camareras: «De orden de Salomon, el rey.»

Madama Blanca bajó los escalones de la entrada; sus damas la seguían una á una, como á la desfilada, y detrás los pajes y los escuderos.

Cuanto no quedaron en el salón ya mas que Juan Moreno, Juan Rubio, Simonot y Tranquilo dormido, porque la Pavot iba abriendo las puertas con gran ce-

remonia para que pasara el cortejo, Juan Moreno levantó en sus brazos á la Mirette cual si fuera una pluma, y en seguida la dió un beso en cada mejilla.

—¿Qué habeis, señor paje? murmuró Mirette ofendida; pero sonriente.

—¡Bueno! ¡bueno! exclamó el hijo del buen Nicolás, yo se lo diré á la mamá.

El paje le cogió por los hombros y le hizo dar media docena de vueltas sobre los talones como si fuera una peonza.

Cuando Simonot hubo concluido de dar vueltas, cayó aturdido al suelo sentado y mirando al salon que giraba en torno suyo.

El paje habia marchado ya, arrastrando á su absorto compañero, despues de haber dado otros dos besos á Mirette, que los recibió con grande desagrado, como pueden figurárselo nuestros lectores.

—¡Vaya!... ya te ha hablado... dijo Juan Moreno á Juan Rubio cuando estuvieron en la calle.

—No me preguntes nada, hermano mio, respondió el conturbado jóven, pasándose la mano por la abrasada frente. No puedo decirte nada... no sé si sueño ó estoy despierto.

El paje le miró á la cara y se puso serio.

—A fé mia, exclamó despues de una pausa, que empezó á creer que hay algo de verdad en los romances de la andante caballería... Hemos aquí lanzados en la senda de las aventuras, hermano mio Juan... Ya tenemos á la princesa, y estoy seguro de que anda aquí de por medio alguna buena hada... No me extrañaria ya verte un poco antes ó un poco despues con la corona ducal de Nemours, que madama Blanca oculta en el fondo de su cofrecillo.

VII.

FIN DEL SUEÑO DE FRAY TRANQUILLO.

Apenas habia pasado un minuto desde que los últimos compañeros del cortejo habian montado á caballo en el patio de la posada, cuando dos nuevos personajes cruzaron misteriosamente el salón donde no quedaba nadie mas que Fray Tranquillo sumergido en su impermeable sueño.

Los dos misteriosos aparecidos venian tambien con su correspondiente disfraz. Eran un hombre y una mujer. El hombre venia vestido con traje judío, y la piqueza del conjunto indicaba el papel importante que tenia que desempeñar en la farsa. Llevaba un casco de alta cimera y la pesada espada de boca colgaba de su cintura.

La gelada del casco le ocultaba el rostro. Mas los que conocian al señor Guillermo de Soles, podian reconocer al emascarado y adivinar al traidor Adonias por los largos mechones de cabellos blancos que flotaban por la espalda.

Su compañera, muy al contrario, venia de tal modo disfrazada, que nadie hubiera podido reconocerla, ni adivinarla; llevaba el traje de las mujeres del rey Salomon, y su talle resaltaba majestuoso entre aquellos ropajes flotantes y anchurosos.

No se veia su rostro cubierto por un tupido velo; apenas se distinguia el nacimiento de una frente de reja y los bucles magníficos de una cabellera mas lustrosa y brillante que si fuera de seda.

Al atravesar el salon hacia el señor Guillermo de Soles á su compañera:

—Mucho he padecido señora. Dios me ha castigado cruel, bien que mercedamente... lo que hago hoy y que puede perderme en este mundo, es presintiendo mi próximo fin, para alcanzar, mediante vuestra intercesion y por vuestras razones, el perdon del que ya no existe.

La mujer encubierta se estremeció, pero nada dijo.

—Me lo habeis prometido, señora, insistió Guillermo de Soles, cuya voz tomó una espresion de inquietud.

—Os lo he prometido, señor mio, respondió la encubierta, y lo cumpliré. En este momento vió á Tranquillo repanchigado y dormido profundamente en el sillón de brazos; le estuvo contemplando un instante, y Guillermo de Soles hacia lo que ella.

—¿Es este quien salvó al niño? murmuró.

La encubierta respondió con un signo de cabeza afirmativo.

—Él no deberá temer la muerte, repuso Guillermo lanzando un profundo suspiro.

—Démonos prisa, señor mio, dijo la encubierta continuando su marcha.

—Noble señora, dijo el caballero: yo no engaño á nadie, y hago lo que puedo por alcanzar el perdon de mis grandes pecados. Entended, pues, que lo que yo os he ofrecido es la entrada en el castillo de la Marcha, pero yo no puedo responder de lo que sucederá. Los peligros á que os esponéis, os son tambien conocidos como á mí, y si os determinais á arrosrarlos, sea bajo vuestra responsabilidad.

La encubierta no respondió otra cosa que las dos palabras siguientes:

—Démonos prisa.

Ambos atravesaron juntos el umbral de la puerta.

En el instante mismo que desaparecieron, se abrió bruscamente la puerta que habia bajo la escalera. Vicente Tarquino y su satélites se lanzan presurosos en el salon.

—No necesitamos ver mas... exclamó el

italiano extraordinariamente agitado. El condé nuestro amo, continuó, ya á tener una magnífica cosecha de novedades, ¡vive Dios! compadre Thibaut, ved allá en el patio á ese bribon de Guillermo, que se figura estar haciéndonos traicion, y que nos sirve mejor de lo que se figura. Ea, pues; ya que cada uno lleva su presa, cogamos tambien la vuestra.

—No queda nada, á lo que parece, dijo Thibaut de Ferrieres, cuyos vestidos estaban todos cubiertos de polvo como si acabara de hacer un largo viaje.

El italiano le señaló con el dedo á Fray Tranquillo.

—¿Y qué vamos á hacer con eso? preguntó Thibaut con desprecio.

—Amigo mio, la madeja está muy enredada, replicó Tarquino, y no conviene dejar escapar ningun cabo... Tiempo habrá para cortar el nudo... y acaso, con la ayuda de este buen cristiano, podamos saber á punto fijo á qué atenernos... Vos decís: el niño ha muerto; y yo digo: el niño vive. Uno de los dos se engaña; vamos á ver quién.

Esto diciendo, avanza con acelerado paso hácia Tranquillo, y le sacudió bruscamente:

Tranquillo dormia demasiado bien para despertar así como quiera al primer golpe. Mas, en fin, abrió los ojos, y exclamó:

—¿Sois vos, mi noble señora? ¿Es ya de dia?

—¡Hola! buen hombre, le dijo Tarquino; tu noble señora está en el cuarto del posadero, y nos manda á decirte que hay que montar á caballo.

—¿A caballo? repitió Tranquillo asombrado.

—¿No andais buscando, repuso Vicente, á un lindo jovencuelo de cabellos rubios que responde por el nombre de Juan?

—Sí, señor; ando buscando á un pobre niño de las señas y nombre que decís.

—Pues bien, vamos á llevaros, fue-

hombre adonde está ese niño, para que podáis devolvérselo á su madre.

Tranquilo se levantó: un solo pensamiento le habia decidido; él se habia dicho: A nadie espongo más que á mí.

Un instante despues, montaba á la gru-

pa con Vicente Tarquino, y con ellos la última cabalgata salió aquella noche de la posada de la *Urraca*, despues de tantas otras, hácia el noble castillo de la Marche.